CRITERIO



Nº 1215

8 de Julio 1954
Año XXVII

CRITERIO

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXVII — Buenos Aires, 8 de Julio de 1954 — Nº 1215

DIRECTORES: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI y Pbro. LUIS R. CAPRIOTTI

Guatemala, signo de los tiempos

GUSTAVO J. FRANCESCHI

PARA nosotros, habituados al relato de los enormes combates habidos durante la última guerra mundial, la lucha de Guatemala parece insignificante: seis mil hombres contra cinco mil, mediocremente armados y no mucho mejor conducidos, unos cuantos aviones de turismo transformados en bombarderos, emocionan poco. Pero esa revolución al por menor reviste una importancia gravísima si se la considera como signo de las fuerzas que hierven en nuestros días, y que muy probablemente acabarán por engendrar una de las mayores catástrofes de la historia. Desde este punto de vista la guerra civil guatemalteca no puede sernos indiferente. Pero para deducir oportunas consecuencias es indispensable señalar algunas de sus características. Por ahí comenzaremos nuestro editorial.

CORRESPONDE ante todo averiguar hasta qué punto es justificada la acusación de comunismo lanzada contra el partido que está gobernando a Guatemala mientras redacto estas líneas. Dejo de lado los cargos, evidentemente interesados en el orden político, que se aducen desde fuera, así como los pronunciados por instituciones económicas poderosas que han venido explotando a aquel país: para ciertas formas de capital todo individuo o grupo que ansía mejorar su condición es un comunista. Pero no puedo prescindir de los formulados por el arzobispo de Guatemala, Mons. Arellano, en su carta pastoral del Domingo de Ramos: cuando el hombre que ocupa semejante cargo corre deliberadamente el riesgo de una persecución más dura aún de la que a la hora actual asola el catolicismo en aquel país, es evidente que sus palabras descansan sobre hechos reales. Por otra parte es indiscutible que el gobierno guatemalteco ha recibido armas de naciones soviéticas y pretendió adquirirlas allí mismo en mayor cantidad. Y finalmente las explosiones de simpatía que le demuestran los grupos más o menos contagiados por el comunismo en toda la América latina, y también fuera de ella, constituyen una prueba fehaciente de la comunidad de inspiraciones y aspiraciones que mueven a esos núcleos: el movimiento así producido es demasiado orgánico para ser nada más que espontáneo.

Admito pues, en virtud de las pruebas aducidas, que el partido que es gobernante mientras escribo estos párrafos (27 junio) (ignoro si lo será mañana), está teñido de comunismo, y presta una útil cooperación en América latina a Moscú. Y comprendo igualmente que los Estados Unidos vean en ello una amenaza en caso de guerra para el canal de Panamá, esencial a su estrategia y situado a escasos kilómetros de Guatemala. No me sorprende entonces que en hora oportuna para la gran república del norte estalle una guerra civil en Centro América, como no me sorprendió tampoco, en sentido contrario, que la U.R.S.S. y China aprovechen la inquietud económico-social de Indochina para fomentar allí la revolución: en estos tiempos los escrúpulos carecen de la menor importancia internacional. Pero lo interesante, al menos desde el punto de vista histórico, es averiguar si en Guatemala a la hora actual hay *solamente comunismo*, qué clase de comunismo sea éste, y por qué logró establecerse en un país al parecer tan poco propicio a movimientos de esta clase.

Cuantos viajeros han recorrido Guatemala con criterio de observación imparcial han echado de ver que la inmensa mayoría de sus habitantes, en gran parte por culpa de sus dirigentes, ha sido explotada de la manera más implacable por el capitalismo extranjero, especialmente por la *United Fruit Co.* Esta empresa, y otras que ejercían una tremenda presión en combinación con ella, gracias a la complicidad de políticos guatemaltecos ha podido adquirir inmensos territorios, pagar como cooperadores a agentes del gobierno, dar sueldos de hambre a los nativos del país, y acumular enormes beneficios. Ese feudalismo económico se ha dejado sentir durante muchos años trabando el desarrollo cultural de la población. Por lo demás, el fenómeno no es privativo de Guatemala: es la historia del cobre en Chile, del estaño en Bolivia, del azúcar en Honduras británica y otros países, del algodón y otros productos agrícolas en Egipto, del arroz y del opio en la India, del trabajo forzado en el Africa ecuatorial francesa, del dominio holandés en Indonesia. Más aun, es la historia del capitalismo, o sea del predominio total del capital sobre los demás agentes de la producción en el mundo entero durante el siglo XIX y parte del XX. El momento sobreviene inevitablemente en que el proletariado, la masa de los explotados, que reciben un sueldo miserable y carece de toda seguridad para el mañana, se lanza a una lucha desesperada, y para ello escoja una bandera, un rótulo, algo que encarne a sus ojos la redención económica de que han menester. En las condiciones actuales del mundo es casi forzoso que se vuelva comunista, no de doctrina, sino de acción.

Para ese inmenso e internacional proletariado, lo que hay de interesante en el comunismo, lo que lo atrae y lo inserta en sus filas, no es la teoría, sino el sentido realis-

tico del movimiento. Los humildes, los pequeños, los que apenas han cursado tres o cuatro grados de la escuela elemental, no son capaces de entender bien los argumentos acerca del plus-valor. No los conquista tampoco el determinismo histórico ni el concepto materialista de la vida. La mayor parte posee un vago sentimiento religioso y hasta respeta a Cristo en quien ve, si no al Hijo de Dios encarnado que no se le enseñó a conocer de verdad, por lo menos a un hombre bueno y que amó a los pobres. Muchos son anticlericales, pero según pude comprobarlo al hablar con revolucionarios en España y con comunistas aquí, no es porque la Iglesia enseña el dogma de la Trinidad o el de las dos naturalezas de Cristo, sino porque la creen partidaria y cómplice del capitalismo. Hasta hay entre ellos algunos que se profesan católicos, y lo son sincerísimamente. ¿Acaso no se ha podido dar con este fenómeno durante las últimas elecciones en Italia? Adoptan el nombre de comunistas porque consideran que es el que mejor expresa sus aspiraciones. Repito que no los atrae la doctrina en sí sino el sentido concreto, los rumbos prácticos, el valor revolucionario del comunismo. Una dilatada experiencia les ha enseñado que, salvo casos excepcionales, nunca conquistaron una mejora si no es mediante actos de fuerza: huelgas, sabotajes, desórdenes, o un gobierno que se impusiera a los capitalistas. En la lucha de clases, que es una realidad, no aspiran tanto a la destrucción de las personas pertenecientes a una distinta de la suya cuanto a la refundición de todas las clases en una sola, y consideran que precisamente el comunismo realiza esta hazaña. Este, además, tiene a sus ojos la calidad inapreciable de ser internacional, de mirar más allá de todas las fronteras, de constituir una fuerza mundial, de hablar de igual a igual a los capitalistas. Dentro del comunismo se sienten como dentro de algo suyo.

No ignoro todos los errores y falacias contenidos dentro de este modo de ver, pero ahora no pretendo analizar objetivamente el comunismo sino examinar de qué modo se presenta a los ojos de los oprimidos devorados por el ansia de liberación. De ahí la facilidad con que se difunde en todos los continentes. Si hace ciento cuarenta años el irresistible deseo de autonomía política —allí no había problema económico-social—, levantó a Hispano América contra la metrópoli, fácilmente se deja entender qué eficacia tendrán para lograr algo equivalente, no ya doctrinas rousseaunianas que no tenían que ver con la vida de cada día, sino realizaciones concretas soviéticas que se supone constituyen una solución para el problema del pan de cada hombre.

Véase lo que está ocurriendo en Africa. En el Kenya los negros han sido privados de las mejores tierras que han ido a mano de colonos extranjeros. Y según leo en los periódicos de hoy (junio 29), la tendencia *mau-mau*, que es favorecida por el comunismo, va extendiéndose a través de las zonas del Uganda y del Tanganika siendo considerada como el símbolo de la guerra a los blancos. Por otra parte, en Africa del Sur, el Dr. Malan y los ciudadanos de origen principalmente holandés que lo acompañan intensifican día a día su campaña contra los indígenas y los habitantes de raza hindú, a los que tienen sometidos a leyes raciales más duras que las de Hitler para con los hebreos. Ahora bien, sumados todos aquellos, están en la proporción de más de cuatro a uno contra los blancos poseídos del gobierno, y ya se deja sentir entre ellos la penetración del comunismo. Si se les agrega —y la tendencia es manifiesta en este sentido—, los africanos de otras zonas, especialmente de la costa oeste de Africa, este continente ya no constituirá una base segura de lucha contra la U.R.S.S. y sus adláteres. ¿Qué harán entonces los Estados Unidos y Gran Bretaña caso de estallar la tercera guerra mundial, si les fallan las bases africanas? Muchísimos dirigentes financieros y políticos demuestran carecer de las nociones más elementales de previsión: no buscan más que el beneficio inmediato, sin tener en cuenta las repercusiones lejanas pero inevitables de sus actitudes.

A medida que voy redactando este artículo precipítanse los acontecimientos, pero ninguno de ellos posee la virtud de cambiar sustancialmente el cuadro que se presenta a mi vista. Ayer (28 j.) he leído que el presidente Arbenz, de Guatemala, constreñido por sus propias fuerzas militares, ha renunciado al cargo que ocupaba, y que una de las primeras medidas adoptadas por la nueva junta de gobierno es poner al comunismo fuera de la ley. Quizás con ello se aplaquen los temores de Estados Unidos y demás naciones vecinas, convirtiéndose la guerra en simple lucha de banderías políticas o terminando por convenio mutuo; quizás salga favorecida por un tiempo la *United Fruit Co.*, quizás sobrevenga otra alternativa. Pero una experiencia de treinta años enseña que con simples medidas de fuerza, militares o policiales, no se suprime el comunismo cuando ha penetrado en el fondo de las conciencias. Un decreto, aunque sea apoyado por todo un ejército, no logra más resultado que el de hacer pasar aquel a la clandestinidad: así ocurrió entre otros casos con Mussolini, cuyo régimen creyó haber destruído el comunismo en Italia, y sin embargo lo dejó íntegro. Es en estas materias que halla plena aplicación el proverbio latino: "principiis obsta, sero medicina paratur" (oponte a los comienzos, luego llega tarde el remedio). De ahí precisamente el error de quienes imaginan que es posible *flirtear* con el comunismo con la esperanza de frenarlo en la hora en que se lo crea conveniente.

Pero el hecho más interesante en esta serie de acontecimientos ha sido la cantidad de manifestaciones procomunistas que se han efectuado en numerosos países de América, desde Cuba hasta Chile, con la particularidad —que debe ser subrayada— de que quienes protestaban eran principalmente estudiantes. Se me dirá que su indignación iba ante todo contra Estados Unidos, acusada abiertamente de intervenir en los sucesos de Guatemala bajo pretexto de combatir el comunismo. He dicho ya en qué se basaba esa inquietud norteamericana, que estaba muy lejos de estar carente de fundamentos. La experiencia nos enseña que el comunismo es hábil en disfrazarse con toda clase de máscaras, y últimamente para América y Asia ha adoptado, entre otros, el de la *autonomía de los pueblos*. Esta, en principio, es deseable y debe ser respetada; pero vemos qué ha hecho de ella la U.R.S.S.: son las fórmulas consuetas, en las que el comunismo introduce el sentido contrario al habitual. Basta para comprobarlo ver qué hace el marxismo con las naciones satélites, cuya democracia y autodeterminación son un mito. Por lo que toca a América latina, las frases empleadas como los ataques dirigidos revelan que, si bien no es sólo el comunismo el que obra en los protestadores, desempeña él un papel de importancia, lo que es alarmante sobre todo si, como ya lo dije, se manifiesta entre los estudiantes que serán en gran parte los dirigentes de mañana. Es un error considerar que América está exenta de comunismo: se la ha ido nucleando abundantemente, y estamos llamados a recibir todavía más de una sorpresa.

¿ES imposible la lucha contra el comunismo, y hemos de considerarlo como una calamidad inevitable? Incurriría en enorme error quien esto afirmara: como teoría el comunismo es refutable, como rebelión contra la miseria cabe suprimir las causas que lo engendran, como organización pueden oponérseles otras igualmente eficaces.

Acerca de la doctrina, desde los mismos tiempos de Marx hasta los nuestros se han escrito bibliotecas enteras que consideran aquella bajo todos los aspectos posibles. Sería ridículo por mi parte señalar alguno, ni es tal mi propósito en este artículo; por lo demás, no exige gran esfuerzo el demostrar que el comunismo puede ser un remedio, más aparente que real, a las injusticias del capitalismo, pero jamás el único y necesario, ni el mejor y más humano.

Pero hay otra cosa. "El escándalo que resulta de la existencia de un gran número de comunistas en el mundo occidental no es nada al lado del escándalo que ciertos cristianos crean aún en nuestros días. Si es verdad que cada herejía es la venganza de una verdad olvidada ¿qué decir entonces de esa venganza que los comunistas han podido ejercer contra nosotros, como resultado del olvido en que esos cristianos egoístas han incurrido de

tales verdades? La obstinación de éstos en continuar una política y costumbres que han hecho posible una miseria generalizada y no aliviada, la forma en que han hecho levantarse unas contra otras, clases sociales, hombres de color diferente, naciones contra naciones, todo lo cual constituye una abominable traición contra el cristianismo, éste es el escándalo. Por lo demás, desde el momento que la paz es fruto de la justicia, no resulta difícil ver que nada efectivo puede ser llevado a cabo hoy en favor de la paz si, ante todo, no pensamos primero en las injusticias que abundan en nuestra sociedad". Estas palabras forman parte de un discurso pronunciado en París el 20 de mayo con motivo de la construcción de una iglesia por el Cardenal Spellman, y coinciden perfectamente con una reciente declaración del episcopado francés que dice: "la Iglesia ha rehusado siempre asociarse a un anticomunismo político, negador de injusticias sociales, que son sin embargo la verdadera causa del comunismo".

Pero el comunismo no depende sólo de la falta de pan, sino de la organización general de una sociedad no cristiana cual lo son las nuestras. No lo son, en efecto, si no nos pagamos de palabras sino que vamos a la realidad de las cosas. La finalidad suprema de todas las colectividades políticas modernas es el bienestar material, sin ninguna atingencia positiva con el espíritu, como si éste no fuera parte capital en la naturaleza del hombre. El dar el César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios no significa ciertamente independizar totalmente al César de Dios: indica una coordinación, y no una separación.

Lo que falta en el mundo, más aún si cabe que justicia, es caridad, no en el sentido de limosna, beneficencia o filantropía, sino de comprensión y amor. Hoy por hoy lo que domina es odio, envidia e intereses materiales. Se ha criticado hace quince años amargamente la "voluntad de potencia" de Mussolini, pero cuando miro tanto hacia Oriente cuanto hacia Occidente no veo que se haya cambiado mucho de sensibilidad ni de modo de mirar. De ello precisamente han brotado los resultados de la conferencia celebrada en Ginebra, que debería calificarse de ridícula si no fuera tan miserable. Entre las naciones de ese Occidente que pretenden resistir al comunismo, los malentendidos se han multiplicado: Estados Unidos e Inglaterra, Francia y las dos naciones anglosajonas, el Vietnam y Francia, etc. Mientras tanto el comunismo logró el que China comunista haya ganado su personalidad internacional y el que Francia, gracias al peor de los sistemas de gobierno concebibles, háyase visto en el caso de ceder a los rojos más de la mitad de Indochina. Los ingleses están satisfechos porque creen haber salvado la Malasia: los productores de caucho ven aseguradas... por un tiempo sus beneficios. Sin embargo, no hace falta ser lince para comprender que, una vez haya acabado el comunismo con los franceses de Asia, tocará el turno a los ingleses: ahí está la lección de Corea para mostrar que los occidentales, aun cuando se agrupen, no son invencibles. Lo serían quizás si entre ellos no hubiera tantos rencores y tanta práctica del "quítate tú para que yo me ponga". No cabe duda de que el porvenir se muestra de una oscuridad creciente, y que nada bueno puede salir de esa serie de mercantilismos de baja estofa. El hecho es que cuando veo el desarrollo de esos actos en que fijan o pretenden fijar los destinos del mundo los delegados de las mayores potencias terráqueas, no puedo menos de recordar la palabra del célebre canciller sueco Oxenstiern al enviar a su hijo a presenciar el congreso de Viena de 1815 destinado a componer la faz de Europa después de derrotado Napoleón: "id, hijo mío, y veréis por qué imbéciles está gobernado el mundo". La palabra no es amable, pero dudo que se la deba tachar de inexacta, si se juzga la marcha de los acontecimientos desde comienzos del siglo. ¿Cómo puede pedirse a estos hombres que comprendan y resuelvan basar en un verdadero cristianismo sus disposiciones; cómo imaginar que dejarán de lado los enconos, las envidias, el apetito de predominio, la creencia exclusiva en las fuerzas materiales, para hacer

EN ESTE NUMERO:

Aunque la reciente revolución en Guatemala, por sus proporciones puede parecer insignificante, reviste una importancia gravísima si se la considera como signo de las fuerzas que hierven en nuestros días, y que muy probablemente acabarán por engendrar una de las mayores catástrofes de la historia. Desde este punto de vista no puede sernos indiferente. Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI, *para deducir oportunas consecuencias, considera indispensable señalar algunas de sus características.*

Una de los caracteres más notables del teatro francés de los últimos años es su contenido intelectual. Hoy, el eje de las preocupaciones parece desplazarse del ámbito de lo filosófico al de lo religioso. Se destacan tres obras entre las muchas que expresan esta inquietud: "Lázaro", de André Obey; "El profanador", de Thierry Maulnier, y "Diálogo de las Carmelitas", de Georges Bernanos; cada una representativa de una posición diferente del dramaturgo ante el universo católico, dice FRANCISCO JAVIER.

No es aventurado decir que la discriminación racial duró poco en Hispanoamérica. Es honor de España, asevera FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ, *que su aventura colonial haya sido principalmente espiritual y civilizadora. Lo que no ha ocurrido en la América de origen anglosajón. Ahora, a propósito de un reciente fallo de la Suprema Corte estadounidense, nos hallamos en vísperas de presenciar lo que en América del Sur es hecho honrosísimo desde hace siglos; el reconocimiento efectivo de que la igualdad de la naturaleza humana se comunica a todos los hombres sin acepción de razas ni colores.*

Las organizaciones internacionales han sufrido más fracasos que obtenido éxitos. Es menester, dice EMILE GIRAUD *en la primera porte de su artículo, determinar las causas de ello. Sin embargo, esas organizaciones han adquirido definitivo derecho de ciudadanía. Si una desaparece, como ya ha sucedido, será reemplazada por otra. ¿Cómo hacer para que la victoria cierta no se haga esperar demasiado y entretanto la humanidad no sea sumergida en nuevos baños de sangre?*

AMBROSIO ROMERO CARRANZA, *en su evocación de la vida de Don Félix Frías (iniciada en el número 1210 de CRITERIO) destaca la influencia que el ilustre patricio tuvo en las ideas sociales del núcleo intelectual argentino del año 37.*

En Pensamiento Pontificio, *el importante discurso de* S. S. PÍO XII *a los cardenales y obispos reunidos en Roma para la canonización de San Pío X .— Como* Documentos, *la pastoral del obispo de San Luis, Mons. E. A. Di Pasquo, sobre la propaganda protestante. - En* Vida Internacional, *crónica del IV Congreso Int. de la Prensa Católica. - La actividad pictórica, por* ROMUALDO BRUGHETTI. *- En* Teatro, SYLVIA Y JAIME POTENZE *comentan las últimas representaciones del Piccolo Teatro de Milano y la iniciación de la compañía francesa de J. L. Barrault. - La actividad cinematográfica, por* JAIME POTENZE. *- Los conciertos sinfónicos, juzgados por* CARLOS ALBERTO JIMÉNEZ.

reinar la caridad en el sentido cristiano e integral de la palabra?

Lo acontecido en Guatemala es un signo premonitorio de lo que puede sobrevenir en el mundo entero. Por lo visto el peligro inmediato ha pasado, pero queda latente, y si logra el comunismo establecerse de manera firme en un país del continente quizás no sea hacedero desarraigarlo. Guatemala es una nación pequeña y débil, y además la amenaza contra el canal de Panamá era demasiado visible para que Estados Unidos no la percibiera. Pero no todas las naciones de América están en idénticas condiciones, y si el comunismo llegara a instalarse en una de ellas no sólo no sería ésta fácilmente "puesta en orden" sino que podría acontecer allí lo que en Indochina donde el marxismo es abiertamente vencedor, y donde podría originarse la tercera guerra mundial si los gobernantes de Occidente no se muestran un poco más desinteresados y sabios de lo que han sido en estos últimos años. Guatemala debe abrir los ojos a los ciegos, so pena de que otros sucesos se los arranquen. ✣

El teatro francés actual y el universo católico

Obey, Maulnier y Bernanos

FRANCISCO JAVIER

Buenos Aires.

UNO de los caracteres más notables del teatro francés de los últimos años es, sin duda alguna, su preponderante contenido intelectual. En efecto, fué a partir de la guerra de 1939 que los escritores comenzaron a volcar en el teatro sus preocupaciones de índole filosófica. El mundo entraba en un nuevo período de su evolución histórica y el arte dramático ponía de manifiesto las ideas y los sentimientos dominantes en aquellos años trágicos.

Las obras de Sartre, Camus, Anouilh, Salacrou, Simone de Beauvoir, Montherlant, Roblès, constituyeron los éxitos más significativos. Resultaba evidente que el público encontraba en ellas una respuesta a los interrogantes que lo asediaban, la proyección de sus propios problemas.

A partir de entonces, temporada tras temporada, se viene manteniendo una íntima relación entre la época, el escritor y su público. Nada más extraordinario que esta estrecha dependencia que hace del teatro un instrumento sensible, centro nervioso de la vida moderna, a través de cuyas reacciones se pueden seguir con sorprendente precisión las corrientes de ideas que germinan en ese gran país de cultura que es Francia.

Hoy, a más de diez años del acontecimiento que señaló el principio de su renovación, podemos comprobar que el teatro francés continúa ostentando su carácter marcadamente intelectual. Sólo que el eje alrededor del cual giran las preocupaciones de los escritores parece haberse desplazado del ámbito de lo filosófico al ámbito de lo religioso. Así es como el héroe dramático vive un conflicto que lo vincula fundamentalmente con los valores y leyes del universo católico.

Paralelamente, el público ha seguido el desplazamiento de que se habla, pues al apoyar con entusiasmo las representaciones de las obras que expresan esta nueva inquietud, ha hecho de ellas los grandes éxitos de las últimas temporadas. Pero hasta qué punto los temas religiosos en el teatro concitan la atención general lo prueban no sólo esos grandes éxitos sino también los artículos y comentarios que los escritores les dedican.

"Reflexiones sobre la actualidad de Dios en el teatro", titula su artículo el R. P. Carré, citando a M. Debidour, autor de esta "un tanto irreverente" pero acertada observación. "Una epidemia de irreligión se ensaña en estos momentos con nuestra escena", dice, por su parte, el R. P. Barjon. "Los temas religiosos están ahora en boga: sólo así se explicaría el extraordinario éxito teatral de los "Diálogos", escritos por Bernanos para un film", anota Albert Béguin. "El ateísmo en el teatro contemporáneo. A propósito de las obras de Sartre, Cocteau y Thierry Maulnier". Así se anunció el debate que, dirigido por Gabriel Marcel, organizó el Centro Católico de Intelectuales Franceses.

En cuanto a las obras, a partir de 1948 se estrenaron "El Maestro de Santiago", de Henry de Montherlant —con cuyo éxito se hizo más evidente la presencia de los temas religiosos en el teatro—, "Judith" y "Edipo", de Henry Ghéon, "Juana y los jueces" y "El profanador", de Thierry Maulnier, "A cada uno según su hambre", de Jean Mogin, "La pasión", de Lanza del Vasto, "Fuego en la tierra o El país sin camino", de Francois Mauriac, "Roma ya no está en Roma", de Gabriel Marcel, "El diablo y Dios", de Jean-Paul Sartre, "Lázaro", de André Obey, "Baco", de Jean Cocteau, "Hermosa sangre", de Jules Roy, "Notre-Dame d'En Haut", de Jean-Jacques Bernard, "La resurrección de los cuerpos", de Loys Masson, "Diálogos de las Carmelitas", de Georges Bernanos y "La edad canónica", de Christian Lude.

De este conjunto de obras, desde todo punto de vista, tan variado y multiforme, se han destacado tres dramas, "Lázaro", de André Obey, "El profanador", de Thierry Maulnier, y "Diálogo de las Carmelitas", de Georges Bernanos, en primer lugar, por la intensidad dramática de los problemas que llevan a la escena y, en seguida, por sus indiscutibles valores literarios. Además —es importante señalarlo—, cada una de ellas representa, respecto de las relaciones entre el dramaturgo y el universo católico, una posición diferente.

LAZARO, Wilfrid de Montferrat y Blanca de la Force son, respectivamente, los héroes principales de las tres obras citadas. Una misma angustia los emparenta, una misma ansiedad: apaciguar la lucha del alma en conflicto consigo misma, superar los límites de su condición. Su problema es, por eso, estrictamente individual y pertenece al mundo del espíritu. Después de su resurrección, Lázaro descubre con horror que es el único vivo en medio de un pueblo de muertos que marchan. Wilfrid, el profanador, rechaza el mundo y su comedia, desprecia a los débiles hombres y todo lo que dicen amar y respetar, y en la exaltación de su orgullo y su soberbia, se yergue contra Dios, único enemigo de su talla. Blanca de la Force refugia en el amor a Dios su miedo de vivir, su miedo de la muerte. Quizá, por eso mismo, instintivamente, al ingresar al convento de las Carmelitas elige el nombre de Sor Blanca de la Agonía de Cristo. Y es ese amor a Dios el que la serenará finalmente en su voluntaria agonía.

Ahora bien, resulta difícil reflejar en un corto trabajo como éste la intensidad dramática con que los personajes de las tres obras viven sus problemas. André Obey, Thierry Maulnier, y Georges Bernanos crearon el mundo palpitante, vivo, dentro de cuyos límites se mueven los protagonistas elegidos; condujeron a éstos por un camino seguro, recto, hasta hacerlos consumir en sus propias pasiones, les dieron esa autenticidad superhumana que denuncia a los grandes arquetipos literarios.

Lázaro contempla el interior de aquella habitación donde aún se huele las flores..., el dulce fuego en el hogar..., las señales del duelo..., el reloj detenido en la hora de su muerte. El recuerdo de la soledad absoluta, de la inmovilidad que se había apoderado de su cuerpo, ponen en su alma una pena tan amarga que la vida le sabe a ceniza. "Vivía plenamente. Como jamás, antes de mi muerte, había vivido. Conocí una existencia suprema. No hay nada más que la muerte. La sola cosa que existe. La única que dura." Y exclama, pensando en aquel Lázaro que yacía aprisionado por la tierra: "Tenía conciencia de ser feliz... Tenía conciencia de ser feliz antes de que esa voz humana le devolviera su carne y su miseria." Jesús mur-

mura: "Perdóname". Lázaro lo asedia: "Con qué derecho se me impone este suplicio inhumano: ¿ya no tengo lugar, ningún lugar en el mundo?... ¿este vértigo de andar, un pie en la luz y el otro en la noche? ...No puedo más. ¡No puedo más!... Jesús, os lo suplico, me dijisteis: "Levántate", y me levanté; decidme ahora: "Acuéstate" y, ¡ah!, me acostaré, ¡volveré a acostarme para siempre!"

Wilfrid, teniente del ejército del emperador Federico de Hohentauffen, que ocupa Mantua (siglo XIII), sabe que los jefes de la ciudad se preparan para matarle y para arrojar de la ciudad a los soldados de un emperador que se ha apartado de la Iglesia y del Papa. Wilfrid rehusa huir, rehusa traicionar a su emperador, rehusa unirse a los que se llaman justos y piadosos servidores de Dios, rechaza participar en las miserables contiendas de los hombres, que se entregan a las ideas y a los sentimientos y que comprometen sus vidas para defenderlos y hacerlos triunfar. Wilfrid está solo, en los límites de su libertad soberbia. A su alrededor los puñales de los que le temen y le odian, de los que ansían liberarse del ejército ocupante y sumarse a los cruzados que marchan hacia Oriente. En la noche, Wilfrid espera la muerte. "Oh, Dios, ¿y si me gustara condenarme? Heme aquí, delante de Vos, tal como deseé estar. Sin socorro y sin armas. En este mundo arrodillado, que busca vuestro amor, os espero de pie y no os amo. Vuestro hijo clamó por Vos, según dicen, antes de dejar su condición de hombre para alcanzar vuestra confortable eternidad. Yo no os llamo. Gustasteis, a través de ese Hijo, el dolor del mundo y no lo encontrasteis demasiado amargo. Que una vez al menos, sin vuestra ayuda y contra Vos, la fragilidad de un hombre asuma completamente sola y por su cuenta, la falta y el castigo, rechace el perdón, la esperanza y la plegaria y de esa manera os enseñe lo que la criatura puede enseñar a su creador. Cualquier cosa que hagáis de mí, podré deciros: yo lo quise. Haré resplandecer mi vergüenza hasta tal punto que empañará vuestra gloria. Estoy frente a ese límite en cuya dirección, desde hace tanto tiempo, marcho sin saberlo. Estoy en la cima sublime de la libertad humana".

Blanca de la Force oculta su angustioso miedo tras los muros del convento de las Carmelitas. Su fe en Dios la ampara y la sostiene. Pero hasta el convento llevan las violencias y las devastaciones de la revolución francesa de 1792. La comunidad, en ausencia de la Priora y a instancias de una de las religiosas, ofrece a Dios el voto de martirio. Sor Blanca de la Agonía de Cristo también lo hace, pero sus manos tiemblan, la angustia oprime su garganta... "Yo... Es verdad que ya no espero superar mi naturaleza. No... ya no lo espero... ¡Oh! Madre, por todas partes arrastraré mi oprobio como un forzado sus grillos. Esta casa es el único lugar en el mundo en donde puedo esperar ofrecer ese oprobio a Su Majestad como un inválido sus vergonzosas llagas. Porque Dios, Madre, quizá me ha querido cobarde como ha querido a otras buenas o estúpidas..."

En cuanto a los valores literarios, que caracterizan y definen tan claramente a cada una de estas obras, "Lázaro", de André Obey, impresiona, en primer lugar, por el tono profundamente poético del diálogo, sobre todo en ese sorprendente segundo acto en que tiene lugar el encuentro entre Jesús y Lázaro. Lázaro reniega de las palabras porque no puede explicar con ellas la experiencia que turba su alma. Busca como un ciego, palpando lentamente el sentido de las palabras que salen de su boca... Hermosas y sutiles imágenes describen, entonces, la muerte..., un tránsito..., un cambio de reino: "Como el tronco de árbol que en seguida de muerto comienza... un lento, muy lento descenso secular... sí, un secular, diez veces secular —su tiempo no es el nuestro— descenso hacia el carbón... y es una ascensión, también, porque sube... ese árbol muerto... sube lentamente, en una solemne ascensión hacia la hulla. Ese árbol convertido en carbón, ese presente mineral, hecho de un vertiginoso pasado de vegetal para un futuro de llamas y de metamorfosis, eso es la muerte, Jesús!"

No menor belleza literaria emana de la forma en que su autor plasmó en el drama su idea más importante: el sentido de la resurrección de Lázaro. Jesús tomará sobre sí el enorme peso de la revelación sufrida por Lázaro y a través de ella develará su destino. Por eso llama a Lázaro profeta, por eso le devuelve el gusto por la vida y lo libera del trágico recuerdo de la muerte.

En cuanto a "El profanador", de Thierry Maulnier, destaca como valor más notable, la perfecta construcción dramática y en consecuencia la perfecta línea que describen las vicisitudes anímicas de los personajes. Wilfrid, Benvenuta, Aldo, Amata, son pasiones humanas que van a perfeccionarse en la hermosa escena final del drama. No hay otra salida para ninguno de ellos: sólo la muerte de Wilfrid, el acontecimiento que señalará sus destinos. Amata, ardiente de deseo por Wilfrid; Aldo, cabecilla del complot y enamorado de Benvenuta, poseído de su idea del deber: destruir al enemigo; Benvenuta, enamorada de su misión: salvar el alma de Wilfrid. Las antorchas arrojan su inquieta luz sobre el cuerpo inanimado de Wilfrid. Aldo dice: "Fué necesario. Si me perdonáis, Benvenuta, creeré que Dios me perdona". Benvenuta murmura con suprema dulzura: "Ni ahora, ni mañana, ni en la hora de mi muerte, ni en este mundo, ni en el otro". Los gritos de los conjurados retumban en el palacio. "¡Tomad la cruz! Dios lo quiere. Dios lo quiere. ¡Navidad en Belén!"

"Diálogo de las Carmelitas", de Georges Bernanos, sobre un tema de la escritora Gertrude von Le Fort, fué concebido como un guión para un film y después de la muerte de su autor, adaptado a la escena. La acción, magníficamente desarrollada en numerosos cuadros y escenas, describe el drama espiritual de un grupo de carmelitas de París. En efecto, el enorme interés que despierta esta singular obra de Bernanos, reside particularmente en la aventura individual de cada religiosa por alcanzar la salvación divina, la angustiosa lucha del alma por merecer humildemente el perdón. Pero a esto ha agregado Bernanos una idea de perturbadora fuerza expresiva, que confiere a la obra gran jerarquía. Blanca de la Force, desde su ingreso al convento, gana la simpatía y la piedad de la Priora, mujer serena, de carácter muy firme. Poco después del ingreso de Blanca, la Priora muere. Su agonía es espantosa, el temor de la muerte convulsiona su cuerpo, sus últimas palabras son casi blasfematorias... Al final del drama, asistimos, por el contrario, a la serena inmolación de la débil Sor Blanca, quien voluntariamente se une a las Carmelitas condenadas a la guillotina. Estas dos escenas, de una grandiosidad dramática indescriptible, son los polos extremos que revelan la idea (el sentimiento) de Bernanos y cuyo sentido pone en boca de una joven religiosa: "¿Pero, lo que llamamos azar, no será la lógica de Dios? ¡Pensad en la muerte de nuestra querida Madre, Sor Blanca! ¡Quién hubiera podido creer que le iba a costar tanto trabajo morir, que moriría tan mal! Se diría que en el momento de enviársela, Dios se equivocó de muerte, como en el vestuario se os da un abrigo por otro. Sí, debía ser la muerte de otra, una muerte que no correspondía a nuestra Priora, una muerte demasiado pequeña para ella, ni siquiera podía ponerse las mangas... Quiere decir que esa otra, cuando llegue la hora de su muerte, se sorprenderá de entrar tan fácilmente en ella y de sentirse tan a gusto... Quizá, hasta se vanagloriará: "Ved, que cómoda estoy, qué bien cae este vestido..." ¿Quien sabe si cada uno no muere por sí, sino los unos por los otros, o aún los unos en lugar de los otros?"

Por último, como ya se dijo antes, resulta interesante comprobar cómo estas tres obras, que tienen notables puntos de contacto y que son, sin embargo, tan diferentes, representan, en lo que se refiere a las relaciones entre el dramaturgo y el universo católico, posiciones muy definidas.

Respecto de "Lázaro", se puede decir que revela al dramaturgo que ha escogido un tema por las posibi-

La discriminación racial

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Córdoba.

QUIZA no sea aventurado decir que la discriminación racial duró poco en Hispanoamérica. Desde el principio de la conquista surgieron en la Península los defensores de los derechos del indio, los sostenedores de que el indio, poseedor de alma y de destino sobrenatural, como cualquier otro hombre, era acreedor a un trato realmente humano. Y si bien es cierto que en las legiones colonizadoras abundaron los indiferentes a semejantes defensas y los remisos en el cumplimiento de todo lo que no fuera sus planes de dominación y de enriquecimiento, también es verdad, y verdad muy honrosa para España, que, junto con tales especímenes de crueldad y de ambición, llegaron los consabidos misioneros y, entre éstos, muchos y muy decididos campeones de una cruzada en la que los nombres de un Fray Bartolomé de las Casas y de un San Pedro Claver (por no citar sino dos de los más obvios) son suficientemente luminosos y puros como para disipar las sombras y el horror de los aspectos negativos de la aventura española en esta parte del mundo. En realidad, y pese a todo, la tal aventura fué, principalmente, espiritual. Su motor teórico estuvo constituído por la firme resolución de extender la verdad cristiana a quienes la ignoraban, de ensanchar el campo de acción apostólico, de ganar, lisa y llanamente, almas para Dios. Lo que en el orden práctico haya podido desvirtuar la dignidad de esa inicial razón no altera fundamentalmente las consecuencias del vasto y noble propósito. La mejor prueba de que el indio no era considerado como substancialmente inferior por los conquistadores la tenemos, antes que en ningún otro hecho, en el de que la mezcla de razas fué, casi desde el comienzo de la empresa colonizadora, no ya tolerada sino buscada por los españoles.

Herederos de tan razonable criterio, nuestros pueblos americanos nacieron a la vida independiente sin prejuicios raciales. En nuestra Asamblea del año 1813 ya se establecía con claridad lo que iba a ser una verdad concluyente para todo argentino: que las diferencias de origen étnico no comportan diferencias de derecho. Todos aquí, cualquiera sea su procedencia o su color, son absolutamente iguales ante la ley. Lo mismo, o casi lo mismo, sucedió en el resto del área hispanoamericana, donde la dañina planta racista no ha podido arraigar a fondo. Los brotes de antisemitismo que durante la segunda guerra mundial se advirtieron, como consecuencia de la prédica hitlerista, en algunos de nuestros países, no tardaron en marchitarse en cuanto el conflicto terminó, denunciando con ello que la savia que los alimentaba no procedía precisamente del suelo que a los hispanoamericanos nos es común.

Ya se sabe que, por lo menos con respecto a los negros, no ha ocurrido lo mismo en la América de origen anglosajón. Y, al traer este asunto a colación, me adelanto a decir que soy incompetente para averiguar las razones profundas del fenómeno, y que me parece peligroso (no sólo por superficial) el juzgarlo apresuradamente. De todos modos, la triste verdad al respecto es que la grieta existente de antiguo allí entre los blancos y los que no lo son no ha sido cerrada, no obstante la buena voluntad puesta en el propósito por lo mejor y más culto del pueblo norteamericano. En su reciente libro *India and the Awakening East*, Eleanor Roosevelt se refiere a la creciente mala voluntad que se advierte hacia sus compatriotas en el Lejano Oriente y, sobre todo, en la India, donde los ciudadanos de la Unión están heredando la animadversión que hasta hace poco sólo despertaban allí los ingleses. La viuda del famoso presidente no oculta algunas de las razones. Una de las principales se deriva, precisamente, del distingo racial, que hiere profundamente a los pueblos asiáticos. "Tenemos contra nosotros (expresa Mrs. Roosevelt) su sentimiento de que, porque nuestra piel es blanca, miramos necesariamente con superioridad a quienes la tienen amarilla, negra o morena. Este sentimiento nunca los abandona, aunque ninguna de las personas que por allá traté se refiriese expresamente a él, tal vez por cortesía. Lo que sí me preguntaron siempre fué acerca de nuestro tratamiento a las minorías".

Existe, sin duda, un estado de opinión cuya importancia crece en los Estados Unidos y que mira el problema de los negros con ojos cada vez más humanos. Las palabras que en 1857 pronunció el juez R. C. Taney ("...the negroes had been regarded as berings of an inferior order...") suenan aún en los oídos de los verdaderos demócratas norteamericanos como una advertencia de lo que ocurrió un día y de lo que jamás debe volver a ocurrir. Después de la última guerra, la situación de la gente de color en el gran país del Norte parece haber mejorado notablemente. Hay muchas y muy fidedignas señales de que cada vez son menores las distancias entre los diversos sectores étnicos en que se divide la población de aquél. Una de las más recientes y notorias es la que me trae la noticia, leída en "La Nación" de hace pocos días, acerca de que la Corte Suprema de Wáshington se ha pronunciado unánimemente en el sentido de que "la separación de los alumnos de color de los blancos en las escuelas constituye una violación de las garantías constitucionales de igualdad ante la ley". A pesar de que hasta el próximo otoño no será decidida la fecha exacta en que entrará en vigor la resolución resultante de la manifestación antedicha ("...pasarán muchos meses —añade el telegrama correspondiente— antes de que, en vista del histórico fallo, dejen de funcionar las escuelas separadas que hay ahora en muchos Estados"), me parece importantísimo que nada menos que la Corte Suprema (poder intrínsecamente conservador y apegado como ninguno a lo erigido y establecido por la tradición) sea quien haya dado semejante paso, que promete abrir el camino a otros aún más resueltos y revolucionarios. Quizá no tardemos en ver caer otras barreras raciales y, principalmente, la que se oculta en cierta "separación con igualdad", tan llevada y traída en los Estados Unidos para legitimar como democrática una segregación que, en absoluta puridad, no lo es.

Nos hallamos, pues, en vías de presenciar cómo lo

---

lidades dramáticas que ofrece más que por su contenido católico. En "Lázaro", como en otras obras de los últimos años, lo literario prevalece sobre lo religioso. "El profanador", en cambio, es un ejemplo de las obras que integran la corriente de ideas que podríamos llamar atea y que tiene su cima en "El diablo y Dios", de Jean-Paul Sartre. Aunque Thierry Maulnier ha probado con sinceros argumentos que su obra no es anticristiana (debate organizado por el Centro Católico de Intelectuales Franceses, de París), el héroe, eje de la misma, rechaza y desprecia con las palabras más decisivas y terminantes y con los sentimientos más auténticos, la doctrina de Cristo. "Diálogo de las Carmelitas" representa el caso contrario. Aquí el tema ha escogido al escritor, se le ha impuesto. Ultima obra del gran novelista (su único drama refleja claramente la concepción cristiana del mundo que poseía su creador a través del mensaje fervoroso que desborda la forma literaria.

ASI, siguiendo el camino que le señala su vocación por los temas de mayor jerarquía espiritual —confirmando sus extraordinarios valores literarios y la efectividad de su función social—, el teatro francés responde una vez más a las urgencias de este consecuente buscador de verdades que es el hombre moderno, asediado ahora por aquellos problemas que lo vinculan estrechamente con el universo católico. ❖

que en América del Sur es un honrosísimo hecho desde hace siglos se propaga hoy a la América del Norte, y cómo los bienes de una igualdad que está en la raíz de la naturaleza humana empiezan a arrollar los obstáculos todavía subsistentes a fin de comunicarse a todos los seres racionales sin acepción de razas ni de colores. Mientras ello no se transforme por completo en una realidad tangible y palpable a todo lo largo y a todo lo ancho de la tierra, poca o ninguna autoridad tendrá el hombre blanco para hacer inteligibles y respetables a los ojos de las criaturas de otras familias étnicas las majestuosas palabras de que están llenas nuestras augustas cartas magnas y nuestras solemnes declaraciones de principios. Celebremos con sincera satisfacción, por lo tanto, el gesto trascendental del alto tribunal norteamericano, fortaleciéndonos, al mismo tiempo, en la muy cierta y muy cristiana convicción de que, como dice George Moore en *The Bending of the Bough*, "después de todo, sólo hay una raza: la humanidad". ❖

Las tentativas de organización internacional y sus fracasos

EMILE GIRAUD

Pau.

I
POSICION DE LOS PROBLEMAS Y ENUNCIADO DE PRINCIPIOS

Realismo y no pesimismo

EL título de este estudio (1) parece traducir una inclinación al pesimismo. Hubiera podido ser titulada "Las condiciones de éxito de una organización internacional", pero la experiencia muestra, al menos en el dominio político, que las organizaciones internacionales han sufrido más fracasos que obtenido éxitos. Es pues, ser realista partir de esta comprobación. Los fracasos son patentes. Es menester determinar sus causas.

Realismo que de ninguna manera debe conducir al derrotismo y al desaliento. Las organizaciones internacionales han adquirido definitivamente derecho de ciudadanía en el mundo. Si una desaparece, como ya ha sucedido, será reemplazada por otra. Las instituciones internacionales tienen la eternidad por delante, ventaja que les asegura el éxito final. ¿Cómo hacer para que la victoria cierta no se haga esperar demasiado y que antes de gozar de ella la humanidad no sea sumergida en nuevos baños de sangre?

Una gran ilusión

LOS pueblos y algunos hombres de Estado han tenido una gran ilusión que es menester destruir: la ilusión de que el sólo hecho de existencia de una institución internacional sería suficiente para asegurar el mantenimiento del orden y de la paz. La experiencia de la Sociedad de las Naciones debía disipar esta ilusión. De manera completa y clara es necesario ver, en efecto, lo que representa una institución internacional. Esta institución tiene una constitución y órganos y posee a su servicio un cierto número de funcionarios. La constitución establece principios y reglas. Pero los textos jurídicos no tienen valor práctico sino en la medida en que se tiene cuenta de ellos. Los órganos dirigentes de la institución, compuestos por representantes de los Estados, tienen justamente por función dar vida a la constitución. Pero para lo cual han de lograr tomar decisiones y decisiones que no carezcan de alcance. La experiencia muestra que es cosa muy difícil; y después que los Estados conformen su conducta a las decisiones adoptadas. Pero si esas decisiones son tomadas contra Estados que han violado la constitución de la institución, esos Estados, evidentemente, no se conformarán a esas decisiones a menos que se los obligue. ¿Quién los constreñirá? La institución internacional sólo tiene a su servicio funcionarios; son algunos miles, que no tienen otras armas que sus lapiceras. Hasta el día, todavía lejano, en que los ejércitos nacionales sean suprimidos y en que la institución internacional posea una policía segura y eficaz, capaz en todas las circunstancias de imponer el respeto de sus decisiones, pertenecerá a los gobiernos y a los pueblos hacer entrar en razón a los perturbadores del orden internacional en conformidad con las resoluciones tomadas por los órganos competentes de la institución. Para lo cual es menester que los miembros de ésta quieran y puedan cumplir ese pesado deber. En ello está el nudo de la cuestión del orden internacional. Hoy como ayer, muchos, que parecen animados de buenas intenciones y se presentan como campeones de la paz y de las instituciones internacionales, no lo han comprendido. Cierran los ojos a la realidad sin embargo deslumbrante, y preconizan soluciones de facilidad y de ilusión, esforzándose por hacer creer que la paz puede comprarse con regateos mediante encantamientos, exhortaciones, llamamientos a la buena voluntad, concesiones y compromisos. Farmacopea, ciertamente, no carente de valor, pero que en los casos más graves es radicalmente insuficiente. En tales casos hace más mal que bien porque desvía del empleo de las únicas soluciones eficaces.

Diversas especies de instituciones internacionales

HAY dos categorías de instituciones internacionales: las instituciones de competencia general, políticas y técnicas (Sociedad de las Naciones, Naciones Unidas) y las instituciones de competencia particular, limitadas a un objeto no político, que son las instituciones especializadas (Organización Internacional del Trabajo, U.N.E.S.C.O., etc.). Algunos critican esta división arguyendo que las funciones políticas tienen un aspecto técnico y que las funciones técnicas tienen un aspecto político, lo que no es absolutamente falso, pero quedan por regular los diferendos internacionales, prevenir y reprimir las agresiones, reglamentar los armamentos, que son cosa bien distinta de mejorar la condición de los asalariados o promover la salud pública. En esta conferencia no se tratará sino de las instituciones de competencia política.

Según una opinión que en la actualidad goza de gran predicamento, las instituciones especializadas tendrían un papel esencial que cumplir en la preservación de la paz. Creando la prosperidad, difundiendo la cultura y la salud, suprimirían las causas de descontento y de tensión que están en el origen de las guerras. Hay, sin duda, un elemento de verdad en esta tesis, pero se exagera considerablemente su importancia. De modo contrario a la doctrina marxista, la historia muestra que no son los pueblos más miserables (ni los menos instruídos) los que se lanzan o son lanzados a las guerras de agresión. Los factores pasionales y sentimentales, el orgullo del grupo, la voluntad de poder y de dominación, el gusto de la aventura y de las conmociones, el deseo de difundir o de imponer una creencia o una filosofía de la vida son las causas primeras, si no de todas las guerras al menos de las más vastas, de las más encarnizadas y de las más destructoras (guerras de religión del siglo XVI, guerras napoleónicas, primera y segunda guerras mundiales). La diferente importancia entre las instituciones internacionales de competencia política y las instituciones especializadas está atestiguada por el carácter muy diferente de su falta de éxito. Si la institución de competencia política fracasa, es una catástrofe constituída por la guerra o la anarquía la que reina en el orden internacional y se habla de la bancarrota de la institución. Si la institución especializada no obtiene resultados, no se sigue de ello ningún desastre; únicamente se trata de una pérdida de beneficio y la existencia de la institución no está necesariamente amenazada. Se dirá que ha sido inoperante, pero no que ha traicionado las esperanzas de la humanidad y

(1) Conferencia pronunciada en la 40ª Semana Social Francesa, Pau 1953.

que ella ha fracasado, y se esperará que obre de modo mejor.

Una ley fundamental concerniente al funcionamiento de las instituciones internacionales

CREEMOS poder formular la siguiente ley que explica el éxito o el fracaso de las instituciones internacionales, cuando ellas han de hacer frente a una crítica situación:

"Las instituciones internacionales encargadas de salvaguardar la paz triunfan o fracasan según que las fuerzas pacíficas puestas a su disposición superen o no a las fuerzas guerreras y subversivas existentes en el mundo".

En virtud de esta ley, el fracaso de la institución internacional puede producirse en dos hipótesis diferentes:

La primera, cuando los países que buscan la dominación y la subversión unidos en un mismo campo representan la fuerza mayor del mundo. En esas condiciones impondrán necesariamente su voluntad y crearán, al menos temporariamente, un nuevo "orden" en su provecho. Puede decirse que cuando esta hipótesis se realiza la situación es desesperada. La institución internacional está condenada a muerte y el mundo a sufrir la ley del dominador.

Si en 1940 las fuerzas conjugadas de Alemania, Italia y el Japón hubieran superado a las de los otros países, la coalición de las tres potencias agresoras habría obtenido la victoria.

Esta hipótesis raramente se realizará; sin embargo no es teórica, y los que tienen la responsabilidad o el cuidado de la paz y del orden internacional deben hacerla entrar en sus previsiones.

La segunda hipótesis es la de los países que queriendo la dominación o la subversión unidos en el mismo campo no representan la fuerza más grande, pero están resueltos a emplearla, mientras que sus adversarios y futuras víctimas, no están resueltos a emplear juntos la fuerza que poseen. Es la negativa a entenderse y a obrar para hacer frente al peligro común la que impide conjurar la amenaza de guerra y de derrota.

A diferencia de la anterior, esta hipótesis tiene grandes posibilidades de realizarse. En efecto, los pueblos que no buscan la dominación y la subversión tienen horror a la guerra, se rehusan a encarar su posibilidad, procuran persuadirse de que siempre puede ser evitada por negociaciones y concesiones. Algunos irán hasta aceptar la sumisión y la servidumbre para escapar a los males de la guerra, con más frecuencia aceptarán batirse en el caso de que ellos mismos que sean atacados pero rehusarán ir en socorro de los otros, pensando que la agresión dirigida contra los otros no amenaza su propia seguridad. Es la renuncia a la seguridad colectiva, única posibilidad del mundo actual de escapar a la guerra y a la servidumbre.

Se sabe cuáles son las doctrinas y las actitudes que están en el fondo de esta negativa; se llaman pacifismo, derrotismo, aislacionismo, neutralismo, etc. Por causa de ellas la segunda guerra mundial, la menos necesaria y la más fácil de evitar de todas las guerras modernas, pudo desencadenarse y las potencias democráticas, ávidas de paz, facilitaron como de exprofeso la preparación de los crímenes que la Alemania hitlerista, la Italia fascista y el Japón imperialista iban a cometer y de los cuales debían ser las víctimas.

Son necesarias algunas explicaciones para precisar el sentido y el alcance de la ley que hemos formulado y para responder a las críticas y objeciones que pueda suscitar.

a) *¿Qué debe entenderse por fuerza?*

HABLAMOS de la fuerza militar. No es una noción simple. La fuerza militar es la resultante de un cierto número de factores.

En la actualidad depende esencialmente del poder económico de un país. Los armamentos modernos son complicados y costosos. No pueden ser producidos en gran cantidad sino por una industria muy desarrollada.

Depende evidentemente de la cifra de la población en la cual se reclutan los combatientes y los trabajadores de las fábricas.

Depende de la fuerza moral de los países. Un país no representa una fuerza militar sino cuando tiene la voluntad de batirse. Dos condiciones son necesarias para ello. La primera que los individuos sean capaces de sacrificar su bienestar, su vida, su propiedad por una causa que sobrepasa sus intereses personales; la segunda, que crean en la justificación de los sacrificios que se les pide. En un país democrático evolucionado que no tiene el gusto de la lucha armada y de la aventura, es menester que los ciudadanos estén convencidos de la justicia de la causa por la cual se baten.

La fuerza militar depende todavía de factores geopolíticos: vastos espacios que permitan largas retiradas y difíciles abastecimientos, existencia de defensas naturales constituídas por mares y montañas, aproximación o alejamiento de los países aliados, facilidades de comunicaciones entre ellos.

Depende, por último, de la capacidad de los gobernantes y de los jefes militares. Se puede contar y medir ciertos elementos de la fuerza militar: capacidad de producción, número de divisiones de carros de asalto, de aviones que se puede o se podrá poner en línea. Otros elementos sólo dan lugar a apreciaciones: valor de los gobernantes y de los jefes militares, moral de un país. Estas apreciaciones, evidentemente están sujetas a error. Así, antes de la segunda guerra mundial, se creía en la fuerza militar de la Italia fascista y en el valor de su Duce, al par que se creía en la debilidad de la U.R.S.S. y de su ejército. En fin, ciertos elementos escapan a toda previsión, aun con prescindencia de esos accidentes siempre posibles como la desaparición de hombres de Estado o de generales. De esa manera la prueba de la guerra revela nuevos hombres que algunas veces cumplirán un papel capital. Todos esos factores conocidos o desconocidos, previsibles o imprevisibles deciden la suerte de las guerras. Pero si se trata de elegir entre la paz o la guerra, los gobiernos inclinados a cometer una agresión se determinarán en función de los factores conocidos, estimables o susceptibles de apreciaciones, y si se quiere preservar la paz, es necesario hacer de modo que el balance de esos factores aparezca netamente favorable a los pueblos pacíficos.

b) *La ley precedentemente enunciada ¿no representa una perogrullada?*

ES una crítica que sin duda pocos formularán, pero que es la primera en venir a la mente. Decir que las fuerzas de guerra privarán si son superiores a las fuerzas de paz, sería expresar una verdad tan evidente que no es necesario expresarla, sería algo así como si se dijera que la balanza se inclinará del lado del plato más pesado.

A lo que responderemos que la evidencia de una verdad nada quita a su valor. Y que, por otra parte, a pesar de su evidencia esta verdad es generalmente tan desconocida que es necesario recordarla tantas veces cuantas ocasiones haya para ello.

Ahora bien, para muchos de los animados por el espíritu internacional, la idea de que el mantenimiento de la paz y del orden internacional está determinado por un juego de fuerzas, es una idea inmoral e insoportable. Para ellos la cuestión de la paz es un asunto de buena voluntad, de comprensión mutua, de concesiones y de compromisos por una parte, y por la otra de acción de procedimientos, de reuniones de órganos internacionales. No se engañan enteramente, pero como más adelante lo indicaremos, no ven más que una parte de la compleja realidad y perciben contradicciones donde no las hay.

Reconocer el papel de la fuerza en las relaciones internacionales, no es conferirle un valor que no tiene

DEMASIADO se sabe que el mundo está inclinado a aclamar la fuerza triunfante. Si Hitler, ese loco criminal, hubiera obtenido la victoria final, los ambiciosos sin escrúpulos habrían hecho su apología; los

débiles, que creen marchar en el sentido de la historia haciendo la política del perro cansado, habrían pensado que su victoria era en cierto modo necesaria para franquear una etapa difícil y preparar a la humanidad para días mejores; los prudentes habrían tenido una actitud reservada o sumisa. Obrando así, todos habrían rendido homenaje a la filosofía hegeliana según la cual "lo que es, es racional"; lo que en definitiva significa que por el sólo hecho de triunfar, el uso de la fuerza encuentra en alguna manera justificación.

Ciertamente, la fuerza no es en sí ni justa ni injusta; es un instrumento del que se puede hacer usos muy diferentes; no se justifica sino cuando es puesta al servicio de una causa honesta y, en la actual sociedad internacional, la justa causa de empleo de la fuerza no puede ser sino el ejercicio de la legítima defensa, individual o colectiva, con respecto a un agresor o recomendada por los órganos de la institución internacional encargada de asegurar el mantenimiento del orden y la salvaguardia de la paz. Aunque la iniquidad, como la historia de todos los tiempos lo muestra, puede triunfar, no por ello es menos iniquidad.

¿Es justo encarar el mantenimiento de la paz y del orden internacional como un problema de fuerza?

ES la principal objeción. Se nos dirá: sí, tenéis razón, ya no es necesario tratar de comprenderse y ponerse de acuerdo. Basta solamente con prepararse a la guerra conforme con el viejo adagio "Si vis pacem, para bellum". El espíritu de conciliación, la fraternidad humana, el perdón de las injurias no son más que ilusiones o métodos ineficaces.

En verdad, semejante concepción tan estrecha e inhumana está en las antípodas de nuestro pensamiento. Sería tan limitada como la concepción que rechazamos, y menos simpática. Pero del hecho de que las relaciones de fuerza desempeñen un papel esencial que no puede desconocerse sin cerrar los ojos a la realidad, no se sigue de ninguna manera que la preocupación de la fuerza deba ser exclusiva o dominante en materia de política internacional. En efecto, el estado de la comunidad internacional varía al infinito, según las épocas y las circunstancias.

En la mayor parte de los casos, las relaciones de los Estados entre sí son relativamente buenas y sería absurdo encararlas bajo el aspecto de la fuerza respectiva de cada uno. Por ejemplo, si la independencia y la integridad territorial de España y de Portugal no están amenazadas por Francia que es militarmente más fuerte, no es porque una agresión francesa a esos dos países provocaría la intervención de terceros, es porque la idea de semejante agresión no se presentaría al espíritu de ningún francés y quien la preconizara sería considerado como un criminal o más bien como un insensato.

Pero aun cuando no sean buenas las relaciones entre países separados por incompatibilidades de humor, conflictos de intereses, oposiciones religiosas o políticas, no hay razón para que esas relaciones sean colocadas bajo el signo de la fuerza, con excepción del caso en que exista en una de las partes deliberada voluntad de dominación y deseo de recurrir a la guerra en la primera ocasión favorable. Justamente porque las relaciones son malas, cada parte tiene el deber de mostrarse comprensiva, moderada, paciente, dispuesta a amplias concesiones para establecer un buen acuerdo y descartar el peligro de la guerra. En este orden de ideas, debe alabarse francamente a los gobiernos franceses que en 1898 evitaron la guerra con Inglaterra a propósito de Fachoda y, en 1905 y 1911 la guerra con Alemania a propósito de Marruecos.

Por el contrario, la situación es diferente cuando se está frente a un país, como la Alemania hitlerista, que posee una voluntad brutal y reflexiva de dominación y una insaciable sed de crecimiento. Las relaciones con semejante potencia no pueden ser entonces sino relaciones de fuerza. La prudencia obliga a reconocerlo. Lo que no quiere decir que en tal caso sea necesario considerar a la guerra como fatal y menos todavía encarar una guerra preventiva. Es menester intentar evitar la guerra, pero el medio de lograrlo es de ser más fuerte que el malhechor que nos amenaza, pues solamente el peligro de perder la guerra lo disuadirá de emprenderla.

La historia de la Sociedad de las Naciones ofrece justamente ejemplo de situaciones diferentes a las cuales han de aplicarse tratamientos diferentes. Solamente espíritus absolutos y simplistas pueden ver contradicción en la adaptación de los hombres a la realidad cambiante. ¿Un médico se contradice porque no prescribe a todos sus enfermos el mismo tratamiento y prescribe a un mismo paciente tratamientos diferentes en momentos diversos de su enfermedad? ¿Se contradicen los que se visten de lana en invierno y se aligeran de ropas en verano, los que practican deportes violentos en su juventud y los interrumpen cuando envejecen, los que reprenden al niño cuando obra mal y lo agasajan cuando se porta bien? Si eso es contradecirse, sólo el demente, poseído de una idea fija, no se contradice.

Los sentimentales, los espíritus absolutos, los que tajan las más graves cuestiones sin haber observado y reflexionado lo suficiente, están poseídos por una idea fija que les disimula la diversidad y la complejidad de la vida.

Trataremos ahora, considerando la experiencia de la Sociedad de las Naciones, de verificar la exactitud de la ley que hemos formulado.

(Continuará)

Félix Frías y las ideas sociales del núcleo intelectual del treinta y siete

AMBROSIO ROMERO CARRANZA



EL observador de la Historia Universal que es poco perspicaz sólo ve en ella un cúmulo de sucesos y luchas sin orden ni concierto. En cambio, quien sabe ver a través del caos y oír en medio del estruendo producido por las disputas de los hombres y el fragor de las batallas libradas entre los pueblos del orbe, advierte la marcha de las ideas que conducen a las naciones por los caminos marcados por la Providencia.

Con nuestra Historia nacional ocurre otro tanto: muchos no ven en ella sino un laberinto de odios enconados y ambiciones desatadas; sin embargo, en su seno puede encontrarse un hilo conductor que, sin temor de perdernos, nos permite entrar y salir de tal laberinto. Ese hilo conductor constituye la línea histórica de nuestra evolución social, línea que nos lleva directamente a un punto neurálgico: al descubrimiento de cuál es el auténtico espíritu de nuestra patria. Porque las naciones, como las personas, tienen un cuerpo y un alma. El cuerpo está formado por su territorio, sus habitantes y sus riquezas; el alma, por todo el conjunto de tradiciones, creencias e ideas constitutivas del espíritu que proporciona a un país, vida, grandeza, gloria y libertad, es decir, que le proporciona personalidad.

El espíritu de una nación puede ser eclipsado, en momentos nefastos de su Historia, por las fuerzas materialistas que siempre existen en su seno, y que sólo buscan el incremento de las riquezas y el goce sensual de los habitantes que usufructúan esas riquezas. Otros peligros, venidos del exterior, también pueden causar un eclipse semejante. Por ejemplo, el espíritu cristiano de dos grandes naciones europeas: Polonia y Hungría, pasa por un período de oscurecimiento total debido a la invasión soviética que húngaros y polacos se ven obligados a sufrir. Otros ejemplos los proporcionan varias naciones latinoamericanas, cuyo espíritu profundamente democrático se encuentra aplastado por la prepotencia, la mentira, el fraude y la corrupción de sus actuales gobiernos totalitarios. Pero así como no muere el alma de una persona aunque triunfen por un tiempo los bajos instintos de su cuerpo, tampoco muere el espíritu de una nación, y, tarde o temprano, acaba por imponerse a las fuerzas materialistas que pretenden aniquilarlo. Por eso, Polonia y Hungría volverán a ser cristianas pese al inmenso poderío del Soviet que las oprime; y por eso las naciones latinoamericanas, que gimen bajo un yugo totalitario, volverán a ser democráticas de acuerdo con el espíritu que les dió vida, grandeza, gloria y libertad.

Ahora bien, el mejor reflejo del espíritu de una nación se encuentra en su Historia. Y los hombres que, renegando del pasado histórico de su patria, pretenden convertirla en puro presente —como lo pretendieron los jacobinos durante la Revolución Francesa, y como lo pretenden en este siglo los gobernantes de Rusia y de otras naciones esclavizadas por totalitarismos de carácter comunista o nazista—, reniegan de la propia alma nacional para entregar su cuerpo a la tiranía de un Estado convertido en un nuevo Moloch.

Nuestro gran presidente tucumano, Nicolás Avellaneda, manifestaba que "los pueblos que olvidan sus tradiciones, pierden la conciencia de sus destinos". Y ese ilustre riojano, que fué Joaquín V. González, decía: "Las nacionalidades son como árboles gigantescos cuyas copas han cobijado generaciones y más generaciones de abuelos y nietos, y cuyas raíces se pierden en la profundidad del suelo recogiendo su savia de las tierras más lejanas" (1)

De allí que querer cambiar las viejas naciones por nuevas patrias, sin pasado ni tradición, es querer echar abajo árboles frondosos y bien arraigados para substituirlos por frágiles arbustos sin raíces ni copas capaces de dar protectora sombra. Asimismo, destruir el espíritu nacional constituirá siempre una baja traición a la patria. Porque si son traidores quienes, dando la mano al extranjero, conspiran contra la soberanía nacional, más traidores son aún los que, aliándose a las oscuras fuerzas internas del materialismo, buscan el modo de aniquilar el espíritu de la patria.

EN el año 1837, un grupo de jóvenes intelectuales argentinos comprendió todas estas verdades sociales que acabamos de expresar, y pusiéronse, por ello, en la tarea de estudiar a fondo la vida argentina para desentrañar cuál era el auténtico espíritu de nuestra patria. No constituía un simple deporte intelectual lo que se proponían efectuar, sino que lanzáronse con ardor, y corriendo peligro, a esa tarea, porque deseaban trabajar, luchar y sacrificarse para que nuestro auténtico espíritu nacional venciera a las fuerzas materialistas que pretendían negarlo y destruirlo.

Félix Frías fué uno de los jóvenes más ardientes y patriotas de aquel núcleo intelectual que se constituyó en Buenos Aires, durante el año 1837, para bien de nuestra patria. Sólo tenía entonces veintiún años de edad, y aunque su pluma y su verbo no habían alcanzado todavía el vuelo y el vigor que alcanzarían años después, su pensamiento estaba maduro. Tanto la intensidad y variedad de sus lecturas, como sus buenos maestros y el provechoso intercambio de ideas realizado con sus inteligentes compañeros de estudio, habían desarrollado prematuramente su intelecto, dándole una fuerte personalidad cristiana y democrática.

En un número anterior de esta revista (CRITERIO, Nº 1210), hemos narrado cómo Frías tuvo la felicidad de nacer en un hogar profundamente católico, y de encontrar, durante su adolescencia, sabios profesores como Diego Alcorta, y buenos amigos (Thompson, Domínguez, Cané, Alberdi, Tejedor, Vicente Fidel López, Viola, Lafuente, Gutiérrez, Sastre, etc.) que, como él, vivían preocupados de las cosas del espíritu y del porvenir de la patria. En la "Asociación de estudios históricos y sociales", cuyas reuniones se realizaban en el caserón de los abuelos de Miguel Cané, y en la Librería y el Salón Literario fundados por el celo intelectual de Marcos Sastre, Frías encontró ambiente favorable para desarrollar su inteligencia. Y, alrededor suyo, tanto en esos lugares como en la Universidad porteña y en casa de Mariquita Sánchez de Mendeville, vió bullir un conjunto de ideas cristianas y sociales que le impidieron dormirse en el egoísta y frío individualismo que dominaba en su siglo.

Ante la mente de Frías y de sus amigos se abrió, en aquel año crucial, un vasto panorama histórico que les hizo ambicionar, para su patria, un porvenir de libertad democrática, de cristianismo sincero y de generosa hospitalidad para los extranjeros que llegasen a estas tierras en busca de paz y de trabajo. Pero, a fin de organizar socialmente a la Argentina, resultaba necesario, para no equivocar el rumbo, desentrañar primeramente cuál era su genuino espíritu nacional, y una vez aclarado ese punto trascendental, y en posesión de ideas claras e ideales puros, congregar a todos los argentinos bajo una bandera de paz, unión, justicia y libertad cristianas.

Había llegado, pues, el momento de dejar a un lado las lecturas y las conferencias puramente filosóficas o literarias, para emprender una ardiente gesta de carácter social enraizada en nuestra propia historia patria. Y el primer punto a tratar y dilucidar, debía ser

(1) Joaquín V. González: "El juicio del siglo", Ed. Rosario, 1945, pág. 15.

el modo de superar la discordia civil existente entre unitarios y federales, "cismáticos" y "apostólicos", porteños y provincianos, "ciudadanos de frac" y "gauchos de chiripá", para unirlos a todos en el mismo anhelo de olvidar los agravios pasados y de trabajar por la organización nacional en un clima de paz fraterna.

Con el objeto de realizar tan urgente tarea, aquellos jóvenes patriotas buscaban una cabeza que los capitanease. Marcos Sastre les señaló, entonces, quién era el hombre indicado: Esteban Echeverría.

EL autor de "La Cautiva" sólo se había distinguido como poeta. Sin embargo, en él bullía, además del estro poético, una firme vocación de sociólogo. Habiendo regresado de Francia en el año 1830, no tardó en ponerse en contacto con los jóvenes que se reunían en la Librería de Marcos Sastre, y éste, con su clara inteligencia y su buen ojo crítico, supo descubrir lo que palpitaba en los versos del recién llegado.

—Estoy seguro —dijo Sastre a Frías y a sus amigos— que Echeverría se encuentra llamado a presidir el desarrollo de la inteligencia de este país, y que él debe encabezar la marcha de la juventud.

Y aquellos jóvenes, siguiendo el sabio consejo de Marcos Sastre, se agruparon alrededor de Esteban Echeverría, quien a los treinta y dos años de edad se hallaba en la plenitud de su talento. Con él fundaron, en el año 1837, una asociación que se tituló, al comienzo, la Joven Argentina y que más tarde fué llamada la Asociación de Mayo. Los miembros de esta sociedad no pretendían provocar una revolución sangrienta. Ese pensamiento se encontraba muy lejos de su mente. Lo que buscaban era el modo de elaborar las ideas que podrían organizar al país y llevarlo a su mayor progreso social. Tampoco deseaba traer a América prácticas e instituciones europeas que no tuvieran arraigo en nuestra patria y que, por tanto, no podían prosperar entre nosotros. Por el contrario, estudiaron a fondo la realidad histórica y etnográfica de la Argentina, para no dar ningún paso en falso ni propiciar nada que fuese utópico e impracticable.

Su único sueño utópico fué el de creer, ingenuamente, que Rosas se convencería de la necesidad de organizar el país de acuerdo con las máximas políticas y sociales predicadas por la Joven Argentina. El llamado "Restaurador de las Leyes" tenía sus sistemas propios sobre la forma de gobernar una nación sin leyes fundamentales que la organizaran constitucionalmente. Y sus sistemas no eran otros que los de exigir a sus partidarios una obediencia ciega, imponer miedo a los tibios, y eliminar a los opositores mediante la violencia y el degüello. Como todos los déspotas y los prepotentes, Rosas no comprendía que las ideas justas y verdaderas acaban siempre por triunfar de la fuerza bruta que ampara la arbitrariedad, la injusticia y la mentira. Sólo confiaba en su astucia, que era grande, y en la idolatría que había sabido inspirar a sus "colorados". Olvidaba que no hay Napoleón sin Waterloo, y que todo tirano concluye por acarrear a su patria el grave mal de una invasión extranjera. En su corta visión de estanciero, no veía despuntar, a lo lejos, el sol de Caseros.

Como, en el año 1837, Rosas no había aún llevado su despotismo hasta las últimas consecuencias, Frías y sus amigos pudieron creer que sus ideas tendrían la virtud de abrir los ojos al tirano; confiando, pues, en el triunfo final de la democracia cristiana en la Argentina, diéronse a elaborar un Códico social que sirviera de base a la ansiada organización nacional.

Las ideas expresadas en ese Código son tan vastas y profundas que se necesitarían muchas horas para exponerlas y explicarlas. En este artículo sólo podemos dar de ellas una estrecha síntesis. Ante todo diremos que esas ideas constituyen, en general, una definida declaración de principios demócrata-cristianos. Es verdad que en el Código Social de la Asociación de Mayo existen algunas desviaciones de importancia, tales como las que se refieren al modo de encarar las relaciones de la Iglesia Católica con el Estado y a la forma de practicarse el sufragio universal. Pero, exceptuando esos dos puntos, en los cuales aquellos jóvenes cayeron en los errores de su época, un demócrata cristiano de hoy puede subscribir sin reservas mentales la mayor parte de todo cuanto el Código sostiene con respecto a la igualdad, la fraternidad, la libertad y el desarrollo y establecimiento de la democracia en la Argentina.

En efecto, ¿quién no ha de subscribir conceptos sociales tan justos y cristianos como los que a continuación transcribiremos?

"La sociedad debe poner a cubierto la independencia individual de todos sus miembros, como todas las individualidades están obligadas a concurrir con sus fuerzas al bien de la patria.

"La sociedad no debe absorber al ciudadano, o exigirle el sacrificio absoluto de su individualidad. El interés social tampoco permite el predominio exclusivo de los intereses individuales, porque entonces la sociedad se disolvería, no estando sus miembros ligados entre sí por vínculo alguno común.

"La voluntad de un pueblo o de una mayoría no puede establecer un derecho atentatorio del derecho individual, porque no hay sobre la tierra autoridad alguna absoluta, porque ninguna es órgano infalible de la justicia suprema, y porque más arriba de las leyes humanas está la ley de la conciencia y la razón.

"Ninguna autoridad legítima impera sino en nombre del derecho, de la justicia y de la verdad. A la voluntad nacional, verdadera conciencia pública, toca interpretar y decidir soberanamente sobre lo justo, lo verdadero y lo obligatorio: he aquí el dominio de la ley positiva. Pero más allá de esa ley y en otra esfera más alta, existen los derechos del hombre, que siendo la base y la condición esencial del orden social, se sobreponen a ella y la dominan.

"Ninguna mayoría, ningún partido o asamblea, tiene el derecho de establecer una ley que ataque las leyes naturales y los principios conservadores de la sociedad, y que ponga a merced del capricho de un hombre la seguridad, la libertad y la vida de todos.

"El pueblo que comete este atentado es insensato, o al menos estúpido; porque usa de un derecho que no le pertenece; porque vende lo que no es suyo: la libertad de los demás; porque se vende a sí mismo pudiendo no hacerlo, y se constituye esclavo, siendo libre por la ley de Dios y de su naturaleza.

"La voluntad de un pueblo jamás podrá sancionar como justo, lo que es esencialmente injusto.

"Alegar razones de Estado para cohonestar la violación de estos derechos, es introducir el maquiavelismo, y sujetar de hecho a los hombres al desastroso imperio de la fuerza y la arbitrariedad.

"La salud del pueblo no estriba en otra cosa, sino en el religioso e inolvidable respeto de los derechos de todos y cada uno de los miembros que lo componen.

"Para ejercer derechos sobre sus miembros, la sociedad debe a todos justicia, protección igual y leyes que aseguren su persona, sus bienes y su libertad. Ella se obliga a ponerlos a cubierto de toda injusticia o violencia; a tener a raya, para que no se dañen, sus pasiones recíprocas; a proporcionar los medios de trabajar sin estorbo alguno, en su propio bienestar, sin perjuicio del de los otros; a poner a cada uno bajo la salvaguardia de todos, para que pueda gozar pacíficamente de lo que posee o ha adquirido con su trabajo, su industria o sus talentos.

"La potestad social que no hace esto; que en vez de fraternizar, divide; que siembra la desconfianza y el encono; que atiza el espíritu de partido y las venganzas; que fomenta la perfidia, el espionaje y la delación y tiende a convertir la sociedad en un enjambre de delatores, de verdugos y de víctimas, es una potestad inicua, inmoral y abominable.

"La institución del Gobierno no es útil, moral ni necesaria, sino en cuanto propende a asegurar a cada ciudadano sus imprescriptibles derechos, y, principalmente, su libertad". (2).

¿No vemos en todos estos conceptos la más pura doc-

(2) Academia Nal. de Historia: "El Iniciador", reproducción facsimilar, G. Kraft Ltda., Bs. As., 1941, pág. 422.

trina de la democracia cristiana que hoy sustentamos sus defensores?

Si cambiamos las palabras "individual" por "personal", "individuo" por "persona" e "individualidad" por "personalidad", nos parece, al leer esos textos de nuestro Código Social, estar leyendo párrafos de declaraciones doctrinales de las Semanas Sociales de Francia. Y pensemos, para darles todo su valor y comprender su gran mérito, que fueron escritos hace más de cien años, en momentos en que nuestro país era anegado por una ola de barbarie, y cuando en Europa no se pensaba en una democracia de inspiración cristiana, sino de inspiración rousseauniana o saintsimoniana.

La poderosa influencia de Rousseau y de Saint-Simon, los dos astros sociales de aquella época, no desvió la mente de Frías y sus amigos. Estos rechazaron tanto la infalibilidad de la mayoría que el autor del "Contrato social" proclamaba enfáticamente, como el socialismo autoritario y estatista del autor de "Nuevo cristianismo". En cambio, proclamaron su fe en una democracia de inspiración cristiana basada en los principios de asociación, progreso, libertad, igualdad y fraternidad, es decir, en los principios de Mayo.

Se ha discutido sobre cuál es la verdadera fecha en que se fundó la Joven Argentina. Nosotros daremos por cierta la que indica Esteban Echeverría en su "Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37": 23 de junio de 1837.

En la noche de ese día se reunieron treinta y cinco jóvenes, entre los que se contaba Félix Frías, para echar las bases de "una revolución moral que marcase un progreso en la regeneración de la Argentina, pues antes de apelar a las armas para conseguir ese fin, era preciso difundir, por medio de una propaganda lenta pero incesante, las creencias fraternizadas, reanimando en los corazones el sentimiento de la Patria amortiguado por el desenfreno de la guerra civil y por los atentados de la tiranía, a la cual sólo de ese modo se logrará derribar sin derramamiento de sangre" (3).

Cuenta Echeverría en la citada "Ojeada retrospectiva", la explosión eléctrica de entusiasmo y regocijo con que aquellos treinta y cinco jóvenes saludaron, ese 23 de junio, la lectura que les hizo de las palabras simbólicas que después encabezaron el Código social. Esas palabras fueron estudiadas y aprobadas, previa discusión de sus artículos, en varias reuniones celebradas en casa de Gervasio Posadas y Juan María Gutiérrez, y en la quinta de Jacinto Rodríguez Peña (situada frente a lo que hoy constituye la plaza Rodríguez Peña).

Esteban Echeverría había sido elegido presidente de la Joven Argentina, y a una comisión compuesta por él, Alberdi y Gutiérrez le fué encomendada la redacción del Código Social, que a fin de cuertas resultó compuesto solamente por Echeverría y luego aprobado por todos.

Echeverría lo llamó "Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina". Con ese nombre apareció impreso y publicado, por primera vez, en el Nº 4 del periódico uruguayo "El Iniciador", de fecha 1º de enero de 1839. Años más tarde, también en Montevideo, salió publicada en forma de libro una segunda edición del Código (año 1846), pero con un nombre distinto, pues Echeverría entonces lo tituló: "Dogma socialista de la Asociación de Mayo".

Fué desgraciada la idea de ese cambio de nombre. El término "socialista" se prestaría en el futuro a confusión, y que a muchos católicos —quedándose en las palabras y no yendo al fondo de la cuestión— consideraran a Echeverría como perteneciente a las filas del socialismo condenado por León XIII en su encíclica del 28 de diciembre de 1878 titulada: "Quod Apostolici".

Semejante imputación es completamente falsa. Los "socialistas" a que se refiere "el Papa de los obreros" en dicha encíclica, son aquellos que, en el siglo pasado, "presentando el derecho de propiedad como invención humana contraria a la igualdad natural entre los hombres, proclamaron la comunidad de bienes declarando que la pobreza no puede conllevarse con paciencia, y que impunemente se puede violar la posesión y derechos de los ricos" (4). Pues bien, en el "Dogma socialista" no existe ni sombra de semejante doctrina condenada por la Iglesia. Es que, cuando Echeverría empleó el adjetivo "socialista" para calificar su Credo, el llamado "socialismo" recién comenzaba su carrera política. Y fué el economista inglés Roberto Owen (1771-1858) quien, por primera vez, dió a la palabra su sentido actual.

Tanto para Frías como para sus compañeros de la Joven Argentina, "socialismo era sinónimo de social, o mejor dicho, de lo social armónicamente desenvuelto y ajustado a un criterio de fraternidad cristiana, de condena para cuanto importe monopolizar la vida económica de la República, y de estímulo de todas las energías sanas y de todas las capacidades útiles" (5).

La prueba de la verdad de cuanto acabamos de decir, podemos encontrarla en que nunca Félix Frías se disculpó de haber contribuído a la redacción de un Credo socialista, porque jamás consideró como tal al Código aprobado por la Joven Argentina. Y la pureza de su ortodoxia católica queda bien patente con el hecho de que las campanas de todas las iglesias porteñas convocaron a los fieles a acompañar el cortejo que trasladó sus restos mortales (cuando llegaron a Buenos Aires traídos de Francia) desde el Puerto a la Catedral, adonde se celebró un servicio fúnebre en la noche del 17 de noviembre de 1881 y un solemne funeral al día siguiente, en el cual el arzobispo en persona, Mons. Federico Aneiros, hizo, desde el púlpito, el elogio de Frías. A ningún otro prócer laico de nuestra patria se le han dispensado honores semejantes, cosa que no se habría hecho si hubiese tomado parte en un movimiento socialista condenado por la Iglesia.

Sin embargo, debemos reconocer que Echeverría admiraba y citaba con frecuencia a Enrique de Saint Simon. Ello se debió a que fué, precisamente, durante su estada en Francia (1825-1830) cuando ocurrió la muerte del precursor del socialismo y sus doctrinas se difundieron por toda Europa. No es extraño, pues, que no siendo un católico práctico y habiendo tenido una adolescencia turbulenta, a los veinte años de edad Echeverría se sintiera atraído por la figura romántica de ese conde "sans-culotte" cuya vida había estado tejida en la trama de extrañas aventuras. Pero de vuelta a su patria, teniendo ya veinticinco años y al contacto con el núcleo juvenil de Frías y sus amigos, la inteligencia de Echeverría se depuró de la escoria que contenía el saintsimonismo, y sólo cuanto había de verdadero y útil en esta doctrina quedó guardado en su acervo intelectual. Por ejemplo, Echeverría jamás aprobó el repudio de la ley de la herencia que constituía uno de los puntos básicos de la sociedad ansiada por Saint Simon, quien sostenía que el Estado, y no la familia, debía ser el heredero de toda riqueza, y que a los gobernantes incumbía la misión de repartir entre los ciudadanos los bienes así obtenidos.

La amistad con Frías y sus compañeros, convirtieron al joven guitarrero de los barrios porteños suburbanos y al romántico poeta, que era Echeverría a los veinticinco años, en un sociólogo cristiano de envergadura.

"Sólo la deplorable situación en que encontré a mi país de vuelta de Europa, pudo compelerme a malgastar en rimas estériles la sustancia de mi cráneo", escribía Echeverría a Frías.

Mas la verdad era que en 1837 las cosas andaban en Buenos Aires peor que en 1830. Y si entonces Echeverría no se sintió "compelido a malgastar en rimas estériles la sustancia de su cráneo" sino a trabajar en la redacción del Código social de la Joven Argentina, ello se debió a que sus amigos eran ahora treinta jóvenes argentinos demócrata-cristianos que lo arrastraron en el vuelo de sus ideales. Entonces, "quiso hacer

(3) Esteban Echeverría: "Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37", Lib. El Ateneo, Bs. As., 1947, pág. 86.

(4) León XIII: "Encíclicas sociales", Publicación de la Junta Central de la Acción Católica Argentina, Bs. As., 1943, pág. 60.

(5) Alberto Palcos: "Echeverría y la democracia argentina", Lib. El Ateneo, Bs. As., 1941, pág. 68.

con la patria lo que hizo consigo mismo: regenerarse moral e intelectualmente, premisa previa a su regeneración política" (6).

La transformación que se produjo en Echeverría la encontramos reflejada en la altura de sus miras sociales estampadas en su Credo. Allí se expresa con verdadero acento cristiano, como lo vemos en los siguientes párrafos:

"El que no obra cuando la patria está en peligro, no merece el nombre de ciudadano.

"La virtud de las virtudes es la acción encaminada al sacrificio.

"El sacrificio es aquella disposición generosa del ánimo que lleva al hombre a consagrar su vida y facultades, ahogando a menudo las sugestiones de su interés personal y de su egoísmo, a la defensa de una causa que considera justa; al logro de un bien común a su patria y a sus semejantes; a cumplir con sus deberes de hombre y de ciudadano siempre y a pesar de todo; y a derramar su sangre, si es necesario, para desempeñar tan alta y noble misión.

"Todo hombre tiene, pues, una misión. Toda misión es obligatoria.

"Sólo es digno de alabanza el que, conociendo su misión, está siempre dispuesto a sacrificarse por la patria y por la causa santa de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

"Sólo es acreedor a gloria el que trabaja por el progreso y bienestar de la humanidad.

"Jesucristo ha dicho: "Sabéis que los que tienen la autoridad de mandar a las naciones las tratan con imperio, y que sus príncipes ejercen sobre ellas un poder absoluto. Pero entre vosotros no debe ser lo mismo, sino quien quisiere hacerse mayor, ha de ser vuestro criado, y quien quisiere ser entre vosotros el primero, debe hacerse siervo de todos. Porque aun el Hijo del Hombre no vino para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate por muchos" (Marcos, X, 42-45).

"La doctrina de Cristo es la nuestra —concluye diciendo Echeverría— porque es doctrina de salud y redención" (7).

LA influencia del joven Frías en el espíritu de su amigo Esteban Echeverría, no ha sido aún bastante valorada. Debemos para ello tener en cuenta que una doble corriente de ideas se delineó en el seno de la Joven Argentina: Juan María Gutiérrez y Jacinto Rodríguez Peña encabezaron la corriente heterodoxa; Juan Thompson, Luis L. Domínguez y Félix Frías la sinceramente católica. Fué esta segunda corriente —de la cual Frías era el más ardiente apóstol— la que dominó en el espíritu de Echeverría. Por eso, a pesar de que algunos deseaban prescindir en la redacción del Código de toda referencia al cristianismo, Echeverría rechazó tal pretensión declarando que no hablar de religión en el Credo social que estaban elaborando "era caer en la aberración en que cayeron los partidos unitario y federal al desconocer ese elemento importantísimo de sociabilidad y progreso" (8).

Frías no consiguió, sin embargo, convertir a Echeverría en un católico de pura ortodoxia. Los errores regalistas, galicanos y febronianos que, en la primera mitad del siglo pasado, conquistaron a muchos creyentes y hasta a varios sacerdotes argentinos, estaban tan hondamente arraigados en el espíritu del autor de "Elvira", que sus amigos demócrata-cristianos no pudieron arrancárselos. De allí que, en su "Ojeada retrospectiva" escrita años después (1846), aún lamentaba que la Iglesia argentina no se hubiera emancipado de Roma "para constituirse en unidad bajo el patronato de nuestros gobiernos patrios" (9).

En cambio, Frías nunca cayó en ese error, ni en ningún otro de carácter regalista, galicano o febroniano. Bien adoctrinado por su tío abuelo, el patriota sacerdote tucumano, Mons. José Agustín Molina y Villafañe, Obispo *in partibus infidelium* de Camaco, siempre sostuvo la buena causa del catolicismo ortodoxo (llamado despectivamente por sus adversarios "catolicismo ultramontano"), el cual considera, con justa razón, a la Santa Sede como fuente de la existencia y la verdad del auténtico cristianismo, ya que éste sólo se concibe dentro de la Iglesia Católica, y ya que ésta fué fundada por Cristo sobre la roca viva de Pedro.

En el elocuente sacerdote riojano, Presbítero Dr. Pedro Ignacio de Castro Barros —gran amigo de su tío abuelo el obispo de Camaco—, el joven Félix Frías encontró, igualmente, un punto de apoyo para luchar a favor de la unión estrecha e indisoluble entre la Iglesia argentina y la Santa Sede. Castro Barros había sabido bregar, con su palabra y con su pluma, por esa indispensable unión, y, al mismo tiempo, no había olvidado destacar la necesidad de que nuestra Iglesia conservase su independencia con respecto al poder civil dispuesto siempre a sojuzgarla. "Desde que felizmente —declaraba Castro Barros en el año 1838— alumbrado por las luces de la razón y de la fe, creí, con firmeza, según los símbolos apostólico y niceno, en la existencia de la Iglesia Católica Romana, creí también en el dogma divino del Soberano Primado de todo honor y omnímoda autoridad para su régimen, de su fundamento y cabeza visible el Sumo Pontífice Romano. Desde entonces, a imitación de los Santos Doctores Jerónimo y Agustín, fuí su más celoso apologista contra los heterodoxos y novadores, proclamándolo con tesón en las santas misiones. Durante la época gloriosa de la Revolución Americana, he doblado mis esfuerzos, sin dispensarme sacrificios, por ese dogma cardinal, pues me he sentido cuerdamente temeroso de que la independencia política de las Cortes de Madrid y Lisboa, nos arrastrase asimismo a la independencia religiosa de Roma. Persuadido de que los países de América tenían derecho a su libertad, he contraído los más altos compromisos por mi patria, hasta la de proclamar su independencia política en el Congreso de Tucumán, pero siempre bajo las bases firmes de la Religión Católica y dependencia religiosa romana" (10).

El joven Frías tuvo la dicha de oír estas sabias lecciones dogmáticas de labios de un sacerdote tan patriota y amigo de su familia como era Castro Barros. Tales enseñanzas quedaron firmemente grabadas en su mente, y si bien no pudo atraer a Echeverría al reconocimiento del dogma de la primacía de la Santa Sede, al menos consiguió evitar que en el Código social de la Joven Argentina se defendieran las doctrinas del regalismo.

COMO hemos dicho, aquel Código social constituyó una orgánica y articulada declaración de principios demócrata-cristianos. Mas su valor no radica solamente en ello, sino también en haber sido el primer intento, realizado entre nosotros, de superar las discordias políticas mediante un programa de carácter eminentemente social.

Además, Frías y sus amigos tuvieron el gran mérito de haber comprendido que el bien de nuestra patria no estaba en el triunfo de los federales ni de los unitarios: la felicidad del futuro argentino estaba en que la organización nacional se llevase a cabo sin espíritu de partido, sin odios ni rencores, y estableciendo una paz fraterna que, por medio de una democracia integral, uniese a todos los argentinos sin distinción de clases ni de colores políticos. Para eso, precisamente, aquellos jóvenes entusiastas, llamando a toda la juventud argentina, la invitaron a congregarse bajo la bandera de Mayo (considerada por ellos como la bandera de la democracia) y bajo la ley del Evangelio, pues según sostuvo Echeverría: "el Evangelio es la ley de amor y, como dice el apóstol Santiago, la ley perfecta, que es la ley de la libertad. El cristianismo debe ser la religión de las democracias" (11).

Otro acierto de Frías y sus amigos, que es subrayado

(6) Alberto Palcos: Ibid., pág. 13.
(7) Academia Nal. de Historia: "El Iniciador", Ibid., pág. 428. Allí figura citado San Mateo equivocadamente, pues la cita pertenece a San Marcos.
(8) Esteban Echeverría: "Ojeada retrospectiva", Ibid., pág. 100.
(9) Esteban Echeverría: "Ojeada retrospectiva", Ibid., pág. 98.
(10) Citado por Américo A. Tonda en su libro: "Castro Barros", Imp. de la Universidad de Córdoba, 1949, pág. 85.
(11) Esteban Echeverría: "Dogma Socialista", Lib. El Ateneo, Bs. As., 1947, pág. 176.

PENSAMIENTO PONTIFICIO

Discurso de S. S. Pío XII a los Cardenales y Obispos después de la canonización de San Pío X

El lunes 31 de marzo Su Santidad Pío XII recibió en solemne audiencia a los Cardenales, Arzobispos y Obispos presentes en Roma en ocasión de la Canonización del Papa Pío X.

Antes de que Su Santidad comenzara su discurso, el Cardenal Tisserant, decano del Sacro Colegio, dirigió, en nombre de todos los presentes, un devoto testimonio de homenaje al Augusto Pontífice.

Su Santidad agradeció al Cardenal Decano y a todos los presentes cuanto le había sido manifestado y dirigió luego a la asamblea, en latín, el discurso siguiente:

VENERABLES Hermanos: "Si amas... apacienta". En esta recomendación dirigida al Apóstol Pedro y que se lee en el Introito de la Misa de uno o varios Sumos Pontífices, nos da a entender admirablemente nuestro Divino Salvador cuál es la razón de ser de la labor apostólica, su fuerza suprema y el origen o fuente de sus méritos. Siguiendo las huellas de Jesucristo, Pontífice y Pastor eterno, quien para provecho nuestro enseñó grandes verdades, obró maravillas y soportó duros sufrimientos el Romano Pontífice Pío X, a quien con inmenso gozo hemos inscrito en el número de los Santos, cumpliendo esforzadamente el precepto aprendido de labios de Cristo, amó apacentando y apacentó con amor. Amó a Cristo y apacentó la grey de Cristo; pues de las riquezas celestiales que nuestro benignísimo Redentor trajo a la tierra, sacó con abundancia, para dar generosamente a su grey: ya el alimento de la verdad, los misterios celestiales y la excelentísima gracia contenida en el sacrificio y sacramento de la Santa Eucaristía, ya la suavidad de la caridad, la asidua solicitud en el gobierno y la fortaleza en la defensa. Se dió del todo, a una con los dones de que lo había dotado el Autor y Dador de todo bien.

Habéis venido a Roma, venerables Hermanos, corona de nuestra alegría, para tomar parte en estas solemnes festividades y juntamente con Nos rendir homenaje de admiración y de honor a este Obispo de Roma, cuya vida esclarecida iluminó la Iglesia universal, y para dar rendidas gracias a Dios, que, por medio de este Pontífice, colmó de grandes beneficios con paternal misericordia a todos los que quiere encaminar a la salvación eterna.

Al encontrarnos ahora, con ánimo alegre y profundamente conmovido en medio de vosotros, que habéis venido en tan crecido número de todas las partes de la tierra, como Vicario de Cristo, "copresbítero" en medio de vosotros "presbíteros", queremos ante todo, expresar con las mismas palabras arriba mencionadas de la carta del primer Sumo Pontífice y Príncipe de los Apóstoles cuanto deseamos que llevéis como recuerdo y recomendación nuestra: "A los presbíteros que hay entre vosotros suplico yo, vuestro copresbítero y testigo de la pasión de Cristo: ...que apacentéis la grey de Dios puesta a vuestro cargo, velando sobre ella, no por fuerza, sino de buena voluntad, según Dios, ...siendo dechados de la grey" (Ver 1 *Pedro* 5, 1-3). Estas recomendaciones tienen el mismo significado que las palabras salidas de labios divinos, que estimulan a ejercer el ministerio pastoral con activa caridad: "si amas... ¡apacienta!"

Desarrollemos, pues, cuanto hemos indicado sumariamente, sirviéndonos de las palabras de San Pedro. La solicitud sobre todas las iglesias, que Nos incumbe, y el deber de vigilancia, que diariamente Nos urge en virtud de nuestro cargo, Nos impulsa a tratar y considerar algunas ideas, sentimientos y normas prácticas, a las que deseamos dirijáis también vosotros vuestra solicitud y vigilancia pastoral, que, unida a la nuestra, logren se provea más prontamente y con mayor eficacia a las necesidades del rebaño de Cristo. Parece que existen síntomas y consecuencias de un contagio espiritual, que exige la intervención del ministerio pastoral, para que no tome fuerza y se propague, sino que reciba el remedio oportuno y sea cuanto antes desarraigado.

Convendría aquí explicar detenidamente cuanto, bajo la autoridad del Romano Pontífice, compete por divina institución a vosotros, sucesores de los Apóstoles, por las prerrogativas de vuestro triple oficio (ver can. 329), a saber, el magisterio, el sacerdocio y el gobierno. Pero, no disponiendo hoy de tiempo suficiente, limitaremos Nuestro discurso al primer punto, dejando los demás para otra ocasión, si Dios Nos da la posibilidad.

Cristo Nuestro Señor confió a los Apóstoles y, por medio de ellos, a sus sucesores la verdad que trajo del cielo; envió a los Apóstoles, como su Padre le envió a El (*Juan* 20, 21), para que enseñasen a todas las naciones todas las cosas que ellos habían oído al Señor (ver *Mateo* 28, 19-20).

---

por Alberto Palcos en su libro sobre Echeverría y la democracia argentina, consistió en "su insistente prédica para que nos estudiemos a nosotros mismos, libres de ataduras a modelos foráneos por insignes que sean, pues la historia no se repite ni se imita. Cada nación vive su propia vida, crea su propia constitución, sus leyes y sus instituciones desarrollando costumbres y hábitos propios. Cada pueblo forja sus grandes hombres "el patrimonio más querido de las naciones". Su gloria "representa toda ilustración y progreso, toda su riqueza intelectual y material, toda su civilización y poderío". La patria se reconoce en tan excelsas figuras. Deprimirlas, escarnecerlas, es deprimir y escarnecer al país. Y los que abierta o subrepticiamente conspiran contra nuestras tradiciones y echan sombras sobre sus "hombres-símbolos", trabajan, consciente o inconscientemente, por la esclavitud y degradación de nuestra nacionalidad" (12).

El joven núcleo intelectual del 37 encontró el hilo conductor de nuestra Historia patria, porque supo buscarlo con pureza de intención y sin ambiciones personales. Ese hilo conductor les permitió salir del laberinto de odios y rencores que entonces barbarizaba a la Argentina; y haciéndolos arrancar de un punto crucial: Mayo, los condujo a otro punto no menos brillante: al establecimiento, en las orillas del Plata, de una democracia de inspiración cristiana.

Tantos aciertos, tantas buenas disposiciones y esa ajustada orientación social, no dejaron de dar sus buenos frutos: quedaba fundado, entre la juventud argentina, un movimiento social-político destinado a superar el sangriento y eterno conflicto que dividía a la patria en dos campos antagónicos e irreductibles. Sin embargo, antes de que ese movimiento llevase al país a la organización nacional que cristalizó en la Constitución del 53, había de estallar, en el año 1839, la más larga y cruenta de nuestras guerras civiles, la cual, con intermitencias, perduró hasta el 3 de febrero de 1852.

Tal vez alguien pregunte: ¿Por qué Frías y sus amigos no pudieron evitar esa contienda sangrienta que se generalizó desde el Plata hasta los Andes? Nosotros contestamos que ello ocurrió porque, en esta vida, la verdad social sólo se impone con el sacrificio personal de sus propugnadores y apologistas. Unicamente el sufrimiento de una "minoría creadora" —como la llama Toynbee— puede vencer el mal de la demagogia y la tiranía. Era necesario que los treinta jóvenes fundadores de la Joven Argentina refrendaran con su propia sangre, y ratificaran con su propio dolor, cuanto, con tanta inteligencia, habían proclamado en su Código social. La democracia que aspiraban implantar, por ser precisamente cristiana, solamente había de triunfar como triunfó Jesucristo: por medio de la crucifixión.

En otro artículo narraremos cuál fué el lote de sufrimiento que al joven Frías le tocó en suerte padecer para poder presentar la victoria de su ideal. ✥

(Pregoneros Social-Católicos Sarandí 65, Bs. Aires)

(12) Alberto Palcos: Ibid., pág. 80.

Así pues, los Apóstoles por derecho divino, han sido constituídos doctores, o sea, maestros en la Iglesia. Fuera de los legítimos sucesores de los Apóstoles, es decir, del Romano Pontífice para la Iglesia universal y de los Obispos para los fieles encomendados a su cuidado (ver can. 1326), no hay otros maestros por derecho divino en la Iglesia de Cristo; si bien ellos y particularmente el Supremo Maestro y Vicario de Cristo en la tierra, pueden llamar a otros cooperadores y consejeros en el ejercicio del magisterio, y delegarles la facultad de enseñar (bien en casos especiales, bien confiriéndoles ese oficio, ver can. 1328). Los que de esta manera son llamados a enseñar, no ejercen en la Iglesia la enseñanza en nombre propio ni por su ciencia teológica, sino en fuerza de la misión que han recibido del legítimo Magisterio; y su potestad queda siempre sometida a éste, sin que jamás llegue a ser "sui iuris" o sea independiente de toda autoridad. Los Obispos, al conferir tal facultad, no se privan nunca del derecho de enseñar, ni se eximen de la gravísima obligación de proveer y velar por la integridad y seguridad de la doctrina expuesta por aquellos a quienes tomaron por auxiliares. Por eso, el legítimo Magisterio de la Iglesia no injuria ni agravia a ninguno de aquellos, a quienes ha dado la misión canónica, cuando desea saber y asegurarse qué es lo que ellos enseñan y defienden en sus explicaciones orales, en los libros, hojas y revistas reservadas a sus oyentes, o en los libros u otros escritos que publican. No es Nuestra intención extender a todos esos escritos las normas jurídicas acerca de la previa censura de los libros, pudiéndose echar mano de tantos otros medios y recursos para informarse con absoluta certeza sobre la doctrina de lo que enseñan. Por otra parte, estas medidas de prudencia y circunspección del legítimo Magisterio no significan desconfianza o sospecha (como tampoco la profesión de fe, que la Iglesia exige a los que enseñan y a otros muchos; ver can. 1406, nn. 7, 8); al contrario, el conferir la facultad de enseñar arguye confianza, aprecio y estima hacia aquél a quien se confiere. La misma Santa Sede, si alguna vez inquiere y desea saber lo que se enseña en algunos Seminarios, Colegios, Ateneos o Universidades en materias de su competencia, no lo hace sino impelida por la conciencia que tiene del mandato recibido de Cristo y de la responsabilidad adquirida ante Dios de defender la sana doctrina y de conservarla incorrupta e íntegra. Además, este debido ejercicio de vigilancia se encamina también a proteger y estimular el derecho y deber que tenéis de apacentar con la genuina palabra y verdad de Cristo la grey que se os ha confiado.

No sin grave causa hemos querido, venerables Hermanos, recordar estas verdades en vuestra presencia; porque hay desgraciadamente quienes pretenden enseñar sin mucho preocuparse de estar unidos con el Magisterio viviente de la Iglesia y sin prestar mucha atención a la doctrina común propuesta claramente de uno u otro modo, por este Magisterio y, al mismo tiempo, atienden más al propio ingenio, a la mentalidad moderna y a los postulados de otras ciencias, que creen y afirman ser las únicas que posean carácter de verdadero método científico. Sin duda alguna, la Iglesia ama y fomenta grandemente el estudio y progreso de las ciencias humanas y distingue con predilección y estima a los hombres doctos que dedican su vida al estudio. Sin embargo, las materias que tocan a la religión y a las costumbres y que trascienden en absoluto el orden sensible, pertenecen exclusivamente a la autoridad y competencia de la Iglesia. En Nuestra Encíclica "Humani generis" hemos descrito la mentalidad y espíritu de aquellos a quienes hemos aludido antes y a la vez hemos advertido que algunas aberraciones allí reprobadas se originan únicamente de no haber procurado la unión con el Magisterio viviente de la Iglesia. Esta misma y necesaria unión con la mente y con la doctrina de la Iglesia la exaltó una y otra vez con gravísimas palabras San Pío X en documentos de grande importancia y de todos vosotros bien conocidos. Lo mismo repitió su Sucesor en el Sumo Pontificado, Benedicto XV, el cual después de haber renovado solemnemente la condenación del *Modernismo*, hecha por su Predecesor, en su primera Encíclica (*Ad beatissimi Apostolorum Principis*, 1 noviembre 1914), así describe el espíritu y mentalidad de los secuaces de ese sistema: "El que se deja guiar de semejante espíritu, rechaza con fastidio cuanto tenga sabor de antigüedad y ávidamente y por todas partes busca novedades, ya en la manera de hablar de las cosas divinas, ya en la celebración del culto divino, ya en las instituciones católicas, y aun en el mismo ejercicio privado de la piedad" (*Acta Ap. Sedis*, vol. VI, 1914, pág. 578). Si algunos maestros y profesores insisten actualmente con empeño y energía en sacar a luz cosas nuevas y en desarrollarlas, en vez de repetir "*id quod traditum est*"; si no tienen otro intento, les recomendamos que mediten atentamente lo que Benedicto XV, en la citada Encíclica, propone a su consideración: "Queremos que se guarde inviolablemente la máxima de nuestros mayores: *Nihil innovetur, nisi quod traditum est*; por más que esta máxima tiene su aplicación en cosas de fe, en las cuales hay que observarla inviolablemente, debe servir también de norma para regular lo que es susceptible de mudanza; aunque en esto tiene también valor la regla: *Non nova, sed noviter* (l. c.).

Es manifiesto que los legítimos Maestros pueden llamar y admitir también a los laicos de uno y otro sexo a colaborar en defensa de la fe. Baste recordar la enseñanza del Catecismo, en la que toman parte tantos miles de hombres y mujeres y otras diversas formas del apostolado seglar. Todo ello es digno de sumo encomio y puede y debe promoverse con todo empeño. Pero es menester que todos esos laicos estén y se mantengan sometidos a la autoridad, guía y vigilancia de quienes, por institución divina, han sido establecidos como maestros en la Iglesia de Cristo. En las cosas que tocan a la salvación de las almas, no hay en la Iglesia magisterio de ninguna clase que se sustraiga a esa autoridad y vigilancia.

Recientemente ha comenzado a pulular acá y allá una que llaman *teología laica* y ha surgido una categoría especial de *teólogos laicos*, que se proclaman independientes. De esta teología existen ya prelecciones, textos impresos, círculos, cátedras, profesores. Distinguen éstos su magisterio del magisterio público de la Iglesia y en cierto modo lo oponen a él; para cohonestar su modo de proceder, apelan a veces a los carismas de enseñar e interpretar, de que se habla repetidas veces en el Nuevo Testamento, especialmente en las Epístolas de S. Pablo (v. gr. *Romanos* 12, 6-7; 1 *Corintios* 12, 28-30); apelan a la historia, que desde el comienzo de la religión cristiana hasta nuestros días, presenta tantos nombres de seglares, los cuales en bien de las almas enseñaron por escrito y de palabra la verdad cristiana, sin haber sido llamados a ello por los obispos y sin haber pedido o aceptado la facultad del magisterio sagrado, sino movidos por propio impulso o celo apostólico. En contra de esto hay que sostener lo siguiente: no ha habido nunca ni hay ni habrá jamás en la Iglesia un magisterio legítimo de laicos que haya sido sustraído por Dios a la autoridad, guía y vigilancia del Magisterio sagrado; más aún, el mero hecho de rechazar esta sumisión es ya un argumento convincente y un criterio seguro de que no guía el Espíritu de Dios y de Cristo a los seglares que así hablan y obran. Además, nadie ignora cuán gran peligro de perturbación y error se encierra en esa "teología laica"; peligro también de que se pongan a instruir a los demás, personas del todo ineptas y aun falaces y dolosas, que San Pablo describe así: "Vendrá tiempo, cuando... a medida de sus concupiscencias, tomarán para sí maestros sobre maestros, por el prurito de oír, y cerrarán sus oídos a la verdad y los aplicarán a las fábulas" (ver 2 *Timoteo* 4, 3-4).

Líbrenos Dios de que, al hacer esta advertencia, apartemos del estudio más profundo de la doctrina sagrada o de su difusión entre el pueblo, a cuantos, de cualquier orden o condición que sean, se sienten a ello animados con tan noble entusiasmo.

Procurad, venerables Hermanos, cada día con mayor diligencia, como lo pide el deber y el honor de vuestro oficio, penetrar cada vez más en la grandeza y profundidad de la verdad sobrenatural, de la que por derecho sois guías; exponed asiduamente y con inflamada elocuencia las verdades santas de la religión a aquellos que ahora, no sin gravísimo peligro, se dejan ofuscar en sus ideas y sentimientos por tenebrosos errores, para que también ellos, con saludable arrepentimiento y con rectitud de amor, vuelvan por fin a Dios: "ya que el apartarse de El es caer; el convertirse a El es resucitar; el permanecer en El es afianzarse; ...el volver a El es renacer; el habitar en El es vivir" (*S. Agust. Soliloquiorum*, lib. I, 3, Migne P. L. vol. 32, col. 870).

Para que podáis realizar esto con mayor éxito, invocamos sobre vosotros los auxilios del cielo, y para que éstos desciendan abundantes, os impartimos de corazón a vosotros y a vuestra respectiva grey, la Bendición Apostólica.

(*Versión de la Oficina de Prensa*)

DOCUMENTOS

Carta pastoral de Mons. Emilio A. di Pasquo, Obispo de San Luis, sobre la propaganda protestante

UNA nueva forma de propaganda protestante —que pareciera responder a una ofensiva general desatada sobre las naciones latinoamericanas— ha llegado también a nuestro país y aun a nuestra Diócesis, obligándonos a dar el grito de alerta y a salir en defensa de nuestra santa Religión.

Propaganda espectacular, estudiada y a tal punto audaz que se permite utilizar las dolencias humanas y pretendidas curaciones milagrosas para atraer la atención de los incautos y aun la adhesión de los católicos que viven en la posesión tranquila de su verdadera y divina fe.

De todos es sabido cómo la psicología popular reacciona ante un hecho real o fingido de proporciones extraordinarias. Primero se recibe la noticia con curiosidad; algunos admiten el hecho sin mayor análisis, otros, en cambio, se demuestran escépticos. Pero si esa noticia se repite de distintos lados y, sobre todo, si la ilustran las revistas, si de ella se hacen eco los periódicos y otros medios de difusión; entonces aun los más incrédulos terminan por preguntarse: "¿Y no podría ser cierto?", y para salir de la duda se suman a la caravana de curiosos que concurren al lugar donde dicen que se efectúan los fenómenos milagrosos; y así, aumentando de día en día la concurrencia, se llega a producir el clima que los especuladores necesitan para influenciar el ánimo de los que llegan esperanzados en su curación.

No importa que después salgan decepcionados; aunque griten a los cuatro vientos su decepción, serán impotentes para atajar la marea ascendente de la credulidad humana.

Algo de esto es lo que ha ocurrido en Buenos Aires en los estadios de Atlanta y Huracán, alquilados y preparados para ese fin, y ahora entre nosotros en la ciudad de Villa Mercedes.

Testigos presenciales que han acudido todas las noches a los dos lugares mencionados de la Capital Federal, nos han referido que vieron salir a los enfermos en el mismo estado en que habían entrado; que algunas pretendidas curaciones resultaron ser ciertamente falsas; otras sospechosas de fraude, por negarse los interesados a suministrar sus nombres y direcciones y los antecedentes médicos, indispensables para fundamentar un serio estudio y un juicio exacto sobre el cambio producido en su estado de salud.

Apreciaciones semejantes han podido efectuar los testigos y observadores que presenciaron las curaciones realizadas en Villa Mercedes, quienes pudieron comprobar además que los procedimientos utilizados eran los mismos: lecturas del Evangelio, cantos y ademanes para entonar y enfervorizar el ambiente.

Nótese bien que no negamos la influencia que puede ejercer un espectáculo impresionante sobre caracteres nerviosos y enfermedades de esa misma índole. Es cosa comprobada por la ciencia que el espíritu, sacudido y exaltado por una emoción religiosa, o por otra emoción cualquiera, puede producir efectos sorprendentes en el organismo; puede alterar, para bien o para mal, la circulación de la sangre, el funcionamiento de algunos órganos y la salud. Esto lo saben muy bien los médicos psiquiatras quienes se sirven de procedimientos análogos para tratar la neurosis de sus enfermos.

Por tal motivo, si dar el nombre de "milagros" a esas curaciones, que, —de ser auténticas, no trascenderían el orden natural— constituye un abuso del nombre; pero relacionarlas todavía con la Religión —como si la fe o la exaltación mística fuese de por sí una medicina misteriosa obradora de curaciones— encierra en quien lo hace, malicia merecedora de castigo o induce a las gentes desaprensivas y crédulas, a engaños de más graves consecuencias.

No es la fe de los hombres, sino Dios y únicamente El, quien obra milagros. "Si tomamos el milagro en su propio y genuino sentido —afirma con razón Santo Tomás de Aquino— nadie, ni el demonio ni ninguna criatura, sino solamente Dios puede hacerlo, porque el milagro domina el orden de toda la naturaleza criada, debajo del cual se contiene toda virtud creada" (I P. q. CX art. 4 ad 4).

El Salvador cuando iba a mostrar su absoluto poderío en provecho de los enfermos, a unos exigía fe, a otros sin tenerla colmaba de favores. Al centurión dijo: "Ve y hágase conforme a la fe que tienes". A los ciegos que le seguían clamando piedad, díjoles: "¿Creéis que puedo yo haceros esa merced?" Dícenle: "Sí, Señor". "Hágase según vuestra fe". En muchos casos sublimaba con honra divina la fe, como a autora de los dones recibidos (Luc. XVII, Marc. II). Otras veces sin preámbulos de fe divina seguíase el milagroso favor en ciertas personas, como en los muertos resucitados", que no podían tener fe.

Lo cual prueba suficientemente que no hay unión absoluta entre la fe y los milagros. Pues está de por medio el beneplácito de Dios y su Providencia que todo, aun nuestras enfermedades, dirige hacia un fin superior.

Por tanto, aquellas ceremonias espectaculares, organizadas con el fin de "producir milagros", lejos de acendrar la fe del pueblo, han servido para sembrar la confusión y el descrédito de los milagros y de la misma Religión.

Tales hechos, amados hijos, si bien no los podemos tomar en serio, se prestan sin embargo a serias reflexiones y, siendo esta la ocasión propicia, creemos deber de nuestro cargo aclarar algunas cuestiones relacionadas con la Fe y la propaganda protestante en nuestro país.

LA LIBERTAD DE CULTOS

La prédica abierta y pública de doctrinas religiosas diferentes o contrarias a la Religión Católica Apostólica Romana —que es la Religión de la inmensa mayoría del pueblo argentino y oficialmente reconocida por el Estado— pretende legitimarse basándose en el Art. 26 de la actual Constitución que concede a todos los habitantes de la República, entre otros derechos, "el de profesar libremente su culto".

Los protestantes han querido ver en esta franquicia constitucional la puerta abierta para su infiltración en nuestro ambiente, en nuestras familias y en nuestra sociedad; y se han empeñado en convencer a nuestras autoridades policiales y civiles que la Constitución argentina ampara de este modo lo que a los ojos de los argentinos significa la destrucción de nuestra tradicional e histórica unidad religiosa, que es como decir amparar el desgarramiento del alma nacional.

Nada más absurdo, sin embargo, ni más contrario al espíritu de nuestra Constitución la cual "sostiene el culto católico (Art. 2), requiere para ser elegido Presidente de la Nación "pertenecer a la comunión católica apostólica romana" (Art. 77), jurar "por Dios Nuestro Señor y estos Santos Evangelios" (Art. 81) y reconoce personalidad jurídica a la Silla Apostólica, o sea a la Iglesia Católica (Art. 68, inc. 19)".

Todo lo cual nos lleva a concluir que la Legislación argentina no profesa el así llamado indiferentismo liberal; o sea, no se muestra insensible, indiferente o neutral frente a la verdadera como a la falsa religión; sino que al menos "de hecho" proclama la Religión Católica como Religión del Estado.

Un Gobierno, pues, que se muestra de tal manera católico puede en algunos casos ajustarse al sistema de tolerancia política de otros cultos, pero nunca puede profesar el indiferentismo religioso.

Entonces ¿qué alcance debe darse al Art. 26 que acuerda a cada uno el derecho de profesar libremente su culto? Entendemos que la Constitución acuerda el derecho de practicar un culto extraño al del país pero sin desmedro de aquel otro que el Estado sostiene; acuerda, es verdad, el derecho de ejercitarlo, pero sin escándalo para aquellos que profesan el culto católico; acuerda el derecho de tenerlo para sí pero no de propagarlo a los demás; entendemos, en fin, que esa cláusula puede servir de garantía a los extranjeros que vengan a habitar nuestro suelo, de que no serán molestados por el hecho de pertenecer a otro culto, pero jamás el de amparar una actividad moralmente suicida y atentatoria contra lo más sagrado que posee el pueblo que les abrió generosamente sus puertas y que es su Santa Religión.

Respaldados, pues, en tan justas como obvias razones, no tememos afirmar que las autoridades complacientes que otorgan facilidades y permisos para que se instalen en el país personas o sociedades cuyo único fin es dedicarse a la propaganda de otras religiones —muchas veces en forma injuriosa y calumniosa contra la Iglesia, el Papa y los Sacerdotes—, contradicen a la Constitución argentina, injurian el Evangelio sobre el cual juraron cumplir con sus deberes de Gobernantes y cometen abuso de su poder en perjuicio de la Nación misma.

EL MAL DEL PROTESTANTISMO

Y no se piense, amados hijos, que al mostrarnos severos e intransigentes contra el error protestante, abrigamos algún rencor hacia las personas. Como el Buen Pastor, amamos a la oveja descarriada y si combatimos el error es para que ellas vuelvan sus ojos a la luz de la Verdad y también para que, advertidos e ilustrados los católicos, se guarden de caer en él.

Algunos preguntan en qué consiste el protestantismo y respondemos que si quisiéramos retratarlo con un rasgo característico, constante y común a todas las sectas que forman el movimiento protestante, desde su origen hasta nuestros días, si quisiéramos ponerle común denominador a la escandalosa variedad de creencias, diríamos que el protestantismo se caratcerzia por su rebelión contra la autoridad de la Iglesia.

Rebelión que comprende no solamente el desconocimiento de la autoridad de un Jefe o de un Gobierno espiritual en el orden disciplinar sino también el rechazo del Magisterio infalible de la Iglesia en las cuestiones concernientes a la fe y a la moral, exigiendo en su lugar la autoridad de la razón individual y el libre examen de la Biblia.

Este es el punto en que coinciden todas las sectas, confesiones, o grupos en que se divide y se subdivide el protestantismo en el mundo; por eso le designamos con el nombre de protestantes, nombre que ellos mismos se dieron cuando, capitaneados por Martín Lutero, se alzaron contra la autoridad de Roma en el año 1525.

Notemos bien que los herejes de todos los tiempos, aun los más antiguos, siempre opusieron a la autoridad del Magisterio de la Iglesia sus propias opiniones individuales en materia de la fe. Mas Lutero erigió en sistema esa actitud: proclamó la independencia absoluta de la razón y el libre examen de la fe e hizo de este principio la nota esencial y característica del protestantismo.

Ahora bien; la aplicación de esta norma o principio actuó en su seno como el gusano insaciable en el corazón de la manzana; comenzó a devorarlo por dentro y a desintegrarlo en tantas sectas de creencias religiosas distintas como cabezas se inclinan sobre la Biblia para leerla e interpretarla a su gusto, inteligencia y paladar.

Este proceso de descomposición por lo demás es perfectamente lógico. Porque una vez que se erige la razón humana —es decir cada hombre, sabio o ignorante— en único juez de la fe, la razón humana es quien debe determinar en primer lugar y resolver por sí misma qué libros sagrados son los inspirados por Dios y en cuáles de ellos se contienen las verdades por Dios Reveladas; en segundo lugar, cada individuo debe leer por sí mismo todos esos libros, discurrir sobre cada una de sus frases, descubrir las verdades dogmáticas y entenderlas rectamente aun las más oscuras y más difíciles de interpretar; y en tercer lugar cada individuo debe fabricarse su propio credo en cuyos artículos se contenga cuanto el cristiano debe saber y debe obrar para conseguir su eterna salvación y debe estar tan seguro de que su credo es el verdadero, que si fuese preciso, tendría que dar su vida por él.

¿Quién es capaz de todo esto? ¿Quién nos asegura la verdad de esas creencias que sólo se apoyan en opiniones personales? Y entre tanta pasmosa variedad de doctrinas que por razón del libre examen han surgido, ¿cuál de ellas será la verdadera, la auténtica, la infalible?

No nos maravilla, pues, que con la Biblia en la mano, interpretándola cada cual a su manera, aquellos que quisieron desentenderse de la Iglesia fundada por Cristo como depositaria fiel, Maestra e Intérprete infalible de su palabra divina, hayan caído en los más absurdos errores, o en las más peregrinas y raras interpretaciones, o hayan depravado el sentido de la Sagrada Escritura exponiéndose, al decir de San Pedro, a su propia perdición (2 Petr. 3, 16).

Los males de todo orden que el protestantismo ha acarreado a la civilización cristiana y al mundo entero, son innumerables: baste decir que es fruto auténtico de esta planta ponzoñosa, la trágica situación a que ha venido a parar en estos días la pobre humanidad. En sus raíces anidaba el racionalismo que independizó al hombre no solamente del representante de Dios en la tierra sino de Dios mismo y de su santa Ley. Y ¿qué puede esperarse de un hombre o de una comunidad de hombres sin más Dios ni ley que su propia voluntad, sino que se convertirá tarde o temprano en un volcán hirviente de pasiones y la sociedad en un sangriento campo de batalla, en una manada de lobos hambrientos tras la presa, que ayer se llamaba dinero, poder, competencia comercial, luchas sociales, etc., y hoy se llama imperialismo, es decir, dominio absoluto del mundo material y esclavitud de toda la humanidad bajo el cetro despótico de una nación?

Invitamos de corazón a nuestros hermanos disidentes a la reflexión. La Madre que espera su retorno, la Santa Iglesia, no les quitará por cierto de sus manos la Biblia, no les dirá que es cosa prohibida su lectura, como algunas veces injuriosamente se la calumnia, por el contrario, les acercará la luz que el mismo Señor Jesucristo puso en sus manos cuando dijo a Pedro: "Simón, Simón, mira que satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo. Mas yo he rogado por ti para que tu fe no perezca, y tú, cuando se conviertas confirma en ella a tus hermanos" (Luc. 22, 31).

Y Pedro se perpetúa hoy en los Pontífices de Roma y en el Magisterio vivo de la Iglesia: "Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos". (Mat. 28, 18).

PERO DIOS SACA EL BIEN DEL MAL

Es, en efecto, lo que ha sucedido siempre en la historia de la Iglesia. Las herejías sirvieron para poner en claro nuestros dogmas. La convulsión profunda causada ahora por las "milagrosas curaciones" han hecho dirigir la mirada de nuestros fieles a sus Obispos y Sacerdotes, interrogándoles cuestiones que ordinariamente no suelen preocuparnos porque nosotros, católicos, descansamos tranquilos en el regazo de la Santa Iglesia, Madre, Maestra y celosísima custodia de nuestra fe.

Precisamente para aprovechar el interés suscitado en torno del Santo Evangelio, es que recordaremos a nuestros párrocos, disposiciones que tiempo atrás venimos inculcando, a saber:

1º En todas las misas de precepto se leerá el Evangelio correspondiente a la Dominica o día de fiesta, advirtiendo antes a los fieles que se va a dar lectura a la palabra de Dios y que por respeto a ella la concurrencia deberá mantenerse de pie. A continuación se hará un breve comentario o exhortación.

2º En las reuniones de todas las instituciones religiosas, antes de entrar a tratar los asuntos del orden del día, se hará un breve estudio y comentario de un pasaje del santo Evangelio, cuya lectura se escuchará respetuosamente de pie, siguiendo así la laudable costumbre de la Acción Católica Argentina y de la Juventud Obrera Católica.

3º Ordenamos finalmente que en todas las parroquias de nuestra Diócesis, durante el año en curso, se realice "La Jornada del Evangelio".

Los Sres. Curas Párrocos nos comunicarán el día y el mes en que se proponen realizarla y el programa a desarrollarse.

Los fines de la "Jornada" son: hacer conocer la Sagrada Escritura, especialmente los Santos Evangelios; difundir sus ejemplares para que la Palabra de Dios escrita, entre en cada familia, enseñar a leer y a gustar de la palabra de Jesús; el lema debiera ser: *¡el Evangelio en cada casa!*

Amados hijos, vayamos a Jesús con toda nuestra alma. El camino real que a Él nos conduce mientras vivimos en esta tierra, es la fe y el amor, el Evangelio y la Eucaristía, la palabra escrita y la palabra viva.

Unámonos todos sobre este camino de salvación, que es Cristo, acompañados por nuestra dulce Madre, será el premio que recibiremos por no haber pecado contra la Luz.

La presente pastoral será leída en todas las iglesias y capillas, el Domingo siguiente a su recepción, en las misas de horario.

Dada en nuestra Sede Episcopal de San Luis, a los diez y ocho días del mes de junio del Año Mariano Universal de mil novecientos cincuenta y cuatro.

VIDA INTERNACIONAL

IV Congreso Internacional de la Prensa Católica

SE realizó en París, en mayo ppdo., el IV Congreso Internacional de la Prensa Católica, que reunió a más de trescientos delegados procedentes de veintinueve países. En la sesión inaugural se leyó el mensaje enviado, en nombre del Santo Padre, por el prosecretario de Estado del Vaticano, Mons. Montini, que transcribimos a continuación:

MENSAJE DEL PAPA

"La Unión Internacional de la Prensa Católica, que se dispone a celebrar en París su IV Congreso, sirve, en la vida católica contemporánea, una causa demasiado importante para que el Sumo Pontífice no aproveche con agrado la ocasión que se le presenta de dirigir de nuevo a todos los miembros de la Unión su aliento y directrices.

"Las enseñanzas tan profundas que daba Su Santidad, hace tres años, a los congresistas de Roma, permanecen aún, sin duda alguna, en todas las mentes, y ellas aclararán en forma útil los debates actuales.

"Este año el Padre Santo, inspirándose en el tema de vuestro Congreso, desearía, por mi mediación, deciros paternalmente lo que hoy en día espera la Iglesia de la prensa católica en el mundo.

"Es preciso, en primer lugar, que la prensa católica, en razón de la alta misión que le incumbe, sea, al servicio de la Iglesia, un instrumento de calidad, una actividad técnicamente valiosa.

"En nuestros días, en efecto, las exigencias profesionales que se imponen al director de un periódico o agencia y también a los mismos periodistas se muestran más rigurosas y más apremiantes. A este respecto no se puede sino apreciar el deseo que han manifestado los miembros del Congreso de tratar de cerca los asuntos inherentes a las condiciones para ejercer la profesión, intercambiar las experiencias realizadas, confrontar los métodos y estimular las iniciativas.

"Lo propio del periodismo, lo que en particular lo distingue de otros medios de actuar sobre la opinión pública, es el estar pendiente del acontecimiento del día y dirigirse a un lector deseoso principalmente de información. Es entonces, con ocasión de los hechos cotidianos, de su control, de su presentación, de su comentario, cuando el redactor debe, con la mayor frecuencia posible, hacer de ello una tarea en pro de la verdad y de la educación de los espíritus. Pero para ser leído, para ejercer una influencia, es preciso todavía ser maestro en el arte de hablar a la opinión pública en un lenguaje que ella entienda. No se improvisa un periodista. En esta ruda batalla de la prensa, el celo más generoso no puede hoy en día sustituir esa habilidad indispensable, y nunca está de más llamar la atención de los responsables de la prensa católica sobre el esfuerzo que se impone a todos en ese trabajo.

"Corresponde también a la Unión Internacional que usted preside, y a las tres organizaciones profesionales que la misma reúne, el favorecer, por los medios apropiados, las iniciativas aptas para confirmar y acrecentar siempre en mayor grado esta cualidad técnica de la prensa católica. Y es preciso agradecer en este punto al secretario permanente de la Unión su buen trabajo, llevado a cabo desde su fundación en el plano profesional.

"Si la Iglesia solicita de la prensa católica este primer testimonio de su auténtico valor, es en razón del servicio ireemplazable que ella espera de todos sus hijos, que tienen la misión de servir e ilustrar a la opinión pública.

"El mundo se encuentra, efectivamente, empeñado en un combate espiritual en el cual nadie ignora lo que se pone en juego. Una inmensa ola de ateísmo se extiende por el mundo, y en raras ocasiones la acción contra la religión de Cristo fué más penetrante y sistemática. Hasta en las mismas filas católicas se encuentran fieles perturbados en su confianza en la misión de la Iglesia; se les oyen, incluso, con frecuencia amargas críticas dirigidas a esta Iglesia, a la que harían con gusto responsable de los progresos de sus adversarios, en tanto que éstos serían dignos de toda indulgencia. Ante un tal confusionismo de la opinión pública, frente a la impaciencia de los unos y el descorazonamiento de los otros, ¿cuál será en la actualidad el primer deber del periodista católico? Ante todo, será un hijo de la Iglesia, diligente en servir a su Madre, y tendrá, por encima de todo, el sentimiento y el amor de la Iglesia.

"Comentando un día delante de los sacerdotes de Roma el "Credo Sanctam Ecclesiam Catolicam" de nuestra profesión de fe, el Padre Santo escribía: "Mostradla, queridos hijos, a esta Iglesia, como Madre de las almas, visible sobre las montañas, luz de los pueblos; visible en su vida, en su historia, en sus luchas y en sus triunfos, en su culto, sus sacramentos y sus ministros, su Jerarquía; visible en esta Roma, donde el Vicario de Cristo es el centro de su unidad y la fuente de su autoridad. Haced amar y venerar a tan Santa Madre".

"Y Su Santidad añadía esta exhortación, siempre oportuna: "Despertad y avivad en el ánimo de los fieles, en particular en el de los jóvenes, esta fuerza espiritual, hoy tan necesaria, pero que con demasiada frecuencia les falta: el sentido del honor católico". Ese es el elogio y la admiración del hijo por su madre; es el "sentire cum Ecclesia"; es la plena conciencia de que, para los fieles, la religión, Cristo y su Iglesia son la misma cosa (discurso del 17 de febrero de 1942. "A. A. S.", t. 34, página 141).

"Estas palabras del Pontífice, ¿no señalan acaso su objetivo a los mismos periodistas católicos?

"Mientras que algunos se abandonan a la duda y a la crítica, el periodista católico digno de tal nombre pondrá su pluma al servicio "de la verdad católica, sin disminuirla ni ocultarla bajo el pretexto de no ofender a los adversarios de la fe" (Pío XI, encíclica "Rerum Omnium", "A. A. S.", t. 15, pág. 61). Desenmascarará el error, bajo cualquier nombre que se encubra; servirá animosamente a las grandes causas de la Iglesia, según su espíritu y sus directrices, en todos los campos, en particular en el de la justicia social y de la paz internacional.

"El periodista tomará como deber el de ilustrar la opinión pública sobre la despiadada lucha emprendida en ciertos países contra la Esposa de Cristo, y ésta aparecerá, de esta manera, más grande todavía a los ojos de los fieles y de los hombres de buena fe, por el martirio de sus Obispos, de sus sacerdotes y de tantos hijos suyos.

"Tarea magnífica en estas horas de turbación, en las cuales los cristianos tienen necesidad de estrechar su adhesión a la Iglesia, de tener clara conciencia, al menos,

del verdadero alcance de sus decisiones sobre el sentido de su acción a través de tantas vicisitudes y obstáculos.

"Hombre de carácter, según la definición del Padre Santo, el periodista católico poseerá "el amor profundo y el inalterable respeto al orden divino, que anima y abarca todos los dominios de la vida, amor y respeto que él no debe contentarse con sentir y alimentar en el secreto de su propio corazón, sino que debe cultivar en todos sus lectores" (disc. del 17 de febrero de 1950. "A. A. S.", t. 42, página 255).

"Esta actitud de filial lealtad, de docilidad confiada, se la pide la Iglesia, sobre todo, en una hora en que los cristianos deben dar en la obediencia la medida de su fidelidad. Entonces es cuando la objetividad de su información, la firmeza de su juicio, la humildad de su propia deferencia para con la autoridad religiosa, podrán constituir para muchos un saludable ejemplo y el apoyo indispensable en medio del remolino de una opinión que se extravía. Verdadero apostolado de la pluma, del cual nos han legado su ejemplo "tantos hombres verdaderamente grandes, honor y gloria del periodismo y de la prensa católica de los tiempos modernos" (ibid., pág. 257).

"Recomendándoles esas virtudes profesionales, el Padre Santo desea, esencialmente, recordar a los congresistas que el cumplimiento de ese servicio a la Iglesia debe estar constantemente animado por una fe viva. La actitud del periodista cristiano, al considerar los actos de la Iglesia, a la que sirve, no podría, en efecto, equipararse a la del periodista que trata "vis a vis" con un Gobierno cuyas actuaciones enjuicia. A través de sus Obispos y del Pastor Supremo, es Jesucristo mismo quien conduce su Iglesia. "Por lo que, si ella habla y emite su juicio sobre los problemas del momento, lo hace con la conciencia clara de anticipar, por la virtud de su Santo Espíritu, la sentencia que al fin del mundo su Señor y Conductor, Juez del Universo, confirmará y sancionará" (radiomensaje de Navidad 1951, "A. A. S.", t. 44, pág. 7).

"De igual manera, como hijo amante y como hombre de fe, consciente de su responsabilidad, el periodista católico se guardará con cuidado de atribuir las decisiones o las enseñanzas de la Jerarquía a motivos humanos, a un defecto de información o a la ignorancia de las necesidades de nuestros tiempos. Feliz, por el contrario, de dar a los documentos del magisterio la importancia y el lugar de honor que les corresponde, consagrará con agrado su pluma a propagar las enseñanzas de la Iglesia y a secundar sus directrices, con la seguridad de contribuir así al bien espiritual y temporal de sus hermanos.

"En la confianza de que los miembros del Congreso Internacional de París trabajarán útilmente para desarrollar el valor de la prensa católica en sus diversos países y multiplicar entre todos ellos sus fraternales contactos, y en la confianza también de que a todos ellos les agradará el ponerse unánimemente al servicio de la Iglesia, su Madre, el Sumo Pontífice invoca sobre sus trabajos una gran abundancia de gracias y les envía de todo corazón, así como a usted mismo y al benemérito padre Gabel, organizador de ese Congreso, el favor de una amplia y paternal bendición apostólica.

"Reciba, señor presidente, el testimonio de mi devota consideración. — *J. B. Montini*, prosecret."

Particularmente emotiva fué la disertación del Dr. Funder, director del periódico vienés "Die Furche". Siguióle en el uso de la palabra el secretario de la Unión de la Prensa Católica, Sr. Jean Pierre Dubois-Dumée. Hablaron después, el Sr. Keyserlink, director de "The Ensign", de Montreal; el conde G. Dalla Torre, director del Osservatore Romano; el P. Antony, Joseph Folliet, Federico Alessandrini.

Fué reelegido presidente de la Unión Internacional de la Prensa Católica el conde Giuseppe dalla Torre.

PRENSA MISIONERA Y COMPETENTE

El cardenal Feltin, que habló en la sesión de clausura, definió las dos cualidades que debe tener la prensa católica. Publicamos algunos extractos de su importante alocución:

"La prensa católica debe ser misionera y competente.

"*Misionera*: lo que significa que la prensa católica, no obstante permanecer franca, netamente católica de inspiración y de voluntad, no debe mirar únicamente a los medios católicos, sino pensar siempre en los de afuera, que la leen furtivamente o regularmente, y no siempre para atacarla.

"¿Es siempre así?

"Suele suceder que al azar de un ordenamiento, se encuentra en un cajón o en un granero, lo que se denomina "diarios viejos" y un diario envejece demasiado pronto puesto que, por definición, no tiene más que veinticuatro

horas de existencia. Ahora bien, uno se sorprende a veces de la debilidad de esas páginas amarillentas. ¡Qué espíritu de campanario, cuántas informaciones sin importancia, y sin sustancia! ¡Qué espíritu entristecedor brota de sus páginas! No sé qué falta a esos cotidianos o periódicos para ser de su tiempo. En demasiados editoriales o crónicas hay un tono, un estilo que no es verdaderamente bautizado, que no es cristiano. Los católicos cultos se enrojecen a veces de una prensa tan poco "liberada", como diría Nietzsche.

"¿Por qué esa pesadez? ¿Por qué esta prensa es difícil de leer? Porque le falta un impulso, un carácter de universalidad...

"No pretendo, ciertamente, que todos nuestros diarios católicos hayan caído en este infantilismo o en este chauvinismo de mala ley. Se es injusto cuando no se describe más que un aspecto. ¿Pero quién de vosotros no suscribirá esta crítica?

"Crítica que sería estéril si fuera solamente negativa. Pero se pueden sugerir algunas directivas constructivas.

"La primera de las cuales concierne a la selección de los acontecimientos de los que se da información. Cosa limitada por un formato y un número de páginas: por lo que se está forzado a no decirlo todo. El diario —al menos el que es digno de su vocación— no debe ser una placa sensible o una banda registradora: sabemos a qué estupidez conducen, en muchos países, ciertos diarios llamados informativos, que sirven a sus lectores dos kilogramos mensuales de papel impreso.

"El periodista católico selecciona de lo que le llega en el torrente de las noticias. Pero esta selección suele ser demasiado arbitraria, sea porque el redactor busca complacer a su clientela, para conservarla, sea porque obedece a los caprichos de su pasión partidaria, personal, para denigrar a los adversarios o exaltar indebidamente a sus aliados.

"Aquí debe intervenir el espíritu misionero. En lugar de atender a las pequeñas noticias; en lugar de atenerse a una problemática estrictamente confesional, el periodista cristiano debe esforzarse por ver los hechos en su conjunto: por una parte, volverlos a colocar en su contexto original, fuera del cual pierden todo sentido inteligible y se convierten en una especie de monstruos; por otra, situarlos en la pirámide de los valores, que tiene a Dios por base y por cúspide.

"En cuanto a la interpretación de esos acontecimientos, así seleccionados y decantados, ella supone todo un trabajo espiritual. El periodista no es un "robot" transcriptor. Además, en el católico, la interpretación depende evidentemente de una vista de fe, de una concepción teológica del mundo que es un don de la gracia, que un publicista jamás tiene el derecho de olvidar.

"No creáis, por lo tanto, que para esta tarea bastan la buena voluntad o aun la vida interior y la santidad. Para expurgar el espíritu de clan, para salir de lo que peyorativamente se llama "el medio católico", es decir lo que hay de más contrario al catolicismo —una sociedad que se cierra sobre sí misma para defender celosamente sus privilegios— en una palabra, para dar a vuestra prensa un carácter misionero, es necesario hacerla una prensa de valor; es necesario que vosotros seáis *competentes*.

"Nada desacredita tanto a ciertas publicaciones como lo que se llama el amateurismo. Un periodista no se improvisa, no se esclarece a la opinión a golpes de improvisación. Los expedientes de facilidad se vuelven contra los mismos que los utilizan. La mejor de las propagandas, la única legítima, dimana de la perfección técnica.

El periodista más eminente, el más célebre, con frecuencia ha comenzado por ser un buen obrero, un buen artesano, que conoce su oficio porque ha tenido el coraje de aprenderlo. No hablo solamente de los conocimientos materiales y tipográficos, que a nadie se le ocurre menospreciar, sino que por oficio entiendo el conocimiento de los métodos propios de la prensa y que no se identifican con los de otras disciplinas".

Congreso de la Unión Mundial de Educadores Católicos

DEL 26 al 29 del corriente mes, en Amsterdam, con la participación de los delegados de numerosas asociaciones nacionales provenientes de cuatro continentes, tendrá lugar, bajo el patronato de Mons. J. P. J. Huybers, obispo de Haarlem, el IIº Congreso de la "Unión Mundial de Educadores Católicos", organización que reúne los maestros católicos de todo el mundo para la colaboración, en el plano internacional, con respecto a los problemas de la educación católica y de la preparación espiritual, cultural, y profesional de los maestros.

La "Unión Mundial de Educadores Católicos", nació en el seno del 1er. Congreso de Educadores Católicos que se realizó en Roma en 1951 y recogió la herencia espiritual de la "Weltverband Katholischer Paedagogen" (Unión Mundial de Pedagogos Católicos), una Asociación que desde 1908 acogía en torno al ideal de la escuela cristiana a los maestros de algunos países de Europa Central.

El programa del Congreso dispone, después del discurso de apertura del presidente, profesor H. G. de Boer, sobre el tema: "Las exigencias actuales de la enseñanza católica", el estudio y debate de las siguientes cuestiones: "Aspecto de la formación religiosa de los maestros", "La preparación cultural y pedagógica de los maestros", "Las condiciones económicas y sociales de los maestros".

ARTES PLASTICAS

Acerca de una pintura expresionista

¿ES posible —me interrogo una y otra vez— que la forma o el color, la razón o el delirio, la evasión o la realidad, el corazón o el cerebro, aisladamente considerados, constituyan el fundamento total del arte? No lo creo. Gusto de los matices y las finuras; valoro la fuerza y la expresión; anoto en mis investigaciones lo real y el sueño, la imaginación y la circunstancia existencial. Busco un arte integrador, y creo que si se desea hacer o rehacer el mundo sobre su costado de universalidad, ser sinceros consigo mismo es usar un instrumento de límpida trayectoria para tamaña empresa.

A los problemas y ejemplos que el movimiento plástico argentino presenta y plantea, reiteradamente expresados en esta página, junto a otros densos temas de proyección crítico estético universal, acaso no sea vana, para el enfoque y la revisión actual del expresionismo pictórico, la experiencia, o cuasi experiencia, que aquí se concreta.

El hecho es éste: Sentí de pronto, instintivamente, horror a ciertas figuras de Nolde, y me movió profundamente a piedad una cabeza (el "Cristo flagelado") de Rouault. Ese sufrimiento de humanidad desolada provocó en mí, durante el sueño, una pesadilla: Vi un paisaje apocalíptico, con monstruos reptantes, los cuales a una imprevista explosión descolgada por un ser invisible quedaban de golpe carbonizados. En ese cuadro surgió también un muñeco, en la sombra, con una cara que traía a la memoria uno de los rostros, el de perfil, pintado por Emil Nolde en el cuadro "Deposición", 1915. (Estas obras se reproducen en la edición italiana del libro "Expresionismo", de Hermann Barh).

Centrado mi pensamiento, especialmente en esa "Deposición" y en aquel simultáneo recuerdo, al cabo me pregunté: ¿el expresionismo contemporáneo, en su dimensión patética, es de orden visceral? Es indudable que mi sueño tenía origen en la expresión de Nolde, y Nolde no presenta en modo alguno una imagen espiritual. El pintor se manifiesta en un pincelar de violenta materialidad. El objeto de la representación plástica es de inspiración religiosa —"La Deposición de Cristo"—, pero la forma de expresión es material; los rostros tienen un aspecto trágico y ostentan rasgos que evocan máscaras de lejanas figuraciones sanguinarias. Me dije: ese sector del mundo primitivo es real y material y se funda sobre hechos tocados por la magia o una religión de inhumanos sacrificios. El expresionismo es, así, reflejo de una realidad del alma en cuanto ésta viene a levantarse —contemporáneamente— sobre una razón del espíritu, un espíritu que aún es desgarramiento de los sentidos, no purificada su sustancia y bien por el contrario con todos los fermentos brutales de la sangre y el cuerpo, cuerpo y sangre capaces de engendrar el espanto emboscado detrás de una turbia religiosidad no cristiana. Con esta fracción del expresionismo, estamos en la abrupta sangre, en una época bárbara o semibárbara —el artista es sólo un presentador: no cabe en ese plano juzgarlo— que habrá de ir con el tiempo, sobrepasando catástrofes, civilizándose, hasta alcanzar un tipo de cultura de luminosa idealidad, que pensé viable para nuestra América... Un mundo en el cual el hombre viva esa belleza sublimada. Me detuve: mi experiencia sólo me munía de datos acerca de una etapa elemental, la que surge —como en Nolde— de una pintura en la que "confundió el espíritu primitivo con el espíritu bárbaro" (A. Rüdlinger).

Empero, aquel aniquilamiento instantáneo de los monstruos, ¿no representará una corriente que arranca de la tierra bajo el influjo de una fuerza de exorcismo que disputa su partida desde el milagro natural, o sea, desde el espíritu puro? Mi experiencia onírica, volví a interrogarme, ¿será un signo de alumbramiento de los poderes sobrenaturales sobre las diabólicas maquinaciones terrestres?

Romualdo Brughetti

BALLESTER PEÑA

EL tema religioso atrae poderosamente al pintor Ballester Peña, artista de depurados valores. Su actual exposición en Viau lo prueba una vez más. A la materia densa, prefiere hoy los empastes sutiles, sintéticas formas, delicado color, atmósferas sugestivas. Las gamas claras y el dominio del espacio ordenan preferentemente sus óleos, trate de la Huida a Egipto, de los Misterios de la Sma. Virgen, de San Francisco y dos de sus proverbiales hechos, o simplemente aborde el retrato, o los paisajes de cielo, agua y tierra.

En el relato religioso alcanza nobles imágenes ateniéndose a lo esencial de



"San Francisco y los pájaros", óleo de Ballester Peña

su oficio representativo; finas masas de color se ensamblan a las líneas necesarias, las gamas se encienden y aquietan en la totalidad del cuadro de donde surgen cielos verdes, azules, violáceos y grises de ricas tintas, o el dorado que quiebran las aves en "San Francisco y los pájaros", la sinfonía como a la sordina de los verdes en el tema de Francisco y el lobo, y la belleza decorativa de los óleos 3, 5 y 6 de los Misterios.

Con su espíritu cuidadoso de la circunstancia que trata la levedad, trocada en calidad, orna sus paisajes, finísimos los que atañen a nuestro Río de la Plata, junto no menos al valioso paisaje que comprende hábilmente la playa y el vasto espacio del Nº 19, de su serie. Continúa aquí el pintor su modalidad expresada ya en sus óleos de la Patagonia, en los que se ciñe a lo elemental de su visión. ¿Es ésta una conducta artística limitada por propia voluntad? Sabemos que no menos es capaz de pintar un retrato, de tonos justos según lo demuestra en



Reciente pintura mural ejecutada por Raúl Soldi. Coro de la Iglesia de de Santa Ana, en Glew

particular el Nº 21 de la muestra. ¿Acaso quisiéramos una pintura más intensa y honda en la ordenación de sus elementos plásticos, de simplicidad pictórica ilustrativa y a menudo evasivos en la totalidad de la obra?

Los interrogantes que legítimamente dejamos apuntados no invalidan, empero, las excelencias decorativas, válidas en el plano estético, de las telas señaladas.

HABLAN LOS ARTISTAS: RAUL SOLDI

EN diversas oportunidades hemos anotado el juicio que nos han merecido las obras murales ejecutadas por el pintor Raúl Soldi en Santa Ana de Glew y en la Galería Santa Fe, como también sus pinturas exhibidas el año anterior en Wildenstein. Presenta ahora, en la Sociedad Hebraica Argentina, trabajos preparatorios para dichas pinturas murales y él mismo ha escrito consideraciones que nos parecen de utilidad trascribir especialmente.

Dice Soldi: "Desde hace mucho tiempo deseaba hacer algunas experiencias de pintura mural, pero no se me presentaba la oportunidad. En Italia hice algunos ensayos de pequeños frescos, pero sólo eran experiencias de materiales y procedimientos.

En un pueblito situado a una hora de la capital, que se llama Glew, donde voy a menudo para pintar sus paisajes, existe una capilla, y al verla toda blanca se me ocurrió llenar sus paredes con pinturas, tomando como tema la vida de Santa Ana, que es el nombre que denomina a la pequeña iglesia... Ultimamente he terminado de afrescar la mitad del coro, y en una composición de nueve figuras he pintado, representando a Santa Cecilia, a la organista que está actualmente junto con algunas de las cantoras. Si bien las líneas generales están estudiadas y pensadas con anticipación en el boceto, como en la pintura de caballete, me complació el hallazgo inmediato, el error inconsciente, en parte obtenido por el proceso de la creación y en parte por la técnica y los materiales... Al afrescar la capilla, probé al comienzo utilizar la proyección, haciendo diapositivos de los bocetos en escala, pero a causa de la nitidez que se observa cerca del proyector, al acercarse al muro, la imagen se hace flou y la línea indeterminada. Llegué entonces a la conclusión que es mejor el antiguo sistema de transporte por cuadrícula.

En lo que respecta al cartón representando el boceto de la cúpula de la Galería Santa Fe, diré que el nacimiento de la idea no obedeció a boceto alguno. Se nos pidió previamente al boceto una descripción de la idea a desarrollar. Y entonces imaginé un gran friso helicoidal que partiendo del lado izquierdo de la entrada a la rotonda, se elevara achicando su proporción, al centro.

Pensé que funcionalmente este friso debía relatar las escenas del vendedor y el comprador de los innumerables negocios que pudiera haber. Así la pintura se uniría a la función de la Galería.

Si bien geométricamente correspondía terminar el friso en el centro de la cúpula, desplacé el mismo casi dos metros a la derecha, pues, a mi entender, le quitaba vuelo lírico y pictórico.

Uno de los problemas importantes fué ubicar la espiral con el techo, problema que fué facilitado por una cúpula de miniatura, a escala de 1 en 15. Luego, el boceto elemental cuadriculado se transportó a la espiral definitiva. Probé el uso de la proyección, pero las deformaciones producidas por la curvatura del techo, creaban asombros ópticos que nada tenían que ver con el dibujo proyectado ni con las deformaciones del dibujo libre, que son las que utilicé. En ningún momento me interesó la exactitud del dibujo desde todos los puntos. Pienso que el espectador al girar sus ojos y sus pasos, conforma y reforma el dibujo, y ese estiramiento o ensanchamiento de las imágenes produce una vibración que se complementa con la dinámica del friso helicoidal".

Soldi muestra en la Hebraica bocetos, cartones y fotografías de los trabajos realizados.

MIGUEL C. VICTORICA

JUAN Batlle Planas ha escrito sobre Miguel Carlos Victorica a propósito de la nueva exposición que efectúa en Bonino este celebrado maestro argentino. Son, las suyas, palabras que se encienden en su estilo del pintor y que conservan un idéntico misterio que caracteriza a su pintura.

Escribe Batlle: "Apoyado en su destino, el Maestro, como un águila, vuela sus ojos en la parcela de sus tierras. Allí están los líquidos azufrados de su Riachuelo, allí están las habitaciones y los juegos; allí, la indiferencia necesaria de las horas de la Pintura; allí, su cariño, los tejidos de la suerte y el reducido espacio de la penumbra, donde silenciosa la mano, invoca su arquitectura de personaje y actor, de demonio y apocalipsis, para un territorio, para unas aguas, para cierta parte del cielo de la capital, gloria de su historia: la Boca".

Dice al par, el pintor superrealista, de su colega: ¿"Cómo comprendió y destrozó las retóricas? Lanzó a los vientos los amarillos y verdes desusados por ese instante en que el pintor sabe que los colores y la plástica son algo más hondo que el placer y donde en el arrebato de las visiones busca la percepción del misterio, la energía que hace desdeñar la referencia del conocimiento y que, en las tinieblas, manda la gracia apretando la categoría de un trazo, de una rosa o el desplazamiento del pincel.

Para esto no hay explicación y un aullido nos sorprendería al intentarlo. No en vano Antonin Artaud lanzaría la imprecación por Van Gogh y alzaría los brazos hasta tocar el delirio en su conjuro".

La muestra actual de Victorica reúne un conjunto de óleos en los cuales el artista nos brinda momentos muy significativos de su arte. Así un fragmento de gran pintura en "Collar de Venecia", la síntesis de formas y espacio en "Naturaleza muerta", que data de 1930, o los primeros términos del cuadro "Balcón de la Boca", de 1954, aparte de jugosos paisajes de una materia densa y expresiva que caracterizan su paleta y sus hallazgos. Pintor hondamente temperamental, las mejores telas y tablas de su obra lo señalan invariablemente en esa línea emotiva, a veces con harta frecuencia en desmedro de otros valores integradores. Pero basta esa condición de su espíritu para dar categoría a sus mejores telas. El rigor plástico de Spilimbergo y la ardiente pasión sensible de Victorica, si se hubieran dado en un sólo pintor, ¡qué extraordinario artista tendríamos en Argentina!

CASSINARI, CASTRO, PAPARELLA, CENTURION Y OTRAS MUESTRAS

DEL prestigioso pintor italiano Bruno Cassinari, la galería Plástica presenta un breve conjunto de telas y dibujos. Busca el artista la solidez y vibración de los empastes en retratos y naturalezas muertas, y una fina calidad cromática en "Desnudo", aunque las pocas obras exhibidas no lo definan muy claramente. Las dos figuras a tinta califican su intenso dibujo.

Amalia Castro, en la sala V de Van Riel, exhibe un conjunto de óleos de depurada calidad por la forma no representativa y el color de sugestión poética. Cabe señalar "El sombrero amarillo", de una factura que recuerda a Pettoruti, "Mujer en cuclillas", y el airoso cuadro "La aurora", la obra más importante de su expresión pictórica actual. Este óleo define los caminos de la sensible artista. El rigor del trazo y el carácter fundamentan su dibujo Nº 2; resulta inexplicable la inclusión en la muestra del retrato Nº 1.

Aldo Paparella, dado en su exposición de Krayd a las búsquedas no figurativas, obtiene excelentes composiciones "concretas", con una perfección de líneas geométricas y planos de color de gamas sensibilísimas, que lo ubican entre los mejores frecuentadores del arte abstracto en nuestro país. Los Nros. 1 y 7 de su conjunto, tienen un real alcance plástico poético, estéticamente muy considerable, lo que nos hace vislumbrar una rara belleza hecha de perfección y medida.

Luis Centurión esgrime formas coloridas y no poca gracia y hasta ironía en óleos de su presentación en Krayd. Destacamos dos trabajos: el 11 y el 14.

Lezama exhibe monocopias en Galatea. Soldi y Batlle Planas óleos y dibujos en Wilenski. Gustavo Ribero expone en Wicomb. Pinturas chinas y japonesas presenta la Sociedad Amigos del Arte Oriental en Peuser. Grabadores americanos en la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos. Pinturas de Gastón Jarry en Galería Argentina. Dibujos de Heredia en Alcora.

BONINO

DESPUES de recorrer especialmente Italia y Francia, visitando museos, galerías y estudios de calificados artistas, Alfredo y Giovanna Bonino han regresado de Europa con importantes proyectos para su prestigiosa galería de la calle Maipú. Una valiosa exposición colectiva italiana, una muestra personal de Sironi, nuevas obras de Aquiles Badi, así como exhibiciones de los argentinos Centurión, Basaldúa, Raquel Forner, Seoane, Diomede y Torrallardona serán presentadas en el curso de la presente temporada.

TEATRO

PICCOLO TEATRO DE MILANO

Tras Goldoni y Sófocles, Shakespeare; y Shakespeare en una de sus tragedias más intensas, en la que brillan los elementos más característicos de su talento: la descripción gradual de los caracteres; la sutileza con que se van presentando las situaciones, en progresión serena y elocuente, con íntimo sentido del ritmo teatral adecuado; y, sobre todo, la profundidad psicológica, agudamente presentada.

La versión del Piccolo Teatro fué excepcional, sin lugar a dudas la más feliz de la temporada. El director Strehler adunó armoniosamente el factor plástico con el texto. La complejidad de la figura del César, el lógico pero inimaginado corolario de su muerte, las reacciones de Bruto, son materia dramática que exige expresión visual sutil, que traduzca y modele el sentido de lo que se narra en el escenario. Todo *Julio César* trasciende a lo puramente anecdótico para alcanzar cimas en la que los símbolos adquieren resonancia universal y contemporánea. Los protagonistas de la tragedia son tipos psicológicos enraizados en la filosofía política de todos los tiempos. Y el director ha de transmitir todo ese cúmulo de riquísimas vetas sin perder de vista el sentido del espectáculo.

Posiblemente haya muy pocas compañías en el mundo capaces de interpretar una tragedia antigua en la que los caracteres se muevan y actúen con la majestuosidad y dignidad requeridas. Los romanos que vimos en el escenario del Odeón parecían encarnaciones de los que se ven en el "Ara Pacis Augustae" del Museo de las Termas, el Palazzo Fiano o el Louvre. Cuando al final de la primera jornada, César (Ivo Garrani) se ubica en su sede, el efecto visual es escultórico. Las arengas de Marco Antonio (Giorgio De Lullo) o Bruto (Tino Carraro) logran el milagro de transportar al espectador al lugar de los sucesos. Y no por falta de estilización, sino porque Strehler ha sabido re-crear en el escenario, gracias a su inteligencia y su intenso poder de evocación, la atmósfera requerida. Hay aquí oficio (matices de voz, desplazamientos, luces y sombras, trajes utilizados en todas sus posibilidades, música oportuna), pero hay sobre todo una vibración interior que hizo que el texto llegara sólo tamizado por un grupo de intérpretes que en esta obra se mostró excepcional.

Sería imposible destacar a alguno de los nombrados, Garrani, De Lullo y Carraro, pues cada uno de ellos encarnó a su personaje sin que pueda anotarse una sola falla. Encabezaron un reparto largo y homogéneo de más de treinta personajes que merecerían todos la mención.

Un caso clínico, de Dino Buzzati está directamente inspirado en *El proceso*, de Kafka, pero pierde en la comparación por la sencilla razón de que tiene un motivo determinante, mientras que el mérito principal de la otra, lo realmente alucinante y trascendental, es el desamparo del hombre aislado.

El ingeniero Giovanni Corte, de Buzzati, es un hombre que oye voces, y sabido es que en patología mental ello es índice de alienación. Esta es la falla inapelable de *Un caso clínico*. No se puede hablar de símbolos cuando la situación de la que derivarán las demás se concreta de modo macizo. El "caso clínico" es aquí de origen perfectamente lógico, aunque ello suene a paradoja porque estamos dentro del territorio de la enfermedad, por lo que el torbellino a que asistimos a medida que el protagonista es sumergido física y moralmente en la muerte, no es convincente. Tanto es así que para explicarlo, en el folleto que repartió el Piccolo Teatro, Roberto Rebora escribe: "Realtá, irrealtá, astratto, concreto, simbolo, verità...; piu che la vicenda di un uomo, in "Un caso clinico" Dino Buzzati rappresenta la condizione dell'uomo". Palabras más tontas es imposible encontrar, y sorprende que un grupo serio como el que nos visitó elija comentarios de estilo tan pasado de moda, pues la acumulación de términos contrarios, sin un corolario que explique su presencia en la frase, es recurso que revela inaudita pobreza de pensamiento. Y nada digamos de las filosofículas sobre "la condizione dell'uomo", que es algo bastante fundamental para liquidarlo con un lugar común.

Con todo, la dirección de Strehler consiguió aquí también añadir méritos a una obra no muy abundante en ellos. Cierto es que se inspiró de modo, que algún suspicaz podría calificar de exagerado, en la versión de Barrault sobre la obra de Kafka nombrada, sobre todo en los primeros cuadros. Pero cuando se trató de crear un clima de obsesión, su labor —en la que intervinieron eficazmente luces y músi-

ca— resultó extraordinaria, sobre todo en un final de cuadro en que enfermo y médico giran y giran sin detenerse hasta que cae el telón, sin llegar en momento alguno al efectismo, pese a la vocación grand-guignolesca de Buzzati.

También debe alabarse la actuación de Tino Carraro, que al interpretar el personaje principal fué compenetrándose de su peculiar psicología y tradujo magistralmente su declinación y muerte. En cuanto a los demás, destacamos a Ferruccio De Ceresa, Marcello Moretti, Enzo Tarascio y Romolo Valli. En la plana femenina —muy inferior a la masculina en esta obra como en todas— merece recuerdo Marisa Perciavalle.

Muy interesante la escenografía de Gianni Ratto, sobre todo en el fondo de figuras blancas sobre celeste de los primeros cuadros. El efecto de luces entre jornada y jornada cuando el protagonista entra en su descenso definitivo, es también memorable.

No hay duda de que *La moglie ideale*, de Marco Praga, está por debajo de los méritos que han de exigirse a una gira internacional de esta categoría. Es cierto que está construída con habilidad escénica, pero el interés de sus personajes y su argumento, que impresionaron por audaces en 1890, cuando se estrenó la obra en Italia, ha caducado hoy, después de haber sido ampliamente explotados por la novela y el teatro de medio siglo.

El tema de *La moglie ideale* es actualmente adecuado sólo para sketches de revista de dudoso gusto, pues sobre el escenario del Odeón produjo, no el asombro o el escándalo que provocó a sus contemporáneos, sino una penosa impresión de impura reliquia inoportunamente resucitada. En rigor, y con un criterio exclusivamente histórico, esta comedia entra sin desmedro en el repertorio de una gran compañía italiana, pero no es feliz, repetimos, su inclusión en una breve recorrida por países que querrían conocer algo más representativo de un teatro contemporáneo prácticamente desconocido.

El trabajo inteligente y prolijo de una puesta en escena realista, y la bravura de la interpretación —sobre todo de Sarah Ferrati— dan una pista sobre la predilección mencionada.

Nostra Dea, de Massimo Bontempelli, es un alarde de dirección y escenografía. Obra que leída se cae de las manos, Strehler la eligió, según él, para mostrar las posibilidades de los intérpretes, mas no cremos pecar de sagaces si añadimos a esa justa preocupación por el lucimiento de los integrantes del elenco del Piccolo Teatro, una pizca de sospecha sobre el justo deseo de cosechar palmas del director.

Vale para esta obra, lo que hemos dicho recién al comentar *La moglie ideale*. Se justifica su inclusión en un repertorio ecléctico, porque como trabajo de dirección, puede colocar a un realizador en un primer plano mundial. Y en este caso particular, no vacilamos en aclamar la labor de Giorgio Strehler como una de las más perfectas que hayamos visto jamás. Bastaría esta demostración para considerarlo entre los directores más importantes que han pasado por Buenos Aires. Pero alabado ya su nombre y concretados todos los adjetivos posible sobre el decorado en el de insuperable, ratifiquemos nuestra objeción al criterio con que esta compañía encaró su gira en la sección teatro contemporáneo italiano, pues si bien se justificaron las tres piezas cortas de Pirandello y *L'oro matto*, de Giovaninneti, sobre el que volveremos en otra ocasión, pues su dificultad nos ha obligado a revisar con sumo cuidado el texto, no se explica —a pesar de las conferencias de los responsables— la inclusión de dos piezas sin importancia en un total de seis, lo que hace un treinta y tres por ciento del total.

Va sin decir que *Nostra Dea* es obra poco interesante, cuya idea central —cambio de temperamento de la protagonista en función directa de sus sucesivos trajes— tiene una eficacia muy relativa, que quizá en manos de una actriz más dotada que Sarah Ferrati, podría haber hecho pasar al espectador un rato más divertido, pero que defraudó la expectativa de un público que al pagar ciento veinte pesos la platea merecía textos italianos superiores a los de Bontempelli.

Una mirada de conjunto sobre la labor del Piccolo Teatro de Milano, arroja un saldo positivo. Hemos descubierto a un director excepcional y vuelto a ver a un actor de principalísima jerarquía entre los mejores de Europa, Tino Carraro. Deben destacarse, además, Marcello Moretti, excelente Arlequín de la obra de Goldoni; Giorgio De Lullo, joven figura que apunta llena de posibilidades; Ivo Garrani y, en general, toda la plana masculina. Debemos lamentar que, en cambio, poco bueno pueda decirse de las actrices de este elenco. Sarah Ferrati fracasó en Electra, y no logró destacarse en las otras obras. Y en cuanto a las demás, en momento alguno salieron de la corrección.

Las escenografías respondieron a un concepto moderno y combinaron tonos y funcionalidad. La que hemos recordado de *Nostra Dea*, estilizada, estuvo a la altura de las mejores que hayamos visto en el Odeón. Muy adecuada fué en todas las piezas la música, suponemos que especialmente compuesta, por cuanto contribuyó a sugerir climas y subrayar situaciones y actitudes, dentro de la más moderna teatralidad. Rosita Lupi, coreógrafa oficial de la compañía, movió muy bien a los personajes en aquellas piezas en que fueron requeridos sus servicios, contribuyendo eficazmente con el director.

Sin ser un elenco excepcional, el Piccolo Teatro de Milano mostró disciplina, homogeneidad y buen gusto. Se destacaron por encima de lo normal el director Strehler y el actor Carraro. (En el *Odeón*).

SYLVIA Y JAIME POTENZE

LE MISANTHROPE Al saludar al público de Buenos Aires, poco antes de comenzar su segunda temporada en esta ciudad, Jean-Louis Barrault aludió a *Le misanthrope* como a la obra maestra de Moliére. Ese juicio, emitido por un hombre de teatro que varias veces ha demostrado su fuerte admiración por el clásico más popular del mundo, predispuso a ver en la representación de aquella comedia una obra maestra de su director. Y efectivamente, así fué.

Probablemente *Le misanthrope* sea la comedia menos cómica de Moliére, que desatendió un momento las burlas y las bromas para enfrascarse en el trazado de Alceste, un honesto aunque antipático moralista, y Celiméne, una pérfida pero adorable coqueta. Aunque el autor había volcado en esas dos complejas figuras, inspiradas en su propia persona y en la de Armando Béjart, "todo el amor y todo el dolor de su alma", para usar la conocida expresión de Kleist, él mismo se cuidó de no decepcionar a un público que pedía motivos para reír, interpretando su Alceste en clave cómica, y aun grotesca. Pero el hombre moderno, más amigo o más habituado al análisis que el de antaño, vió en el misántropo un personaje sincero, grave y torturado, un poco exaltado pero de ningún modo ridículo, enamorado de un ideal moral inalcanzable, tan inalcanzable como el amor de la versátil Celiméne, y la interpretación escénica del personaje adquirió ya en el siglo pasado la tónica severa y dramática que conviene a sus apasionados acentos, y que es la que adoptó el espectáculo que comentamos.

Barrault se preocupó por marcar relevantemente los matices psicológicos de los personajes, para lo cual utilizó una puesta en escena muy despojada de elementos accesorios —verdad es que la pieza es extremadamente sobria de por sí— y una plástica a la vez expresiva y severa.

La contribución que aportó a su idea la escenografía de Pierre Delbée está por encima de todo elogio. Posiblemente inspirado en la atonalidad de ciertos grabados de la época de Luis XIV, Delbée concibió la antecámara que la unidad del lugar exigía, a un tiempo convencional y plena de atmósfera, en una gama de tonos neutros, grises y negros, que no distraen violentamente la atención, y la encuadró con una angosta orla roja que subraya la belleza clásica de sus líneas, y su presencia inmóvil y servicial.

Sobre ese fondo atonal, se recortan con violencia los personajes. Ante todo, con los colores que los visten y demarcan su personalidad. Así, Alceste está envuelto en tonos herrumbrosos, severos y viriles, en tanto que los frívolos marquesas usan celestes y amarillos, y el grotesco Oronte, una combinación ofensiva, detonante y complicada de rojos, verdes y violetas, mientras que Celimène se cubre con las sedas brillantes que convienen a su gracia deslumbrante y Eliante, con los tonos pastel que sientan a las ingenuas.

Así preparados y puestos en situación por el vestuario de **Marcel Escoffier**, los actores añadieron un inteligente poder de convicción al que se les daba desde fuera. Aunque creemos que Granval se excedió en algunas piruetas, los personajes secundarios estuvieron excelentes, descollando sobre todo Pierre Bertin, con el fino dominio de lo cómico que le conocimos en la temporada anterior. Jean-Louis Barrault hizo un Alceste vibrante, humano, polifacético, que pasó de la exaltación romántico-moral —a ratos un poco truculenta, es cierto— a la exaltación romántico-amorosa con ardiente sinceridad. No hizo un protagonista simpático, ni digno de compasión, de un personaje demasiado hosco y altivo para despertar esos afectivos en el público, pero creó un héroe de gran dignidad inolvidable. En cuanto a Celimène, la seducción que le prestó Madeleine Renaud, con su gracioso desplazameinto, la flexibilidad de su cuerpo, que sabe llevar con elegancia incomparable el estilizado Luis XIV del vestido, los infinitos matices de su voz, el hechizo irresistible y perverso que emana de toda su breve y resplandeciente figura, fué absolutamente maravillosa. (En el *Odeón*).

SYLVIA POTENZE

LA REPETITION Jean Anouilh, se ha puesto a cubierto de los reproches que podía provocar esta comedia, asegurando por boca de uno de sus personajes que la comedia de la vida no tiene más que dos o tres papeles y dos o tres situaciones, siempre las mismas, pues no se inventa nada nuevo desde el alba del mundo.

Esta afirmación, que no pasa de ser un lugar común, justifica el procedimiento de trasponer al siglo XX algunos personajes y situaciones de la comedia dieciochesca, pero al mismo tiempo justifica la monotonía temática de la mayor parte de las piezas de Anouilh: el amor que toma por asalto a dos seres aparentemente muy distintos y lejanos el uno del otro, y el desenlace más o menos dramático que precipita.

La repetition, se vale de una comedia de Marivaux para dar el tono espiritual, frívolo y galante, a la obra, para caracterizar los personajes principales y para plantear el conflicto central. Y hay que admitir que lo hace admirablemente, con una facilidad ágil y sonriente y un diálogo poético, vivaz e intencionado que logra sus mejores aciertos en el primer acto, cuando las elegantes y superficiales marionetas no han descubierto sus verdaderos sentimientos. Pero cuando la exquisita e insensible condesa se hace cargo de que la oscura institutriz, de quien el conde se ha enamorado, la ridiculizaría ante el gran mundo parisién, y la amante tolerada y respetada, porque bella y distinguida, ve peligrar su situación, y el amigo alcohólico y neurótico siente hervir sus resentmiientos ante la dicha que se ofrece a quien había destruído la suya, los tres se unen para construir "la historia elegante y graciosa de un crimen", sin borrar la sonrisa de sus labios, ni quitarse los crujientes vestidos Luis XV. Lo que ocurrirá no interesa demasiado, lo sabíamos desde que leíamos la segunda pieza de Anouilh, los enamorados, que aman de verdad por primera vez, son hostigados por todos y se separan, posiblemente para siempre.

Pero lo interesante es la pintura de los personajes, no como individuos, sino como clase. Los aristócratas reunidos en el castillo de Ferbroques para preparar una fiesta, viven para el placer en medio de un egoísmo y una indiferencia totales hacia los sentimientos del prójimo. "No tengo otra ambición que la de hacer de mi vida una fiesta exitosa", dice el protagonista definiéndose a sí mismo, y lo mismo dirían los otros si tuvieran su imaginación y su sentido estético. La crítica social, que ya había apuntado en otras obras de Anouilh, se hace incisiva en este ambiente de refinada inmoralidad, aunque sin abandonar la sonrisa y las maneras atildadas, y cierta aristocracia francesa del siglo XX cae bajo las mismas acusaciones —hechas las debidas trasposiciones, claro está— que levantó Beaumarchais, y mucho más discretamente Marivaux, contra la nobleza del siglo XVII. Este valor de sátira social nos parece el interés más notable de la pieza, el único que la hace superar la brillante intrascendencia de argumento, personajes y diálogo.

Escrita especiamente para Barrault y Madeleine Renaud, estos extraordinarios artistas interpretaron sus papeles con una justeza de tonos admirable. La ligereza, la vanidad, la perfidia, la hipocresía, el amor... sentimientos que exigencias de un tiránico buen tono obligan a ocultar, se expresan por *nuances*, gestos imperceptibles, repentinos cambios de voz, delatoras rigideces, todo en una gama finísima, cambiante y expresiva. Otros dos intérpretes que dieron prueba de su talento fueron Jean Servais, en un personaje psicológicamente discutible, y en todo caso más convencional que verdadero, que encarnó con estudiada sobriedad; y Natalie

CINE

EL DOMADOR El modelo de esta película son las mexicanadas de Negrete de hace diez años, con la diferencia que aquéllas estaban filmadas de modo entretenido, y ésta es una de las más aburridas que haya salido jamás de un estudio argentino.

¿Qué se puede pensar de un cine que cuando toma un argumento enraizado en lo nacional, lo echa a perder de tal manera que el espectador añora las películas argentinas que adaptan temas extranjeros? Evidentemente, habría que investigar con algo más de cuidado cuáles son los requisitos que llenan algunas productoras para obtener préstamos para financiar sus películas, porque si a *El domador* se le han acordado facilidades, es cosa de pensar que ha llegado la hora de cambiar a los encargados de asesorar al Banco Industrial sobre materia que en último caso repercute sobre la economía nacional.

El domador fué dirigido por Adelqui Millar y protagonizado por Elisa Galvé.

Jaime Potenze

LA REVISTA "ESTUDIOS" Y YO Tengo por la revista "Estudios" la simpatía nostálgica de quien hizo sus primeras armas críticas en ella. Corría 1936 y se me ofrecieron las páginas de cine y teatro, en las que —justo es decirlo— no duré demasiado, pero que me permitieron afilar la pluma y, sobre todo, iniciar una vocación que hoy día ha cristalizado.

Grato es comprobar que la revista corresponde a este cariño, pues en sus números de marzo-abril y mayo-junio de 1954 me dedica una serie de cuartillas. Es cierto que son ellas para señalarme enérgicamente carencias de orden vario, pero precisamente por el santo empeño que se pone en corregirme es que las valoro. En un primer momento decidí no responder a las objeciones de todo orden porque es costumbre mía no polemizar, a menos que se trate de especialistas en las materias a las que me dedico, pero la dirección de CRITERIO me ha sugerido que ello podría ser oportuno, y sus insinuaciones son para mí órdenes.

Transcribamos lo que en la página 160 del Nº 461 dice uno de mis críticos: "Cuando el año pasado se llevó a cabo en Venecia el festival cinematográfico, se presentaron como primicia exclusiva mundial algunas escenas de *El manto sagrado*, que despertaron encontradas opiniones en distintos críticos asistentes. Porque... no es una película común, ni por su argumento ni por el sistema en que se rodó. Su argumento es el trascendente aspecto del martirio cristiano. Su sistema, el panorámico cinemascope realzado por el tecnicolor que nos pone en evidencia ante un prodigioso invento, que habrá de constituir el cine del futuro. Y ambas cosas, tenían que llamar poderosamente la atención... Así por ejemplo, el crítico de CRITERIO... se expresa: "La novedad está llena de posibilidades, pero si se la emplea para películas como la nombrada, se corre el riesgo de echarla a perder. Repito el comentario que redacté a pedido de la revista "Cinema" de Italia: "En Argentina hay una ley que prohibe vender armas de fuego a los niños por las eventuales ulterioridades: el cinemascope es un arma demasiado importante para dejarla en manos del señor Spyros Skouras". Poderosamente, al leer este comentario, llamó mi atención el que dos de los aspectos censurados merecían toda mi admiración: 1º) que se tomara el trascendente argumento de la novela de Lloy (sic) Douglas para que sirviera de presentación del maravilloso invento del cinemascope; 2º) el empuje del presidente de la Fox, católico práctico, de quien podemos pensar, quiso en esta ocasión ofrendar a Cristo el homenaje de las primicias del invento. Sin embargo, ante la lectura de las líneas el Sr. Potenze no se podía menos que corregir la admiración, para dar paso a la cautela y esperar, en la emisión de un juicio favorable o desfavorable. Con esa indiferencia que se apodera de uno cuando desaparece el encanto de lo que había sido su obsesión, fuí a ver el Manto Sagrado, aprovechando la ocasión que me brindara la gira que hice por Chile a principio de este año. Entonces se realizó lo increíble, aquel encanto desaparecido volvía a formar cuerpo a medida que avanzaba la proyección. El final apoteósico del film engendró también en el ánimo la apoteosis de la admiración. No pude entonces, y ahora se me hace más difícil, comprender qué quisieron significar las palabras del Sr. Pontenze. Pues el film resaltaba por su heróico argumento preñado de profundo sentido cristiano, y el Sr. Spyros Skouras, en esta ocasión, no se manifestó como un niño irresponsable con armas de fuego en las manos, sino se magnificaba en su consciente empleo del arma para mayor gloria de Dios y de su religión. Aclarado este punto... (y aquí sigue una crónica asaz laudatoria, en la que el autor dice que el encuentro de Demetrio con Judas el traidor es la escena mejor lograda de todas, etc.).

He transcripto fielmente, con las tres erratas originales (Lloy, Pontenze, heróico) la admonición del autor. Demás está decir que como crítico libre, respeto todas las opiniones distintas a la mía y que considero aceptable, dada la variedad existente entre los hijos de Dios, que haya quien vea preñez cristiana en la película que comentamos, y que, si bien yo no me iría a Chile a verla, me complace —por solidaridad con un hermano en Cristo— que alguien haya llegado ante ella a la apoteosis de la admiración allende la cordillera.

Pero lo que me parece demasiada generosidad es hacer entrar en esta danza de argumentos trascendentes y encantos reaparecidos, a un señor que ejerce la crítica tranquilo y sosegado, sin aspirar a la publicidad gratuita de los que con el tiempo pueden llegar a ser sus colegas. Mas ya que se nos ha mencionado, expliquemos la referencia al pujante Sr. Skouras.

Digamos ante todo, que me he referido a él solamente en su carácter de presidente de la Twentieth Century-Fox, y que su persona particular no está en juego. Sabido —al menos, los críticos lo sabemos— es que ha sido aquella compañía la que ha desatado la campaña de escándalo publicitario más grande de que se tiene noticias en el cine desde que Lumière lo inventó, en torno a la figura de Marilyn Monroe, niña mimada de la compañía, presentada como "la mujer más deseada del mundo" y figura principal de *Cómo casarse con un millonario*, segunda película filmada en cinemascope. Sabido es que todos los críticos serios del mundo han considerado que *El manto sagrado* podía caber sólo en el magín de una productora sensacionalista, que tan pronto filma *David y Bethsabé* para lucimiento de Gregory Peck y Susan Hayward, como *Los caballeros las prefieren rubias*, con la citada Marilyn y Jane Russell —de célebre fama en

---

Nerval que hizo una amante perfectamente bella e impertinente, derrochando garbo y personalidad. Objetamos, en cambio, el tono de Simone Valére, que cuadra a la ingenua de Marivaux, pero de ningún modo a su equivalente del siglo XX, una *har working girl* que uno se imagina más aplomada y menos melindrosa.

Los decorados y trajes, fueron diseñados por Jean-Denis Malclés, con el irreprochable buen gusto que se imponía. (En el *Odeón*).

Sylvia Potenze

El proscripto, prohibida por la Legión de la Decencia, y cuya última película fué prohibida por el Arzobispo de St. Louis por su inmoralidad—, como aprovecha el escándalo de *Por siempre ámbar* para llevarlo a la pantalla. Lógicamente, creemos que la Fox emplea conscientemente el arma del cine, mas no *ad maiorem Dei gloriam*, sino para para llenar sus arcas con el dinero que le pueden producir Marilyn Monroe, Jane Russell o Kathleen Winsor.

Por ello, cuando una productora de los antecedentes de la que preside el Sr. Skouras toma en sus manos un invento tan importante como el cinemascope, los críticos católicos que vamos todos los días al cine, nos alarmamos, y creo que con razón.

Pero parece que la alarma no es patrimonio nuestro, pues en el número siguiente de la misma revista, un colaborador de ella tiene la amabilidad de dedicarme seis páginas, muy alarmadas, que fueron luego publicadas en separata, me apresuro a decirlo, no a mi peculio, como lo han sospechado algunos amigos que creen que me financio propaganda.

Y digo esto último porque el autor me ha servido en bandeja de platino la posibilidad de destrozar de una vez por todas la leyenda de que soy un crítico para quien lo único que vale es lo formal. Nace esto de una frase publicada aquí el 14 de enero de 1954 y que textualmente dice: "...Lo hemos dicho mil veces pero parece que no se entiende: quien quiera calificaciones morales diríjase a quien corresponde, pues nosotros no estamos autorizados para ello...". Cualquier lector desaprensivo entiende así esta frase: una cosa son calificaciones morales —que sólo pueden partir de los organismos competentes— y otra un juicio moral. Publiqué esas líneas porque a cada momento me llaman por teléfono preguntándome cuál es *mi* calificación moral sobre determinadas obras. Por lo general, el diálogo se desarrolla así:

"Interlocutor: Usted no me conoce. Soy (acá un título) y deseo saber qué calificación moral merece a CRITERIO tal obra.

Yo: Las calificaciones morales dependen de la Acción Católica Argentina que es el organismo autorizado por la Jerarquía para ello. Diríjase allí.

Interlocutor: Sí, ya sé. Pero yo quiero saber *su* calificación.

Yo: Yo no estoy autorizado para calificar. La opinión de la Acción Católica es la oficial y a ella debemos obediencia todos los católicos.

Interlocutor: Sí, ¿pero qué opina usted en este caso particular?

Yo: (por lo general con mal modo) Opino que usted debería abstenerse de preguntar lo que no corresponde".

Hay quienes insisten, con la secreta esperanza de que yo les dé piedra libre para ver obras calificadas como "malas" o "desaconsejables", sin detenerse a pensar que aún cuando en un acto de insensatez yo les recomendara la asistencia a espectáculos prohibidos, mi exhortación no tendría absolutamente ningún valor, pues sería alzarse contra claras disposiciones que conozco muy bien, y que acato como cualquier católico.

Precisamente, me lamentaba yo públicamente con ocasión de la reunión que tuvieron los calificadores bonaerenses con el vicepresidente latinoamericano de la OCIC, y a la que asistió S. E. R. el Sr. Obispo de Aulón, Mons. Manuel Tato, de las pilas de interlocutores telefónicos que me habían "pedido permiso" para ir al Folies Bergére, o que llaman con la esperanza de que les diga: "Yo opino que lo más aconsejable para la salud de su alma es que vaya usted a ver en seguida *Sirenas de las tablas* o *Cómo se bañan las damas*".

Pero el separatista deduce: "Aplicando el sentido común a estas palabras puede deducirse que el Sr. Potenze sostiene que para hacer la valoración estética de una obra de Arte o artística (sic), no es necesario proceder a la calificación moral de la misma". Y tras una serie de consideraciones en la que nos informa que sus ideas están expuestas en un prólogo a una nota crítica de un pintor, y en las que incursiona —sin la más mínima concesión a la amenidad— por los campos de la Teoría del Arte, la Verdad Absoluta y dimensiones trascendentes, llega a lo concreto: mi crítica sobre *Muerte de un viajante*, de Arthur Miller.

"Consideraremos aspectos fundamentales que en su oportunidad el Sr. Potenze no consideró", dice el firmante. Y a continuación relata el argumento con una superficialidad que azora y hace una serie de consideraciones en las que desfilan Graham Greene, León Bloy y Tennessee Williams, para concluir diciendo que en la obra lo científico tiene relieve —o quiere tenerlo— cuando el alucinado viajante, antes de suicidarse siembra una zanahoria.

Puede que yo tenga muchos defectos y que algunas de mis críticas estén por debajo de lo que cabría esperar, pero

permítaseme declarar que gracias a Dios tengo un sentido de la responsabilidad que me hace afinar todas las antenas cuando se estrena una obra de calidad. Y a *Muerte de un viajante* la ví, la leí y la medité. Y por si ello fuera poco, antes de escribir mi crítica, leí todo lo que pude sobre la obra porque CRITERIO es una revista demasiado importante para que sus críticos improvisemos al correr de la pluma.

En el Nº 1126 (pág. 878) apareció mi reseña que no sé si será de las mejores que he publicado, pero que redacté sopesando cada palabra. Disculpen los lectores si transcribo con entusiasmo, pero son órdenes de la Dirección.

Comienzo diciendo: "La historia de un hombre corriente, *ciego a los valores espirituales de la vida*, en cuyo jardín no crecen flores y *cuya existencia se ha desarrollado con la idea fija de "triunfar", esto es realizar su voluntad de poder por medio de todo lo que la materia puede dar*, ha sido llevada a escena en una pieza de excepcional categoría... etc." Y sigo: "*Muerte de un viajante* es una tragedia moderna en la que su protagonista... se encamina fatalmente a la destrucción... víctima de sí mismo, de su *trastocado concepto de los valores*. Múltiple en sus facetas, tiene la obra elementos sociológicos, psicológicos y *morales*. Como toda pieza perdurable, a medida que se la medita van apareciendo planteamientos nuevos que tientan más que a la crítica, al ensayo concienzuda y largamente estudiado. Complejo es el hombre, por lo que compleja debe ser la obra que lo muestre tal cual es... *sin el auxilio de la Gracia*. Willy Loman vive huyendo de sí mismo, apoyado sobre una quimérica representación de su propia personalidad que a pesar de todos sus esfuerzos no logra engañarlo más que parcialmente. Abandonado a sus propios medios, dentro de una civilización que busca como fin último ganar amigos e influir sobre las personas para mediante ello conseguir más poder y más dinero que le permitan comprar y gozar "the good things of life" (aparatos mecánicos, mujeres mecanizadas, bebidas euforizantes, alimentos indigestos, fichas de nácar y *demás estupefacientes con los que el hombre moderno se aturde para evitar encontrarse con su yo desnudo*) va cayendo cada vez más bajo hasta el peldaño tras el que se abre el vacío... Willy Loman es un esclavo de sus maletas, especie de vasos sagrados de su *religión materialista*... (y) aún cuando hubiera triunfado, *su concepción de la vida lo habría llevado por uno u otro camino al desastre... El caso Loman es el de toda una generación que sólo busca placer sensual por-*

MUSICA

Conciertos sinfónicos

JEAN *Martinon en Amigos de la Música.* — En nuestro número anterior, Jorge Fontenla dió cuenta en estas columnas del significativo éxito logrado por el maestro *Jean Martinon* en su primer contacto con el público de Buenos Aires. Tócanos referirnos ahora al segundo de sus conciertos, brillante refirmación de valores nada comunes, que desde un principio no pudieron menos de provocar una impresión altamente favorable.

Joven aún, el titular de la orquesta de los Concerts Lamoureux de París ha alcanzado una posición destacada en el conjunto, no poco nutrido, de las batutas que sobresalen en el panorama de la actual Europa musical. Dentro y fuera de su país, *Martinon* —quien como creador ha sabido ganar, asimismo, honrosos galones— conoce desde hace tiempo el éxito legítimo que se origina y se cimenta en la capacidad y en el buen trabajo; en los dones que otorga la Providencia y en la ciencia que proporciona la profundización en las disciplinas de una carrera. Informaciones de muy diverso origen coincidían así, en indicar que *Jean Martinon* era uno de esos músicos cuya presencia entre nosotros resultaba francamente deseable; y a fe que tales informaciones se han visto plenamente justificadas por los hechos. Un concierto como el que nos ha dado en la tercera sesión de abono de Amigos de la Música —¿será necesario insistir sobre la excelencia de la labor que esta entidad realiza?— sólo entra en las posibilidades de quien sea un músico cabal y un director de primer orden. *Martinon* lo es, y lo demostró con pareja elocuencia, con análoga fuerza de convicción en Bach y en Frank Martin, en Mozart y en Michael Tippett (de quien nos hizo conocer un "Concierto para doble orquesta de cuerdas" no exento de méritos, la parte mayor de los cuales parece encontrarse en su primer tiempo). La penetrante comprensión de obras y estilos, el dominio sin restricciones de la orquesta en su función sonoro-expresiva, una posición como intérprete que es trasunto de una clara conciencia acerca de la misión que le compete como intermediario al servicio de la creación musical sin desplantes ni egocentrismos que nada tienen que ver con la propia personalidad y el don del equilibrio llevado a una altura pronunciada, son rasgos característicos y definitorios que la acción del artista ha puesto de manifiesto entre otros igualmente elogiables. Los resultados: en lo general, una labor de re-creación tan certera como enjundiosa y una orquesta que toca y suena como muy pocas veces lo ha hecho, con ajuste, con calidad sonora, con variedad de matices y con ductilidad francamente felices; en lo particular, un "Concierto Brandemburgués Nº 3" de Bach, límpido, vigoroso e impecablemente en carácter (que a pesar de lo que algunos parecen creer, no consiste en infundirle el carácter propio de la música religiosa de Bach sino todo lo contrario), un "Concierto para flauta, arpa y orquesta" de Mozart admirablemente expuesto —con elegancia, con chispa, sin preciosismos superfluos— y en el que *Gerardo Levy* dió cuenta de sobresalientes aptitudes instrumentales y musicales, evitando, además, con envidiable serenidad los riesgos provenientes por el desempeño desconcertantemente impreciso e insuficiente de la arpista señora de *Urbanski* y, como espléndido colofón, una versión magistral de esa obra maestra que es la "Pequeña Sinfonía Concertante" de Frank Martín, ese verdadero gran músico ante cuyo talento, cuya maestría y cuya elevación de miras empalidecen tantas estrellas más o menos auténticas del firmamento musical contemporáneo.

En suma, uno de los mejores conciertos de cuantos se han dado en lo que va de este año, que al término de su primer semestre arroja, en cuanto a música se refiere, un balance que en su faz cualitativa se muestra sensiblemente por deba-

---

que carece de antenas para gustar otro. Por ello desemboca en tragedia".

Podría seguir, pero creo que lo transcripto se comenta solo. Si a mi crítica sobre *Muerte de un viajante* le faltó valoración moral, declaro que ignoro qué es valoración moral.

Pero hay más: cuando se estrenó la película, volví sobre la obra en el Nº 1188 (pág. 401) y entre otras cosas explico el "Requiem", que a juicio de mi crítico es un "ensayo de superficial justificación" sobre el modo de ser y de morir el protagonista, y que para mí describe la esencia de la tragedia. "Willy no podía ser llorado porque todo lo que había construído era falso", señalo. "...De no haber sido sólo un viajante, quizá hubiera habido en él alguna capacidad de reacción. Pero ésta no venía con su territorio de influencia. Por ello suenan tan terribles las palabras finales "Somos libres"; *porque a Willy no le interesaba la libertad sino seguir esclavizado a un mundo falso*".

Mi crítico dice por ahí: "Triste es saber o suponer al prójimo en error, y más triste aún, si uno sabe por propia experiencia, lo funesta que puede resultar la propia irresponsabilidad culpable".

Me alegra cerrar estas líneas con por lo menos una coincidencia con D. Augusto Rodríguez Larreta.

Jaime Potenze

GRAGEA Premio de la OCIC en Berlín: *La gran esperanza*, de Duilio Coletti. Menciones: *El apóstata* (*Le defroqué*), de Léo Joannon, y *La gran aventura*, documental de Sucksdorff, sobre la que habló en CRITERIO Giulio Cesare Castello, con ocasión del Festival de Cannes... Invitado por el Foto Cine Club de Bahía Blanca, Jaime Potenze pronunció una conferencia el sábado 26 de junio sobre la misión de los cine-clubs. Anteriormente, en acto organizado en el Teatro Municipal de la misma ciudad por la Peña Universitaria Católica, había hablado sobre la historia del teatro argentino. El 25, dirigió el primer debate habido en Olavarría, sobre *Antesala del infierno*... Desde el 1º de julio, la censura moral de las películas y piezas teatrales argentinas estará exclusivamente a cargo de la Acción Católica Argentina. Anteriormente, compartía esta misión con un diario de la mañana... Artículo de François Mauriac en *Le Figaro*: "Hombres resueltos a salvar la raza reformarán la censura cinematográfica, encargándola únicamente a médicos eminentes, neurólogos, psicólogos, etc."... Juicio de L'Express: "En Cannes, un jurado hipócrita y cobarde da su bendición a los films que ni siquiera llegan a serlo, y sus premios a los demás"... Se formó una comisión de auto-censura en Italia. Componentes: Vincenzo Cardarelli, Francesco Carnelutti, Emilio Cecchi, Silvio D'Amico y Panfilo Gentile. Misión: revisar las películas: su aprobación significará que "poseen requisitos adecuados de idoneidad técnica y carecen de elementos ilícitos desde el punto de vista moral y jurídico"... Opiniones: (Contestando a la pregunta: ¿Es el cine un arte visual?) ¿Se puede ir al cinematógrafo y cerrar los ojos como en un concierto? Claro que el cine es un arte visual. (Victoria Ocampo en una entrevista aparecida en *Gente de Cine*)... Cocktail en la Embajada francesa en honor de la compañía Renaud-Barrault. Primicia: Cuando llegue a Francia, Barrault piensa dar *La Orestíada* en una sola función... Alberto D'Aversa piensa dirigir *The Crucible*, de Arthur Miller, para el IFT... Simone Garma está preparando *Helène*, o *La joie de vivre* de Roussin, con el Teatro Universitario Franco-Argentino... En España se filmará una nueva versión de *Carmen*, dirigida por Clouzot.

Vagabond Jim

CALIFICACION MORAL DE LA ACCION CATOLICA ARGENTINA

Androcles y el león. (15-VI-54). Errores de doctrina y ligereza en el enfoque de temas serios, la hacen estrictamente reservada. — *Canción de la nieve.* (3-VI-54). Panoramas del sur argentino. Tema deportivo sin objeciones. Aceptables para niños. — *Continente perdido.* (3-VI-54). Película de aventuras en un mundo de fantasía. Aceptable para adolescentes. — *Dulce hechizo.* (10-VI-54). Aceptable para adolescentes. — *Días de odio.* (3-VI-54). Clima de odio. Espíritu de venganza y medios también inaceptables para lograrla. Escenas objetables. Desaconsejable. — *Junto a mi corazón.* (15-VI-54). Nobleza de sentimientos. Delicadeza en la presentación de las escenas. Aceptable para adolescentes. — *Nave de los condenados, La.* (10-VI-54). Escenas de crueldad y violencia. Odio. Aceptable para mayores. — *Pandora.* (10-VI-54). Diálogos y escenas objetables. Reservada. — *Pasajeros sin destino.* (10-VI-54). Moralmente recomendable aunque algunos diálogos y escenas inconvenientes la hacen aceptable para mayores. — *Regreso al paraíso.* (7-VI-54). Amor libre. Ridiculización de la religión. Reservada. — *Yo no soy la Mata Hari.* (11-VI-54). Aceptable para adolescentes. — CALIFICACION ACTUALIZADA: *Y se hizo justicia.* Reservada.

jo de la abundancia numérica. Agradezcamos, entonces, al maestro *Martinon* y a quienes con él han cooperado para la obtención de esa velada de arte.

HANS *Swarowsky en Radio del Estado.* — Al director vienés *Hans Swarowsky* ha correspondido el segundo turno entre los "conductores-huéspedes" comprometidos por Radio del Estado para el actual ciclo de su orquesta sinfónica. Empleando un tanto libremente el conocido adagio, podríamos decir que aquello de que "nunca segundas partes fueron buenas" se ha confirmado una vez más. Porque si la actuación del maestro Erik Tuxen, oportunamente reseñada, aseguró una buena iniciación a la serie de audiciones a cargo de músicos extranjeros, el desempeño del colega llamado a sucederle incidió directamente en un pronunciado descenso de su rango artístico. No se trata de que *Hans Swarowsky* carezca totalmente de títulos y de aptitudes capaces de permitirle cumplir decorosamente con su cometido, pues, evidentemente, no le faltan conocimientos y experiencias (no creemos que en los medios más evolucionados de Europa, como Viena en este caso, puedan darse esas improvisaciones entre penosas y pintorescas que en estas latitudes se nos presentan con excesiva frecuencia); se trata de que esas posibilidades no sobrepasan un límite que, a nuestro parecer, no le permite aspirar —cuando menos por ahora— a la categoría de figura internacional que invariablemente deberían tener cuantos intérpretes extranjeros se traiga a actuar en nuestras entidades y organismos musicales. Es un director discreto, como ha de haber muchos en el llamado viejo continente, pero no —y permítasenos la expresión un tanto comercial— un "artículo de exportación". Se nos aducirá que cierta nombradía fonográfica puede llamar a confusión, pero en tal circunstancia contestaríamos que a esta altura de nuestra experiencia musical y tras los numerosos ejemplos que, desde Weissmann hasta Swoboda, deben ser recordados, ya no hay derecho a dejarse deslumbrar por el espejismo que el disco puede traer involucrado.

De lo expresado anteriormente podrá desprenderse una conclusión acerca de la índole de los conciertos del director austríaco: sin llegar a caer en lo inaceptable, no alcanzaron la calidad, la jerarquía ni, por consiguiente, el interés deseables, transcurriendo en un plano de realizaciones entre discretas y mediocres que habrán de pasar al archivo de nuestros recuerdos sin mayor pena pero sin ninguna gloria. Puestos a discriminar entre las distintas versiones ofrecidas, señalaremos como mejor logradas las de "Macbeth" de Strauss, de la wagneriana obertura de "Rienzi" y, en cierto modo, de "Mathis el Pintor" de Hindemith, presentado con esmero, en tanto que Dvorak con su hermosa "Cuarta Sinfonía" y Haydn con esa joya que es su sinfonía "La Sorpresa" llevaron la peor parte. Como novedad fueron ejecutadas "Tres Piezas para orquesta" de Huebner, músico del que nada sabíamos y que en estos trozos, no carentes de atracción, se muestra como brillante orquestador, en quien el Berg de "Wozzeck" ha dejado huellas muy visibles, más allá aún de los procedimientos instrumentales.

Para finalizar, creemos que se impone decir algo acerca de los programas. No es un secreto que en las actividades musicales de la radiofónica estatal, inclusive en sus conciertos públicos, no se ha dejado casi nunca de tener presente cierta búsqueda de una directa repercusión popular. Obras "de efecto", con largas codas "in crescendo", estratégicamente colocadas al final de los programas; frecuente inclusión de Tchaikowsky y demás nombres "de arrastre", etc., venían a atestiguarlo con frecuencia bien que sin llegar a afectar la consistencia de una labor que tantas veces hemos conceptuado digna de encomio. Pero últimamente se han producido algunos episodios reveladores de que aquella tendencia puede agravarse peligrosamente: alterar la compaginación lógica de un programa para colocar a su término, aún a costa de su dislocamiento, la "Leonora III" con su seguro impacto; sacar de otro la obertura de "La Flauta Mágica" e incluir al final —¡y después de Hindemith!..— la bullanguera obertura de "Rienzi", perspectiva infalible de ¡bravos! y aplausos ahogando sus últimos compases, no es, por cierto, una prueba de buen gusto. Lejos de ello, nos parece un caso de demagogia musical que no podríamos dejar de reprobar. Por la honda y ya vieja simpatía que experimentamos hacia Radio del Estado y por la agradecida consideración que nos merece cuanto ha hecho —que no es poco— en pro de la Música, es que escribimos estos conceptos, sin rodeos ni eufemismos, seguros de que la reacción favorable no ha de tardar en producirse, basada en la convicción de que toda obra de cultura musical debe ser hecha sin altibajos ni concesiones al gusto poco afinado de algunos, gusto que debe tratarse de elevar y de depurar; elevando la masa hacia la cultura; nivelar hacia arriba; nunca lo contrario.

Y esto no equivale a preconizar una austeridad excesiva o, lo que es peor aún, un "snobismo" igualmente contraproducente. Se trata de colocarse en el justo término medio, en un sano equilibrio que haga factible el proselitismo musical, sin dejar de tenerse presente los objetivos de superación que han de constituir un norte permanente e indeclinable.

ORQUESTA *Sinfónica Municipal.* — Al cabo de varios meses de labor dispar y discontinua, en la que algunos conciertos alternaron con el acompañamiento de espectáculos coreográficos de orden netamente menor —¡Qué destino el de esta Sinfónica!— la orquesta de la ciudad ha dado comienzo a su ciclo oficial de conciertos.

Hace algún tiempo, al ocuparnos en su conjunto de las actividades cumplidas por el organismo durante el año pasado, señalábamos el gran paso hacia adelante que, al término de tantos infortunios, representaba para la Sinfónica Municipal ese ciclo realizado en el marco tan propicio del Teatro Colón, con un programa serio y previamente establecido, con el concurso —salvo una que otra excepción— de directores y solistas indudablemente calificados (algunos de justificado renombre internacional) y su buen desenvolvimiento en un ciclo de abono sobre precios lógicos que ponían tales conciertos al alcance de cuantos se interesaran por ellos.

El saldo netamente positivo que esa temporada dejara, permitía abrigar la idea de que la actual fuese planeada y realizada sobre lineamientos semejantes, aprovechándose las enseñanzas derivadas de la experiencia y sin desechar, ni mucho menos, la perspectiva de esa tantas veces reclamada revisión de valores que otorgara a la agrupación la homogeneidad de que carece y sin la que sería ilusorio pensar en progresos realmente serios. No ha sido así, empero, y, descartado ese mejoramiento del conjunto que no podrá dejar, pues, de mostrarse excesivamente desigual, se ha resuelto la realización de 24 conciertos, los domingos por la noche en el Colón, con carácter gratuito, la mitad de ellos dirigidos por el maestro *Ferruccio Calusio* y los restantes por diversos directores "locales", denominación en la que se engloba a músicos argentinos y a otros residentes en el país.

La nueva orientación no nos parece acertada; primero, porque discrepamos con la modalidad del concierto gratuito, de la misma manera que discrepamos con la fijación de precios exorbitantes (como los $ 100.— por función del reciente abono Oistraj-Nicolaeva o los $ 80.— de tantos espectáculos líricos que mal podrían ser compensados por algunas funciones populares, siempre inferiores en su número a los requerimientos de la población, considerando en cambio mucho más eficaz la implantación de precios accesibles en todos los actos musicales; segundo, porque si invariablemente hemos bregado porque los *auténticos* valores del país —a veces injustamente desplazados— tengan el lugar que legítimamente les corresponde en el conjunto de las actividades, no creemos en los beneficios de un nacionalismo excluyente que tienda a proscribir el útil y necesario aporte que nos pueda llegar de afuera. En este caso particular entendemos que, aprovechándose la unidad de dirección existente entre la Sinfónica Municipal y el Colón, debió programarse un ciclo en el que tuvieran participación algunos de los destacados artistas ex-

tranjeros llamados a formar parte del elenco del segundo (por ej. los maestros Hindemith, Martinon y Elmendorff, algún cantante como Victoria de los Angeles, etc.) con el agregado, además, de algunos de los solistas que como Arrau, Szigeti, Ferras, Mainardi, etc., pasarán durante el transcurso del año por nuestra ciudad y nos veremos privados de escuchar en actuaciones con orquestas sinfónicas a pura pérdida de nuestro movimiento musical. Con elementos de ese orden y un núcleo de destacados artistas de nuestro medio la Sinfónica Municipal habría podido organizar una temporada indudablemente superior a la trascendencia que pueda tener la que acaba de iniciarse. Todo extremismo es malo, aún en la virtud, ha dicho Santa Teresa y así, no creemos que, especialmente en cuanto a la cultura concierne, sea un estricto autoabastecimiento lo que más convenga a nuestro país.

A cargo del maestro *Ferruccio Calusio*, de autoridad y probidad difícilmente discutibles, estuvo la inauguración —harto tardía— de este ciclo. Su primer programa comprendió el tercero de los Conciertos Brandemburgueses de Bach, un "Coral con Variaciones" (1ª audición) de José M. Castro, el "Concierto en Sol" de Ravel con *Roberto Caamaño* como solista y la "Segunda Sinfonía" de Borodin; programa equilibrado y no carente de atracción —por lo menos en sus tres cuartas partes— y que fué cumplido en forma honorable y por momentos lucida. Ante todo, porque más allá de los imaginables altibajos presentados por la orquesta, resultó evidente la presencia y la acción de una dirección seria y realmente capacitada, no solamente en lo que a interpretación se refiere, sino en cuanto pudo ser el resultado de una cuidadosa labor preparatoria, de un estudio consciente y profundo de cada obra traducido en ejecuciones que denotaban sin dejar lugar a dudas, un trabajo disciplinado y empeñoso. Ello, que de por sí no es poco, resulta doblemente alentador en la etapa inicial de una temporada y constituye, si es que hacía falta, la prueba de que con el maestro *Calusio* en su dirección, la Sinfónica Municipal está en muy buenas manos.



Ferruccio Calusio

Claro está que aún queda mucho por hacer; que en los violines hay desigualdades excesivas, que la sección de los violoncelos es de una debilidad evidente, que los contrabajos deben integrarse (nunca se cuentan más de cinco en lugar de los ocho que corresponde) y "homogeneizarse"; que en la percusión hay cosas que deben mejorar y que ciertos metales no se caracterizan, ciertamente, por su calidad sonora ni por su precisión... Aún así, repetimos, la velada dejó un saldo respetable y en algunos momentos —la Sinfonía de Borodin en particular— todo anduvo mejor de lo que podía esperarse, pues *Calusio* que demostró conocerla y comprenderla muy bien, le sacó todo el partido posible dejando refirmado, de paso, que la obra es realmente bella. En Bach hubo buen estilo y ajuste, bien que el primer tiempo superara al segundo, que salió algo pesado. Las dificultades de la escritura raveliana fueron gallardamente salvadas y en cuanto al solista cumplió su parte con la inteligencia, la seguridad y la fluidez que era de esperar por parte de un músico y de un instrumentista como *Roberto Caamaño*. Un nuevo éxito, pues, para este sólido valor del arte nacional.

En cuanto a la nueva composición de Castro, no creemos que venga a agregar nada al haber de su autor. Pulcramente escrita, su dilatado desarrollo pone de manifiesto que la riqueza de ideas, la fantasía y la originalidad no podrían contarse, ni siquiera en proporciones reducidas, entre sus características salientes. Muchas notas y poca música en síntesis.

VICTOR Tevah y la Orquesta Sinfónica del Estado. — Entre las notas realmente afortunadas que registrara la temporada musical de 1953, se contó la presentación del maestro *Víctor Tevah*. Los dos conciertos que el director titular de la Orquesta Sinfónica de Chile ofreciera entonces en el Teatro Colón con la Orquesta Municipal, dieron cuenta sobrada de inteligencia y de musicalidad, de alta capacidad profesional y de impecable dignidad artística, y versiones como aquellas que de obras de Haydn, Brahms, Ravel y Bartok nos hiciera escuchar, son de las que no se tienen a cada rato y que bastan para consagrar a un intérprete.

Por todo ello su regreso a Buenos Aires, invitado para dirigir tres de los conciertos de abono de la Orquesta Sinfónica del Estado, nos parece digno de ser conceptuado como uno de los mejores aciertos de los organizadores de este ciclo. En la primera de sus audiciones con nuestra sinfónica nacional, el maestro Tevah abordó un programa que a su jerarquía sumaba problemas de interpretación y de ejecución capaces de poner a prueba las facultades de director y orquesta. Haydn con su hermosa Sinfonía "Londres", Prokofieff con el primero de los dos conciertos que dedicara al violín —página que merece ser incluída entre lo más significativo de su producción—, Héctor Iglesias Villoud con sus "Dos Danzas Argentinas", Pedro Humberto Allende con una sabrosa y colorida "Tonada" y Ravel con esa síntesis de ensueño y de quintaesenciado ingenio que es "Ma Mère l'Oie", eran los autores elegidos. De todos ellos nos dió Tevah versiones que dijeron bien alto de sus dones de artista y de concertador; de su comprensión y de su pericia. Muy seguro de su cometido y de su orquesta, presentó cada obra de manera ante la que difícil resultaría oponer reparos y muy fácil encontrar motivos de elogio (personalmente, sólo discrepamos con el exceso de cuerda en Haydn). Bajo su batuta firme y justa, la Orquesta Sinfónica del Estado tocó con soltura, con precisión y con ajuste dignos de sus mejores antecedentes, virtudes que alcanzaron su máxima expresión en "Ma Mère l'Oie", precisamente la más compleja de las obras escuchadas en ese concierto y que constituyó para Tevah —que la dirigió con un gran sentido de su espíritu y verdadero virtuosismo— y para sus colaboradores un triunfo rotundo.

El violinista Ricardo Odnoposoff —nacido en nuestro país y residente en el extranjero— a quien hacía tiempo no escuchábamos, virtió el Concierto de Prokofieff con seguridad y buena técnica que por momentos se vió deslucida por una afinación insegura y por un sonido no siempre grato. Su determinación de ejecutar una obra fuera de programa ante el requerimiento —no muy insistente por lo demás— de una parte del auditorio, hace aconsejable, por razones de buen gusto, una reglamentación que prohiba tales "propinas" en los conciertos sinfónicos.

Durante el transcurso de esta sesión, que llevó al actual ciclo de abono de la O.S.E. a un plano de marcada y general superación con respecto a las tres audiciones anteriores, *Víctor Tevah* y sus colaboradores se vieron celebrados con la efusión que su labor merecía.

Alberto Emilio Giménez

DE NUESTROS LECTORES

A propósito de una gragea de CRITERIO

De Basilio Uribe a Jaime Potenze

VICENTE López, 24 de junio de 1954. — Potenze, cuando en el número de CRITERIO de hoy usted escribe: "Apareció alguien a quien no le interesa publicar en La Nación. Es el crítico bibliográfico de *Américas*, la revista de la Unión Panamericana, que en el número de junio, al reseñar *La sala de espera*, de Eduardo Mallea, dice", etc. ¿me equivoco al pensar que su intención se ha visto traicionada por la expresión usada?

Basilio Uribe

De Jaime Potenze a Basilio Uribe

AMIGO Uribe: Gracias por su carta, que me interpreta.

Me hartan los que al grito de "Mallea sí, otro no", tratan de abrirse las puertas de "La Nación". Pero supongo de que a Mallea le hartan más que a mí.

Y convertido un poco en uno de sus personajes de *La bahía de silencio*, he querido gritar un *¡Basta!* contra la adulonería.

Si se prestó a confusiones, lo lamento. Pero no en balde mi Angel de la Guardia ha puesto su carta en mi camino para aclarar las cosas.

Un abrazo de *Potenze*

REVISTAS

¿"Creen" los protestantes en la Virgen María?

NATURALMENTE ésta es una pregunta sin sentido. Los protestantes no tienen unanimidad en sus creencias y nunca se puede englobar a todas sus "denominaciones", iglesias y sectas en una pregunta tan concreta. Por otra parte, así como "creer" en Dios es una expresión de sentido bien definido, "creer" en la Santísima Virgen no significa algo en especial si no se dice expresamente sobre cuál de sus atributos se está hablando. Así por ejemplo ningún protestante duda de la existencia histórica de María. En este sentido la pregunta del epígrafe tiene una respuesta positiva. Pero ¿qué piensan ellos de su virginidad, de la Encarnación, de su santidad?

El último número de la revista "Theology Digest" de la Universidad de Saint Louis (Kansas City) se ha transcripto un artículo del P. Jérome Hamer, O. P. en el que se trata de contestar esa pregunta.

El autor deja de lado las opiniones protestantes extremas que van desde negar la Encarnación hasta aceptar cautelosamente los puntos de vista católicos, y concentra su atención en las doctrinas de los primeros reformadores, y en especial en las elaboraciones doctrinales de los teólogos protestantes actuales.

Analizados los puntos de vista de Lutero, Melanchthon y Calvino, y el de los teólogos actuales, Karl Barth, Max Thurian y Hans Asmussen, el artículo termina con la siguiente conclusión:

Los textos clásicos de la Reforma se limitan a afirmar la virginidad y la divina maternidad de María. Todos los otros atributos son rechazados.

Los autores modernos tratan de reconciliar estas doctrinas de la virginidad y de la divina maternidad, con la posición secundaria que ellos le atribuyen a la Santísima Virgen. Para Barth, por ejemplo, el nacimiento de Cristo *ex Maria Virgine* es un hecho indiscutible. Asmussen llega hasta aceptar una especie de *mediación* de María. Para el protestantismo moderno María es mucho más que una mera figura histórica; pero no tiene un lugar autónomo en la doctrina cristiana. Ella no es un medio para alcanzar la gracia sino sólo un *signo* de la presencia y naturaleza de Cristo.

La fuente de todos los errores protestantes reside en su creencia de que cualquier cooperación humana con Dios atenta contra Su omnipotencia. Por ese motivo no pueden aceptar ninguna clase de intermediarios entre Él y nosotros. El mismo Barth parece creer que *cooperación* del hombre con Dios implica una acción *paralela*, un trabajo emprendido en conjunto. Y esto él lo rechaza con razón. Pero el verdadero concepto de *cooperación* es el de acción *vertical*, el uso del hombre como un instrumento de Dios. Sin este concepto, la teología protestante insiste en la realidad de la vida de Cristo en nosotros; pero ignora a la Iglesia como medio para obtener esa vida. — *H. F. L.*

¿Qué nos pueden decir sobre el futuro los economistas?

CON la economía ocurre una cosa curiosa: en los siglos en que las condiciones económicas eran estables o evolucionaban con lentitud, habría resultado una ciencia fácil y casi inútil; y ahora, cuando sería verdaderamente necesaria, "parece imposible reconstruirla sobre sus ruinas".

Así se expresa Jean Fourastié en un artículo aparecido en el número de marzo de la revista "Diógenes". El autor de este trabajo, titulado *"La previsión de la evolución económica"*, reconoce la imposibilidad de *prever*, en el sentido determinista de las ciencias físicas, lo que sucederá mañana en materia de precios, salarios, producción, etc. Los factores que incidirán durante las próximas veinticuatro horas sobre la evolución de estos fenómenos son tan diversos que sólo el trabajo mecánico de recolección de los datos numéricos necesarios para tenerlos en cuenta llevaría varios años. En el *tiempo* encuentra Fourastié, por lo tanto, un primer obstáculo para edificar una ciencia determinista de la economía. El *tiempo* de las ciencias humanas y sociales no es, para él, homogéneo, como el de la física.

Sin embargo el autor no pierde la esperanza de predecir algo sobre el futuro, siempre que busquemos previsiones que en lugar de realizarse *siempre* y con una aproximación del 1 %, se verifiquen 7, 8 ó 9 veces cada diez, con una aproximación del 5, 10 ó 20 % De esta manera ya no es necesario tener en cuenta *todos* los factores, sino sólo aquéllos que él llama *preponderantes*.

Otra de las normas dadas por el autor para avanzar en un estudio de este tipo, es dejar de lado las investigaciones de conjunto y analizar, en cambio, el fenómeno económico *puro*. Del mismo modo que en Química es más sencillo estudiar el comportamiento de las sustancias simples que el de sus mezclas, en Economía resulta más fácil seguir el desarrollo de la producción y consumo del trigo o la papa, que investigar la evolución de los productos de la agricultura *mezclados*.

Con estas ideas elige como factores predominantes para cada artículo el progreso técnico y el consumo por habitante, y clasifica los distintos productos en *primarios*, *secundarios* y *terciarios*, según la manera en que aquellos factores evolucionan.

Productos *primarios* son aquéllos que, como los frutos de la tierra, se caracterizan: a) por haberse beneficiado con un progreso técnico sensible, aunque no tan grande como el de la industria; b) por tener una curva de consumo *per capita* que ya ha alcanzado su punto máximo en los países ricos.

Llama *secundarios* a los productos industriales caracterizados por: a) un fuerte progreso técnico; y b) demanda creciente por parte de cada consumidor.

Terciarios, finalmente, serían aquéllos que tienen estas dos características: a) progreso técnico débil; y b) una curva de demanda acentuadamente creciente y sin signos de debilitamiento en ningún país.

Ejemplos de productos primarios: trigo, papas, café, bananas. De productos *secundarios*: espejos, automóviles, hojas de afeitar. De productos *terciarios*: tapicería de arte, corte de pelo, la enseñanza, la administración de justicia.

Es fácil estudiar la evolución de cada uno de los factores preponderantes si se miden los precios en jornales, o sea en horas-hombres de peones no especializados. De este modo es posible demostrar fácilmente que el precio de los productos secundarios desciende rápida y constantemente, y que el de los primarios baja menos rápidamente. En cambio se mantiene casi constante el precio de los productos terciarios. Mientras que el precio del trigo bajó en Francia desde la cifra 200 en el año 1750 a 24 en 1953, el corte de pelo se mantuvo todo el tiempo en la cifra 1.

Por otro lado se observa que la *ocupación* relativa en la producción de bienes *primarios* disminuye constantemente:

INFORMACION

La Iglesia y la Conferencia de Ginebra

El domingo 2 de mayo ppdo., en la iglesia Notre-Dame de Ginebra, el obispo de Lausana, Ginebra y Friburgo, Mons. Charrière, en el curso del oficio pontifical, celebrado en ocasión de la Conferencia asiática, pronunció la siguiente alocución:

Con profunda emoción, toma la palabra el obispo de Lausana, Ginebra y Friburgo. Y esta emoción, estoy seguro, la compartís vosotros; lo atestigua vuestra presencia. Vivimos, en efecto, horas muy graves para no tomar conciencia clara de que nuestro auxilio, nuestro fundamento, es Dios mismo y que los hombres nunca harán otra cosa de mejor que suplicarle que sea El mismo la base de nuestras empresas. Lo que no quiere decir que debamos renunciar a poner por nuestra cuenta todo lo que podamos movilizar en servicio de la paz. Es necesario admirar y agradecer a los que respondiendo a un exigente llamamiento, dejan el mundo para orar e inmolarse. Pero hay otra manera de refugiarse en Dios que no es sino disimulación de la deserción, y que la rechazamos. Ayúdate y el cielo te ayudará. Pero nuestra acción no será eficaz sino en la medida en que esté toda entera penetrada de esta verdad fundamental que nuestros santos libros expresan: "Si Dios no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen" (Ps. CXXVI, 1).

Todo eso es cierto de cualquier obra humana; pero lo es particularmente en la obra difícil de la reconciliación, en la que es fácil comprobar hasta qué punto son impotentes los hombres dejados a sí mismos. En efecto, como lo ha dicho con exactitud un gran pensador cristiano de nuestra época, Romano Guardini, cada una de nuestra almas constituye, en razón de su espiritualidad, como una fortaleza inexpugnable donde ninguna fuerza creada puede entrar contra nuestra voluntad. Es el misterio de la persona humana, de nuestra libertad interior. Creados a imagen de Dios, participamos de su independencia, de su soberanía, no contra él, claro está, sino contra cualquier ser que quisiera forzar el paso que conduce al santuario de nuestra alma. Esta regla fundamental, instituída por Dios mismo y respetada por él, tiene por consecuencia que jamás un hombre se inclinará delante de otro, si no está personalmente, no sólo convencido, sino, lo que es cosa distinta, decidido a inclinarse. Las razones, los motivos que se podrán invocar para decidirlo cumplirán ciertamente una función previa e indispensable; pero el acto decisivo por el cual el hombre aceptará adoptar la línea de conducta que se le solicita no puede proceder sino de su libre voluntad. Cuando se trata de poner de acuerdo a personas hasta entonces adversarias, que se arrojan mutuamente a la cara agravios más o menos numerosos, ¿quién no vé que los argumentos, por justificados que sean, jamás conducirán a la conclusión deseada? Estos serán necesarios, ciertamente, y no se podría obrar en favor de una reconciliación sino es sobre la base de la verdad y de justicia, **justicia et pax osculatae sunt** (Ps. LXXXIV, 11). Pero, una vez más, por indispensables que sean las "razones" que se invoquen, se necesitará otra cosa, a saber la adhesión interior plenamente libre de las voluntades hasta entonces opuestas, y esta adhesión sólo Dios la puede provocar operando por dentro de nuestra alma, aunque respetando nuestra libertad.

Si estuviéramos bien persuadidos de esta verdad psicológica, comprenderíamos mejor que, a la hora presente, el recurso a la oración es más necesario que nunca. Habéis venido a Ginebra, señores miembros de las delegaciones a la Conferencia asiática, para intentar, esperando contra toda espernza humana, constituir, siquiera una vez, ese clima de comprensión, de confianza, de respeto mutuo, por el cual todo el mundo suspira. Desde hace veinte años, desde antes del conflicto que ensangrentó al mundo occidental, el Extremo Oriente no ha cesado de estar en guerra. Fué China, en 1937, atacada por el Japón, después Corea, luego Indochina. Con demasiada frecuencia, aquí en Occidente, hemos cerrado los ojos, más todavía, nuestro corazón, a esas tragedias. No olvidamos, por cierto, los incansables esfuerzos de la Cruz Roja y de tantas asociaciones internacionales, pero muy pocos de nuestros fieles se interesan por ellas. Estas desgracias ocurren tan lejos, nos amenazan tan poco. Y esa falta de activa simpatía por tantas víctimas inmoladas a lo lejos es lo que ha apenado y escandalizado profundamente a los hombres de buena fe. ¡Qué odiosa es, mis hermanos, nuestra indiferencia con respecto al sufrimiento de tantos pobres seres humanos que están muriendo y que, como nosotros, han sido creados por Dios, rescatados por la sangre de Cristo, pero que sangran por todas sus heridas a causa, a veces, de nuestras propias rivalidades! Sí, debemos colaborar con todas las buenas voluntades para curar las heridas, limitar la carnicería. Pero, más todavía, debemos elevar nuestros corazones a Dios para suplicarle que él mismo sea nuestra paz e incline las inteligencias y los corazones hacia los caminos que conducen a una durable reconciliación. Es lo que esta tarde hacemos, es lo que haremos el 23 de mayo, obedeciendo al llamamiento del Soberano Pontífice, durante la Jornada Mundial de la Infancia Católica por la Paz. Es lo que haremos también este verano en Einsiedeln y Sachseln, durante el próximo Congreso de **Pax Christi**, presidido por el cardenal Feltin. Orar por la paz no es un ejercicio espiritual que podríamos clasificar entre el número de las devociones facultativas; es un deber esencial del alma cristiana, y nos sentimos felices al pensar que nuestros hermanos separados se unen a nosotros y nosotros a ellos para suplicar a Cristo Jesús que, sobre la cruz, nos ha reconciliado con su Padre, **reconciliati sumus Deo per mortem Filii eius** (Rom. V, 10), a fin de que una verdadera paz pueda lucir al fin en Extremo Oriente y también entre nosotros, en Occidente, donde todavía la esperamos.

Señor Jesús, Príncipe de la Paz, nuestro Dios y nuestro Salvador, como los apóstoles en el lago de Genesaret, os suplicamos que apacigüéis la tempestad que amenaza envolver al mundo entero. **Domine salva nos, perimus** (Mat. VIII, 25). Haced que vuelvan la calma, la confianza y que se disipe el clima de injusticia, de menosprecio, de odio y de pánico que hace cada día más irrespirable la atmósfera. Haced, como lo han pedido el Sumo Pontífice y tantas personalidades influyentes, que las grandes potencias acepten, de común acuerdo, eliminar las armas más mortíferas, cuya fuerza destructiva ya nadie puede retener. Unicamente vos, Señor, podéis salvarnos. Lo sabemos y aceptamos poner de nuestra parte todo lo que nos es posible para responder a vuestras santas exigencias, pues sabemos muy bien que, si los hombres se han precipitado en la guerra es, en definitiva, porque entre ellos hay los que han olvidado vuestro mandamiento de amor.

Y tú, Virgen Santísima, omnipotencia suplicante, intercede ante tu divino Hijo. Como madre de familia, consíguenos de Dios para tus hijos la gracia de la reconciliación. De nuestra parte, como tú lo pediste en Caná, nos esforzaremos por hacer, con su gracia, todo lo que él nos diga.

El cardenal Feltin pide oraciones por la paz

El cardenal Feltin dirigió el siguiente llamamiento a la oración por los combatientes en Indochina y por la paz:

Hace nueve años, las campanas de la victoria nos anunciaban las esperanzas de la paz.

Este año, en la víspera del 8 de mayo, cuando festejamos al mismo tiempo a Santa Juana de Arco, Francia está de duelo e inquieta.

De duelo, pues los mejores de sus hijos, de la metrópoli o de ultramar, luchan y caen en Dien-Bien-Phu y en Indochina, en combates heroicos y mortíferos.

Inquieta, pues percibe por más allá de esas trágicas batallas la amenaza de otros conflictos, de los que las recientes experiencias atómicas dejan prever su horror.

Ante estas perspectivas, los católicos no pueden permanecer indiferentes, y el presidente de **Pax Christi** siente la obligación de levantar su voz.

A la ora que se celebra la Conferencia de Ginebra, que puede reanimar nuestra confianza en una paz posible, pido a todos los que Dios ha investido de una responsabilidad nacional o internacional que pongan su acción, por arriba de las divergencias de ideologías o de intereses, para hacer prevalecer las soluciones de conciliación sobre los métodos de violencia. Los

---

un 80 % de la población trabajaba en el campo antes de 1800 en Estados Unidos, y sólo un 15 % en la actualidad y se prevé que esta cifra descenderá hasta el 7 % en el próximo siglo. El porcentaje de gente ocupada en fabricar productos *secundarios* era del 7 % en 1800, del 30 % en 1950 y se supone que volverá a disminuir en el futuro hasta un 10 %.

En cambio el porcentaje de gente dedicada a actividades terciarias sube constantemente desde un 10 % en 1800, 55 % en 1950, con tendencia a llegar a un 80 ó un 90 % en el futuro. — *H. F. L.*

CENTRO (Revista del Centro de los Estudiantes de Filosofía y Letras de Buenos Aires - Nros. 5-6-7).

Los de *Centro* ejercen la verdadera valentía, la que no acude al grito, la que sólo levanta el puño como ademán refirmativo. Por eso se puede leer esta revista sin ahogarse con el olor a pañales de "mocosos moja orejas", privativo tufo de las revistas estudiantiles.

Redactada con seriedad (no confundir con acartonamiento), incluyen, los números que comentamos, trabajos de variado temario pero casi uniforme calidad. *Adolfo Prieto*, hondo e inteligente, *Rodolfo Borelo*, intuitivo, apasionado, *Adelaida Gigli* y muchos otros contribuyen a jerarquizar esta revista. "Qué amargo privilegio testimoniar la abundancia de la vida" es el comienzo de *Nieve Fusilada* de *Fulvio Milano*, quien no puede ocultar —pese a la inhábil dosificación metafórica— que tiene sustancia de escritor; *V. Sanromán* expresa, en su inicial acusación de *A propósito de una aventura intelectual del siglo XX*, el pertinaz fastidio que nos roe a todos cuando comprobamos dominicalmente la inmoralidad de las "críticas" bibliográficas de los grandes diarios.

Sólo dos cosas lamentamos: 1º) el uniforme desastre de los poemas, entre los cuales se destaca, por malo, el que mereció el 1er. premio y 2º) que el jurado de su concurso literario estuviera integrado por personas inteligentes pero ajenas a la literatura.

Hugo Ezequiel Lezama

adjuro, en nombre de los combatientes y de sus familias, a obtener una tregua saludable y, si se puede, la cesación inmediata del conflicto.

Pido a todos mis sacerdotes suscitar un movimiento de oraciones colectivas, y a todos mis diocesanos unirse a ellas con fervor, durante los días 8 y 9 de mayo, a fin de obtener de Dios que tenga piedad de los que luchan y que inspire a los que están encargados de hacer reinar la paz sobre la tierra. - París, 6 de mayo. (Doc. Cath.).

MONJAS CONSTRUCTORAS Una Congregación de monjas carmelitas viene mezclando diariamente sus rezos, contemplaciones y labores de aguja con el nivel, el martillo, los ladrillos y las escaleras, y, sin más consejo que el de unos cuantos libros, están construyendo su claustro, capilla y coro en la aldea de Presteigne, en Radnorshire.

La comunidad, de 18 hermanas, gastó hasta el último céntimo cuando adquirió la propiedad abandonada en la aldea, por lo que, sin poder recurrir a contratistas y operarios, decidieron lisa y llanamente empuñar la escuadra.

Las monjas esperan terminar su convento en un año, para completar luego el claustro y las celdas; además, como se trata de una Orden enclaustrada, deberán construir una pared alrededor. Por lo pronto, duermen en casetas de madera antes usadas por las aves de corral. (Ecclesia).

PROBLEMAS FAMILIARES CANDENTES EN EL CONGRESO NORTEAMERICANO Por la vigésima segunda vez los expertos católicos en problemas de la familia se reunieron en Nueva Orleans en convención nacional y acabaron recomendando la adopción de un sistema de subsidios familiares y otras medidas económicas.

Pero el tema religioso y moral penetraba todas las sesiones y resoluciones de la asamblea anual de la Asociación de Vida Familiar; de hecho, en este Año Mariano el tema se concentró en "La Madre, corazón del hogar".

Los oradores exaltaron la misión de la madre, sobre todo de aquella que sigue el ejemplo de la Virgen María.

El padre de familia recibió su advertencia también; el sociólogo doctor John Kane, de la Universidad de Notre Dame, señaló el común fracaso de muchos hombres de negocios, de la política y de la industria que, absorbidos en sus quehaceres, roban un tiempo precioso a la educación directa de sus propios hijos.

La Asamblea recomendó que se fomenten las cooperativas de crédito y consumo en las parroquias y se enseñe a las familias el arte de mantener un presupuesto equilibrado y de comprar sabiamente.

La presidenta de la Liga de Mujeres Católicas, señora P. Rohman, lamentó los males que acarrea a la vida de familia el hecho de que la madre trabaje regularmente fuera del hogar, muchas veces sin necesidad urgente.

Los delegados decidieron apoyar con entusiasmo el próximo Día Infantil de Oraciones por la Paz, que se observó en todo el mundo el 23 de mayo.

El Obispo de Columbus, monseñor Michael Ready, al predicar en la misa de portifical, pidió un esfuerzo concertado para "asegurar a la familia condiciones decentes de vida". Gastamos grandes sumas en asegurar el poderío militar, pero hacemos muy poco por mantener la fortaleza fundamental, que es la familia. Hace falta legislación adecuada que proteja a las familias decentes contra los asaltos de los comerciantes de la pornografía y del crimen.

Faltan, además, medidas fiscales que alivien el peso económico de la familia, como serían mayores exenciones de impuestos de renta y propiedad y más fácil acceso a la vivienda económica (Ecclesia).

EL CAMBIO DE AUTORIDADES EN LA ACCION CATOLICA DE LA JUVENTUD ITALIANA A este respecto, "L'Osservatore Romano", del 23 de abril, escribía:

"La dimisión del doctor Mario Rossi de la presidencia de la Juventud Italiana de la Acción Católica y el nombramiento del sucesor, doctor Enrique Vinci, han sido interpretadas por ciertos diarios, especialmente de la extrema izquierda, como un cambio de ruta "política" que la Jerarquía eclesiástica quisiera imprimir a la organización juvenil de la Acción Católica Italiana. La especulación se ha aprovechado también de las circulares dirigidas por el doctor Rossi en el momento de dejar el cargo, atribuyendo a aquéllas (un periódico de izquierda ha interpolado, incluso, el texto) un significado que queremos creer ajeno a las intenciones del firmante.

Es bien evidente que la realidad es muy distinta. Las autoridades eclesiásticas estaban preocupadas desde hace tiempo por algunas peligrosas tendencias doctrinales en la Juventud de Acción Católica Italiana que se habían acentuado en estos últimos meses. Además de estas desviaciones doctrinales, causaban preocupación algunos aspectos muy poco conformes con la naturaleza, los fines y la tradición de la Acción Católica.

Por este motivo, las autoridades eclesiásticas han creído oportuno aceptar la dimisión que el señor Rossi había presentado ya el pasado enero.

Por consiguiente, solamente interpretaciones sectarias y facciosas que pretenden difamar a la Juventud Italiana de Acción Católica pueden atribuir un significado político a un hecho con el cual la política nada tiene que ver, como el mismo doctor Rossi declaró después de ser confirmada su dimisión.

Por otra parte, las protestas de fidelidad y de adhesión a las normas directivas de las autoridades superiores que están llegando de todas las partes de Italia, demuestran cumplidamente que tales tentativas de especulación están fracasando" (Ecclesia).

EL PADRE PEYTON EN AUSTRALIA "Armado con una sola y poderosa arma, la oración, los humildes pueden cambiar la faz de la tierra". Con estas palabras, mensaje de despedida, terminó el Padre Patrick Peyton CSC su campaña de tres meses a través de Australia para propagar el rezo del Santo Rosario. "Los humildes constituyen el auténtico pueblo", dijo a la prensa australiana. "Si todos los hombres sencillos que trabajan y sufren, el hombre de cada calle y de cada esquina, del campo y la ciudad, fueran amigos de Dios —y pueden serlo al rezar—, con su fuerza podrían cambiar la faz de la tierra", añadió. La cruzada del Rosario en Familia promueve precisamente eso: la amistad entre Dios y el hombre de nuestro tiempo. "Mi gozo ha sido inmenso al ver cómo muchos no católicos han cooperado y acudido a las reuniones, amantes, humildes y generosos, e incluso firmaron la promesa de restaurar el rezo en familia", agrega. El Padre Peyton marcha de Australia llevándose la visión de muchedumbres congregadas para rezar unidas. Así por ejemplo en el Jardín Botánico de Melburne donde se reunieron de 200.000 a 250.000 personas. Un testigo de excepción, Mons. Daniel Mannix, obispo de Melburne que en marzo cumplirá 90 años, dijo que el Padre Peyton era "el más poderoso cruzado visto en Australia" y lo calificó como un "Napoleón en estrategia". Previamente el Padre Peyton había estado en Sydney donde logró reunir una asamblea de 110.000 personas (Seman. Catól.).

LA SITUACION DE LA JUVENTUD OBRERA EN AUSTRIA Durante la Semana de Estudio para Sacerdotes de la Juventud Católica Obrera (K. A. J.), el consiliario de la K. A. J. diocesana de Linz, H. Weidinger, intentó delimitar el campo de actividades de la juventud obrera católica; éste se refiere a 300.000 muchachos y 240.000 chicas que trabajan en Austria

LIBROS

PEREGRINACION A LAS FUENTES (relato de viaje); autor: Lanza del Vasto; traductor: Enrique Pezzoni; editor: Sur; 288 páginas.

En diciembre de 1936, un hombre de treinta y tantos años desembarcaba en Ceilán; llegaba de Francia, y lo traía a la India la esperanza de penetrar en sus reservas espirituales. Peregrinaba a las fuentes del Ganges y del Jamma luego de una juventud tumultuosa, y en un equipaje que no excluía el traje de etiqueta llevaba un misal.

Pocos días bastaron a Lanza del Vasto para enseñarle lo contraproducente de viajar con tantos bultos, pues de su absurda vestimenta europea dependían en gran parte tanto la apariencia de respeto como la distancia real interpuestas entre el hombre que llegaba y los nativos. Y en grado no menor, el expolio al que lo sometían las propinas y las sisas de todo aquel que se le acercaba para servirle.

Arrojadas o regaladas las ropas, vestido con un taparrabos de algodón blanco, un lienzo cruzado y vuelto a cruzar alrededor de cada pierna, el europeo comenzó a tener otro contacto con el pueblo del que formaban parte los mismos que lo acechaban para desposeerlo:

"El día en que me lo puse, la prisión de vidrio en que estaba encerrado se desvaneció y entré llanamente en el ámbito de las relaciones humanas".

"Al despojo anterior sucedió el respeto, la simpatía y la amistad, cuando no el afecto; las puertas de las chozas se abrieron y el grano fué compartido.

Lanza del Vasto transcurrió así quince meses en la India, deambulando de un lado a otro hasta conocer a Gandhi, encuentro que constituyó el ápice espiritual de su viaje. Permaneció tres meses en casa de Gandhi; aprendió a cardar el algodón e hilarlo, ayunó, ejercitó su paciencia, se impregnó del inmenso poder de la no violencia, tejió su túnica e inició la peregrinación a las fuentes del Ganges.

A pie, sin un solo centavo, ayunando, en medio del camino de alquitrán hirviendo, bajo el sol que el casco del europeo solamente soporta por un rato, rapada la cabeza, andando bajo la tormenta elemental y espantosa, perdido en medio de la fiebre, inundado por la alegría gloriosa de la naturaleza, acogido por los desposeídos, apedreado por los muchachos de los villorrios, Lanza del Vasto condujo su cuerpo casi de gigante, rebelde y dominado, llevándolo a desembocar en las disciplinas yoguis que subordinan los sentidos. Pero durante todo ese tránsito, su contacto con las religiones indias fué vivificado por el cristianismo interior.

Es difícil resumir el contenido de este libro, por la muy simple razón de que no desarrolla una trama ni una tesis. Como todo libro de viajes transcurre en cuadros. Puede en cambio decirse, que el vigor descriptivo de Lanza del Vasto es uno de los más poderosos de la época actual. Hay en él una cierta hibridez pictórica y una continua acechanza de la metáfora, pero tiene toda la fuerza barroca que le es congénita, y, por sobre todo, dominándola, impera la lucidez. Aun la más abigarrada de las descripciones se ordena en sus palabras, y es clara, con una claridad racional. Su formación, por sobre sus dotes, lo lleva fácilmente de la más extrema descripción sensorial a las zonas sutiles o enrarecidas de una cierta ascesis poética, que roza el lenguaje de algunos místicos metafísicos. El parecido es meramente de vibración o de altura; el contenido es distinto, y aun es distinto el modo de aproximación. La lucidez racional no deja de estar nunca en el más alto plano de la descriptiva de Lanza del Vasto: no se ve envuelta y como suspendida por lo que ocurre, sino que está en cierto modo, aunque interesada y quizá absorta, como ajena al transcurso de lo que narra; por sobre todo, vigila siempre. No se entrega. Le resulta así posible penetrar con claridad y limpieza en las dificultades que para su comprensión oponen a los occidentales las religiones de la India. Rituales aparentemente obscenos o sucios, se justifican, purifican y exaltan bajo esa luz racional; pero no la insumen nunca en el éxtasis que provocan en sus adeptos. En ningún momento del libro, Lanza del Vasto, que vivió con caridad y simpatía en medio de los indios, ha dejado de ser un cristiano y un europeo.

Algunas de las páginas más hermosas de **Peregrinación a las fuentes**, están dedicadas a la admirable figura de Gandhi y a la redención social de la India.

Se trata, pues, en resumen, de un libro magnífico, aunque su densidad no excluya ciertas pequeñas dosis de tedio (particularmente cuando el discurso se enrarece, y linda lo poético-metafísico con lo esotérico) y aun cuando este adjetivo, magnífico, pueda caducar con el tiempo.

Lejos de todo reparo, y como mera curiosidad, es de hacer notar que al referirse muy rápidamente a la respiración yogui, el autor deja la falsa impresión de que se trata de una disciplina limitada a inspirar el aire por una de las ventanillas de la nariz y expulsarlo por la otra, y a las consecuencias mentales del dominio de tal ejercicio. Limitándonos al aspecto físico, la respiración ha sido estudiada por los yoguis hasta el punto de intitular ciencia de la respiración al conjunto de conocimientos fruto de ese estudio.

Este libro ha sido traducido con fluidez por Enrique Pezzoni, y los reparos menores que pudieran hacérsele (traducir Osa Mayor por Gran Orsa, zumbón por susurrante, etc.) no invalidan la facilidad con que se lee.

B. U.

NUNCA ACABARA EL VERANO (novela); autor: Waldo Frank; traductor: Luis Echavarri; editor: Losada; 281 páginas.

En la narrativa norteamericana aparece a menudo el tema de la soledad en que su civilización acaba por arrojar al hombre. Una civilización basada en las bondades del trabajo y de la ética, referencias supremas pero que no sobrepasan al hombre, no tiene mayor asidero que el que puede encontrar un trompo en su mismo movimiento. El arrastre del que forma parte es su quietud, su calma, su punto fijo de referencia, su perspectiva inalterable; si cesa o altera, todo trastabilla o cae. Llegado un instante de la vida del norteamericano que triunfa, surge a menudo el interrogante, y con él puede llegar la decepción.

Trabajo y ética constituyen uno de los dos polos de esta novela de Waldo Frank. Mortimer Crane, su principal figura, triunfó como abogado, pero su triunfo le significó el alejamiento de los ideales de su juventud, la traición de sí mismo, y el casi desconocimiento de los hijos, y de la mujer que ahora le impone el divorcio. La sorpresa es dolorosa pero se somete a ella. Se avendrá a sacrificar la totalidad de sus ingresos; se avendrá a gravar los haberes futuros con tal de que la madre de sus hijos no se una con otro hombre por el sólo estímulo del dinero de éste. Pasará el resto de lo que tiene al hijo, muchacho ya de veintidós años; y a la hija, adolescente que entra en la juventud. Su desprendimiento no encontrará sino la incomprensión o la indiferencia. El desapego o el desdén del hijo salido a la madre no disminuirá; su mujer tomará lo que ha logrado sacarle sin comprometerse a su vez a nada. Ni siquiera la hija, que realmente lo quiere, comprenderá el drama en que penetra su padre. Mortimer Crane se encuentra solo en el momento en que se acerca a los cincuenta años; necesita comprensión y no la encuentra; necesita intimidad y no hay intimidad para él en los suyos. Está solo. Tiene casi cincuenta años.

He ahí el otro polo del relato: el reclamo de algo más, cuyo signo precursor es esa punzante necesidad del hombre maduro. Mortimer Crane sentirá que debe volver a los ideales abandonados. Se unirá a ese sentimiento la ola de pasión que despierta en él, en esos instantes de soledad fundamental, la llegada de una muchacha que realiza un estudio sobre la actuación del Mortimer Crane joven; que lo admira; que puede tener fe en él.

Pero ese algo más, que está detrás de las circunstancias y los actos, no alcanza a exteriorizarse plenamente nunca. Cuando la novela llega a su sensata y confortadora conclusión, la razón y el modo por los que se llega no parecen suficientes, se experimenta como si algo no se hubiera acabado de encontrar y continuara tanteando ciegamente, casi asomándose a todo lo dicho, pero sin concertarse nunca por entero; y, quizá, desconcertando finalmente a su

---

en la industria y el comercio. El 70 por 100 están en industrias con más de 20 empleados, y sólo el 30 por 100 en industrias con menos de 20 empleados. El número de aprendices es extraordinariamente elevado. Más del 40 por 100 de los trabajadores juveniles proceden de familias de obreros o de pequeños obreros manuales; un 20 por 100 procede de la clase media baja. Hasta ahora procedía el 30 por 100 de los trabajadores juveniles del campo, pero dentro de poco se interrumpirá este desarrollo, ya que la capacidad de admisión de las grandes industrias está agotada.

La secretaria central de la Juventud Obrera Católica, Annemarie Stenitz (Viena), describió la situación de las trabajadores juveniles austríacas. El canónigo monseñor Franz Steiner, en su ponencia "Apostolado obrero juvenil y misión sacerdotal", recalcó que el apostolado seglar no es en ningún modo una solución provisional de la Iglesia a causa de la escasez de sacerdotes, sino que se fundamenta en la esencia misma de la Iglesia. (Ecclesia).

R. P. PIUS PARSCH El 11 de marzo muere en Klosternenburg (Austria) este gran liturgista. Nació en 1884 en la actual Checoeslovaquia; entró en la Congregación austríaca de los Canónigos Agustinos Regulares de Letrán, ordenándose sacerdote en 1909. Había consagrado su vida al apostolado litúrgico y bíblico. Entre sus obras se cuentan **"La explicación de la misa** y un famoso calendario litúrgico, ambas traducidas a las principales lenguas del mundo. Además de una abundante producción, editó numerosas revistas litúrgicas.

Se lo considera uno de los grandes apóstoles del movimiento de renovación litúrgica. Consagró todos sus esfuerzos a popularizar la Biblia y la liturgia. Su organización de una auténtica vida parroquial popular en Santa Gertrudis, cuenta mucho en el movimiento litúrgico renovador de la Iglesia latina. El Monasterio de Klosternenburg, cerca de Viena, su lugar de residencia, se transformó en un centro de peregrinación de todos los interesados en el problema del cual el Padre Parsch había hecho el centro de su vida.

autor. Waldo Frank, que ha buceado tanto en el alma de su país como Ezequiel Martínez Estrada o Eduardo Mallea en la del nuestro, parece haber sentido la necesidad de un valor más alto y más hondo que esos dos principios motores, de los cuales se burlaba Evelyn Waugh en "The Loved One" donde su protagonista escribía algo así como: "No soy religiosa, pero soy ética y progresista".

Nunca acabará el verano, es una hermosa novela, de una factura limpia, cuyo tono sobrio alcanza zonas hondamente emocionantes; cada uno de sus caracteres se dibuja con seguridad y concluye por ser algo más que un retrato: Dagny —la muchacha de la que se enamora Crane— enternece casi como si estuviera viva. La traducción, se deja leer con facilidad; es lástima, sin embargo de que Somerset —el hijo de Crane— tenga en la página 48 veintiocho años, y veintidós en la página 50; o que Petersen, el padre de Dagny, en una misma escena, en la página 242 use gorra, y en la 251 tenga sombrero.

B. U.

LA VIDA QUE NOS DAN (novela); autor: José Blanco Amor; editor: López Negri.

QUIEN escribe estas líneas no conoce otra obra de José Blanco Amor, y es lástima, porque para juzgar adecuadamente es conveniente saber si lo que se juzga es un producto casual o la muestra de un logro reiterado; pues el juicio del hecho artístico está condicionado de modo tal, que, en definitiva, cuando juzgamos el valor de algo, tendemos a juzgarlo en cuanto es producto de aquél que lo hizo. Así, nos satisface comprobar que tal trozo que parece del mejor Beethoven es de Beethoven; o nos desconcierta saber que es de Weber; y nos defrauda conocer que pertenece a Bizet. Pues lo menos que exigimos en cada caso es que la obra sea contemporánea, es decir que pertenezca a su momento, y por ese camino de pertenencias, deseamos que lo que parezca de alguien sea de él; tanto como que el autor de una buena obra sea el autor de otras que refrenden la calidad de aquélla. Dante no nos parece tanto Dante por ser el autor de la Commedia, cuando cinco, habiéndola escrito, por ser el mismo que escribiera La Vita Nuova.

La vida que nos dan, es obra de un autor que aparece un poco como Melquisedec, sin antecedentes que uno conozca, ni referencias. Pero esto no obsta para que deba señalarse su excelente factura, el logro cabal de sus caracteres arriscados y el manejo seguro del clima cerril y bravío que los rodea y acompaña. Bajo muchos conceptos esta novela le ha parecido admirable al autor de la crónica. La certidumbre sin vacilaciones con que se inicia no ceja en ningún instante de su desarrollo. El lenguaje directo y apretado, no se desmedra nunca; por el contrario, sin perder en nada su densidad es siempre jugoso y colorido. Pero jamás desborda ni es excesivo, y llegado el caso se ciñe, rispido, en la violencia eruptiva del habla de alguno de los personajes que pueblan el relato.

B. U.

EL FINAL, por Folke Bernadotte. Editor: Emecé.

GRAN interés produjo, en su hora, este libro que tiene por autor al malogrado conde Folke Bernadotte, príncipe real de Suecia y presidente de la Cruz Roja de su país. Durante la última conflagración mundial cupo a Bernadotte la gloria de ser el laico que más había hecho para mitigar el dolor de innumerables víctimas de guerra. A él se deben los canjes de prisioneros heridos y enfermos, las acciones de ayuda en territorios ocupados, la liberación de muchos detenidos civiles y la atención material de millones de refugiados de ambos bandos. Buena parte de la humanidad doliente de Europa debe vida y salud a este abnegado y modesto aristócrata sueco que, como representante de una de las pocas potencias verdaderamente neutrales, no omitió sacrificio alguno para llevar todo el alivio posible a los pueblos que sufrieron hambre, tortura y persecución en la década que se inicia en 1939. Hasta su muerte trágica acaecida en Tierra Santa a manos de terroristas judíos en el preciso instante en que se disponía a zanjar los diferendos entre israelitas y musulmanes, Bernadotte no se dió tregua en el celoso empeño de poner coto a las bestialidades organizadas que parecen caracterizar las relaciones humanas del siglo que vivimos.

Hombre formado en Upsala, Oxford y Heidelberg, doctor en filosofía, mecenas de arte, espíritu fino y cultivado, "causeur" ingenioso y brillante orador, un libro suyo debía producir lógica expectativa. Y más aun cuando se lo anuncia como "Un documento del mayor interés histórico: la agonía y el fin de la Alemania nazi". Lamentablemente, la natural curiosidad del lector no se ve satisfecha sino en parte mínima: trátase en este pequeño volumen de la mera descripción fragmentaria de algunas experiencias obtenidas por el autor en el curso de sus conversaciones con Himmler, Ribbentrop y otros jerarcas menores del nazismo. De estas entrevistas surgió en determinado momento la posibilidad de que Alemania, por iniciativa de Himmler, firmara un armisticio por separado con las potencias occidentales. Pero éstas, ligadas a la Unión Soviética por el acuerdo de Yalta, rechazaron la sugerencia, insistiendo en que la rendición fuera incondicional y simultánea en todos los frentes. Los acontecimientos siguieron su curso; la guerra duró cuatro meses más, murieron algunos millones de hombres, mujeres y niños más, y los anglo-americanos tuvieron la honda satisfacción de ver a sus aliados rusos en el corazón de Europa.

En algunas notas reunidas al azar, el conde Bernadotte ha tratado de retener —con más entusiasmo que talento— las escenas más importantes que presenciara durante sus gestiones humanitarias en una Alemania a punto de sumirse en el caos. Pero Folke Bernadotte, que de tan grande y bien merecido prestigio gozaba por sus múltiples virtudes, no fué, por cierto, agraciado con el estro de escritor. Y no insistiremos en ello, pues resulta pueril hacer la crítica de un libro mediocre frente a la inmensa obra de humanidad realizada por su autor.

Descartando, entonces, sus relativas aptitudes de cronista e historiador, Bernadotte fué "solamente" un hombre que puso en práctica lo que tantos otros escribieron y escriben acerca de la caridad y del amor al prójimo. Y con ello superó las realizaciones de los más sesudos eruditos y de los más excelsos artífices de la prosa y del verso.

Raúl Remonda

LOS CAPELLANES IRLANDESES EN LA COLECTIVIDAD HIBERNO-ARGENTINA DURANTE EL SIGLO XIX, por Santiago M. Ussher. Edición del autor. Buenos Aires, 1954.

POR capellanes irlandeses, título que les confirió la autoridad eclesiástica, entiende Mons. Santiago M. Ussher no sólo a los sacerdotes nacidos en Irlanda o de ascendencia hibérnica, sino también a algunos otros de otra nacionalidad que, por su dominio de la lengua inglesa, ejercieron la asistencia espiritual de la colectividad irlandesa en tierra argentina. Por otra parte, restringe su investigación a los sacerdotes que actuaron durante el siglo pasado, excluyendo por lo tanto a cualquier ordenado o habilitado con posterioridad al 31 de diciembre del año 1900.

En ningún otro pueblo, excepto el hebreo, dice el autor, es tan fuerte como en los hijos de la vieja Hibernia, cuando se establecen en tierra extraña, el deseo de conservar los ideales, las tradiciones y costumbres, sobre todo religiosas de sus antepasados. Desde los antecedentes de la llegada al país del primer inmigrante irlandés de quien se tiene noticia cierta y cuya fecha se remonta al año 1587, se hace constancia en el libro de una importante inmigración de ese origen que durante el siglo anterior llegó a nuestras playas para integrar la población argentina, y que pronto se consustanció con el alma de la nueva patria y dió nacimiento a una caracterizada colectividad hiberno-argentina.

Entre las muchas colectividades extranjeras radicadas en nuestro suelo, sólo los nativos de Irlanda se preocuparon seriamente del problema de su asistencia religiosa. Lo encararon de frente y lo resolvieron de una manera práctica, completa y permanente. Para establecer quiénes fueron esos capellanes católicos, cuál ha sido su apostolado y el campo de su actuación, Mons. Ussher ha investigado pacientemente en los archivos y en los periódicos de la época, recurrido a los testimonios más fidedignos y a los recuerdos de su propia experiencia personal de sacerdote, hijo de irlandeses y vinculado íntimamente a esa colectividad.

Este ensayo, verdadero capítulo de historia eclesiástica argentina, incluye las biografías de ciento catorce sacerdotes que atendieron espiritualmente a la colectividad durante el siglo XIX. En la lista que encabeza el Padre Burke que actuó en el primer cuarto de siglo, se destacan con perfiles acusados las figuras del célebre Padre Fahy y del Padre Dillon. En otros capítulos se hace inventario de la actuación de los encargados de las llamadas "capillas rurales", de los antecedentes del establecimiento en tierra argentina de los Padres Pasionistas y de los Padres Palotinos, etc.

Este libro de Mons. Ussher, él también —con sus cincuenta años de sacerdocio— "capellán irlandés", a la vez que documenta una importante obra de evangelización y exhuma el recuerdo algo olvidado de muchas figuras ejemplares que la realizaron, destaca de manera cierta el aporte de una colectividad tan laboriosa como la irlandesa al progreso material de la nación y, sobre todo, por la robustez de sus convicciones católicas, al mantenimiento y expansión del patrimonio espiritual de nuestro pueblo.

Juan Julio Costa

JUAN NADIE, por Miguel Etchebarne. Edic. Alpe. Bs. Aires, 1954.

DESPUES de atravesar un largo estudio sobre la literatura del arrabal porteño, que sobra, entramos con cierto temor, a enterarnos de las aventuras de **Juan Nadie**.

El compadre es un elemento típico en la galería de personajes argentinos y algunos escritores cultos lo han utilizado ya (Hombre de la Esquina Rosada, el magnífico cuento de Borges). Pero he aquí que Etchebarne ha afrontado el personaje, en verso, lo cual es doblemente difícil.

Así, el hecho anecdótico se le desdobló en dos problemas: el relato, con todas las exigencias de un cuento largo; y la forma, con todas las exigencias de la poesía. Esto, además, supone una serie de problemas menores entre los cuales está el muy sutil de conseguir una forma poética cuya dinámica no choque con la dinámica propia de la anécdota. Es decir, se planteaba una cuestión de equilibrio de tensiones, nada sencilla por cierto.

Pues bien, ninguno de estos esfuerzos se advierten en el libro que comentamos. Etchebarne nos da una historia que impresiona como una sola pieza, sin composturas ni arrepentimientos, y por eso no vacilamos en calificar a **Juan Nadie** como un libro excelente.

La historia ha sido planteada con gran riqueza de matices, incluyendo escenas de sugestivo acierto y belleza como por ejemplo, cuando el compadre, chiquilín aún, empieza a conocer la muerte, esa muerte que viajará en la punta del cuchillo toda su vida hasta subírsele al cuerpo una tarde de verano.

La forma de contar está jerarquizada por un reflejo poético que preside la peripecia: Su mano tanteó la

muerte / en el cogote del ave / esa muerte tibia y suave / que deja la pluma inerte / después la sintió más fuerte / al degollar un potrillo / la golpeó con un martillo / en las arterias tendidas / y le dió unas sacudidas / con el mango del cuchillo...

Una análisis minucioso de este libro, revelaría muchos otros aspectos interesantes que quedan sin comentar por exigencias de espacio.

Para los que vivimos sitiados por una literatura aséptica, gélida, enclaustrada en los moldes de la nueva burguesía literaria, un trabajo como este aporta una presencia humana honda y significativa, que nos recuerda la totalidad del hombre y la tierra que lo sostiene.

Además Juan Nadie es hombre, nada más que hombre, nítidamente hombre. Por eso Juan Nadie es casi un extraño en la literatura contemporánea de tanto contenido homosexual.

Sólo lamentamos la tapa, porque sugiere un populacherismo que el libro está lejos de tener.

Hugo Ezequiel Lezama

CIEN POESIAS RIOPLATENSES, Antología, por Roy Bartholomew. Editorial Raigal. Buenos Aires, 1954.

TODA antología, por lo que de difusión supone, debe merecer siempre una cálida acogida entre quienes aman la literatura. Ahora bien, cuando dentro de un criterio más o menos válido, el antólogo realiza su trabajo con honestidad y es capaz de llenar cumplidamente los objetivos que se propusiera, su obra no sólo debe ser bien recibida sino que tiene que ser recomendada con entusiasmo, pues mucho es el beneficio que con ello ha de hacerse al público y a los autores incluídos. Tal es el caso de esta selección que nos ofrece Roy Bartholomew, en la que se reúnen cien composiciones de cincuenta y seis poetas, argentinos y uruguayos, comprendidos todos entre los años 1800 y 1950.

Muchos son, por cierto, los aspectos del trabajo que podrían ser objeto de discusión. En este tipo de tarea, es lo inevitable. Decía Pedro Salinas: "Toda persona sensible y consciente se tiene más o menos por un posible antologista: la actividad espiritual es una forma constante de elegir. Y por eso, frente a cualquier modo de elección, surge la reacción individual espontánea". En lo que a nosotros toca, de los reparos más serios que podríamos hacerle al autor destacamos, antes que nada, un olvido imperdonable: el de Roberto Ledesma. Por otra parte, le censuramos el haber incluído demasiados nombres que, si prestigiosos en nuestra literatura general, poéticamente no son conjugables. Y esto con el agravante de que, como en apariencia la importancia de cada uno está más o menos en relación con el número de poemas que se le publican, el hecho puede perjudicar, ante los lectores no muy informados, a poetas de real autenticidad, como ocurre en el caso de Nalé Roxlo, de quien sólo se da a conocer su "Meditación ante un puñal". Todo esto, desde luego, situándonos en la posición de quien ha realizado la antología, porque ya desde el propio punto de vista, nosotros hubiésemos eliminado muchas composiciones cuyo valor no es otro que el de la simple referencia histórica y hubiésemos dado, en cambio, un mayor número de poemas de calidad, aunque la cantidad de nombres hubiese disminuído.

Pero las virtudes de la presente selección son muchas. Cada autor, por de pronto, va precedido por una noticia bio-bibliográfica bastante completa y actual, lo que ya es una contribución. En la toma de posición frente a cada obra, en el juicio que le merece, el autor es por lo general justo y revela tener un sentido claro de la poesía. Así, por ejemplo, cuando afirma que Ricardo E. Molinari "es el poeta más fino del Río de la Plata", opinión que también Bernárdez sostenía hace poco en CRITERIO y que nosotros compartimos plenamente. Por último, la elección de los poemas de cada uno ha sido realizada con gusto y seguridad, habiéndose incluído casi siempre los más expresivos y personales.

El volumen se cierra con un apéndice con la biografía, bibliografía y varios poemas (alguno traducido por González Lanuza) de W. H. Hudson, de quien, dice Bartholomew, "sólo nos separa la lengua que las circunstancias le obligaron adoptar para expresarse".

Jorge Vocos Lescano

INICIATIVAS ESCOLARES, por Mariano J. Grandoli. Edición del autor. Buenos Aires, 1954.

EL doctor Mariano J. Grandoli, joven estudioso de las cuestiones escolares, ha reunido en este volumen sus proyectos, discursos y otros documentos relacionados con su actuación como consejero escolar en el partido de Almirante Brown (Pcia. de Buenos Aires), durante el período 1948-1949.

Entre sus iniciativas se encuentra una sobre aeromodelismo escolar, destinada a dar una forma actual al trabajo manual y otras sobre torneos de ajedrez y asociaciones de exalumnos que revelan preocupación por el cultivo y enriquecimiento de la imaginación infantil y por el desarrollo del espíritu de fraternidad y compañerismo. Destácase entre todas, su proyecto de "Cartilla del Escolar", de indudable valor pedagógico y educativo. Anotamos además, como de no inferior alcance formativo, las iniciativas sobre cinematografía, clubes, comedores, conferencias, deporte, excursiones, filatelia, distintivos escolares.

En todas esas iniciativas, testimonio de consciente responsabilidad de la función de consejero escolar, se trasunta una honda preocupación por dar a la educación de la niñez una base de inspiración humanista y cristiana. Si no todas ellas alcanzaron el estado de efectividad que merecían, quedan, no obstante, como una evidencia de lo mucho que todavía queda por realizar para el inmediato mejoramiento de la educación escolar.

Juan Julio Costa

G r a g e a

LAS autobiografías parecen estar a la orden del día en Estados Unidos. Ben Hecht (**Un judío enamorado, Guía para endemoniados**) ha escrito la suya (**A child of the century**, Simon & Schuster) en 654 páginas y un cuarto de millón de palabras. Los críticos se han preguntado en primer término por qué ha gastado tanto papel, y en último, qué necesidad había de que Hecht informara al público sobre sus andanzas. Las contestaciones son unánimes: no sabemos... También ha publicado Simon & Schuster un libro del ex embajador norteamericano en España, Claude Bowers, sobre su misión en aquel país durante la guerra civil. Es tan unilateral, que alguien ha anotado que el hecho de que en veinte años de servicio diplomático en naciones de habla castellana, Bowers no haya aprendido a hablar bien el español puede ser una explicación de su cerrazón ante las complejidades de España y su tragedia. Síntesis del libro; Franco es un demonio y sus adversarios ángeles... Festejando sus cuarenta años de actividad editorial, la casa Vallecchi publica un libro de Bruno Cicognani, **La nuora**, con el que éste retorna a la narrativa... Adolfo Bioy Casares prologará **La novia del hereje**, de Vicente Fidel López, para Emecé... Después de diez años de preparación, apareció el primer volumen de la Enciclopedia dello Spettacolo, que bajo la dirección de Silvio D'Amico se publica en Italia. Intervienen 600 especialistas... Se rumorea que la Editorial Sur publicará una selección del "Diario" de Virginia Woolf... La Rama Dorada conmemorará el nuevo centenario del Lazarillo de Tormes con conferencias de Guillermo de Torre, Julio Caillet-Bois, Paul Verdevoye, Erwin Rubens y otros... En el último **Sur**, Roger Caillois pone el grito en el cielo ante un prólogo firmado por Hellen Ferro en "Cahiers du Sud" al presentar al público francés a un grupo de poetas argentinos. Uno de los detalles más importantes de su carta es la afirmación de que Borges es "más conocido, más admirado y, sobre todo, **más estudiado** en las márgenes del Sena que en las del Río de la Plata". Lógicamente, ello admite prueba en contra, pero es un índice interesante... Declaraciones de Sábato: "Preparo una trilogía novelística; si la literatura es buena, "ipso facto" es nacional, porque es verdadera, porque los personajes verdaderos no pueden vivir en la estratosfera; no se puede pedir al novelista de hoy esa especie de nacionalismo o folklorismo que para algunos constituye la prueba de "la realidad"; me interesa el teatro que plantea los grandes problemas de la existencia; en condiciones normales, el cine está más cerca de las operaciones bursátiles o de la fabricación de artículos de bazar, que del arte; el supercapitalismo y el totalitarismo son las grandes calamidades de nuestro tiempo y los escritores deben denunciarlos y ponerlos al descubierto.

Jaime Potenze

C R I T E R I O

Aparece los segundos y cuartos jueves de mes

AÑO XXVII — 8 de julio de 1954 — Nº 1215

SUSCRIPCION		SUSCRIPCION DE AYUDA	
Anual	$ 60.—	Vitalicia	$ 1.000 una sola vez
Semestral	„ 40.—	De protección	„ 500 anuales

Número suelto, $ 3.50 — Número atrasado, $ 5.—

Pago adelantado

Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires

Las suscripciones que el interesado no anule expresamente antes de su vencimiento, se consideran renovadas.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas, si bien estimará debidamente toda contribución espontánea para cualquiera de las secciones de la Revista.

ALSINA 840 — BUENOS AIRES — T. E. 34 - 1309

Horario de oficina: De lunes a viernes, de 13 a 19 (Sábados de 9 a 12)

PROFESIONALES

ABOGADOS

Dr. Lucas F. Ayarragaray
Abogado
Diagonal R. S. Peña 760 — T. E. 34 - 5135

Dr. Américo A. M. Barassi
Abogado
Cangallo 466 - 4° Piso — T. E. 33 - 1526

Dr. Conrado Carlos Beckmann
Abogado
Pueyrredón 1280 T. E. 78 - 1398

Carlos A. Bellati
Abogado
Lavalle 1605 - 2° Piso — T. E. 35 - 2192

Dr. César Bellati
Abogado
Lavalle 1605 - 2° Piso — T. E. 35 - 2192

Dr. Juan Carlos Benedit
Abogado
Ayacucho 1176 T. E. 42 - 3922

Miguel Alfredo Benedit
Abogado
Av. R. S. Peña 760 — T. E. 34-4848 y 6168

Dr. Luis Botet
Abogado
25 de Mayo 267 T. E. 30 _ 1736

Luis María Bullrich
Abogado
25 de Mayo 195 T. E. 33 - 7921

César Buedo (h.)
Antonio Vázquez Vialard
Abogados
Avda. de Mayo 1365 _ 1er. Piso - Of. 618
T. E. 37 - 9984 y 8743

Federico Díaz Saubidet
Abogado
Lavalle 1473 - 4° Piso - Escritorios 407/8
T. E. 38 - 7057

Dr. Oscar María Ferrari
Abogado
Av. Pte. R. S. Peña 651 — T. E. 34 - 3669

Dr. Angel Gómez del Río
Abogado
Corrientes 115 — Paraná (Prov E. Ríos)

Eduardo García Bosch
Abogado
Florida 722 T. E. 31 - 4259

Darío Luis Hermida
Abogado
Río Bamba 486 - 1er. P. — T. E. 47 - 2178

Estudio Lafaille
Talcahuano 395 - 1er. P. — T. E. 35 - 1260

Dr. Jorge Morixe
Abogado
Corrientes 222 - 11° Piso — T. E. 31 - 2538

Belisario Moreno Hueyo
Abogado
Cangallo 362, 5° P. - T. E. 33 - 6921 y 5416

Manuel V. Ordóñez
Abogado
Avda. R. S. Peña 530 — T. E. 33 - 3001

Miguel Manuel Padilla
Abogado
Tucumán 685 T. E. 31 - 3856

Jaime Potenze
Amadeo Soler
Abogados
Procurador Juan Pablo Olguín
San Martín 244, Esc. 204 — T. E. 34 - 0329
Bs. As. — Plaza Zabala 383 (1er. Piso)
U. T. E. 82030 - Montevideo

Eduardo A. Roca
Abogado
Sarmiento 643 Capital

Francisco Trusso
Luis María Casares
Abogados
Lavalle 1394 - 6° Piso — T. E. 37 - 2983

ARQUITECTOS

Roberto Juan Cardini
Arquitecto S. C. de A.
Pozos 230 T. E. 38 - 9311

INGENIEROS

Francisco D'Arcángelo
Ing. Civil
Morelos 17 T. E. 66 - 2439

Luis M. Gotelli
Ing. Civil
Yerbal 176 T. E. 60 - 3446

Sabas Luis Gracia
Ing. Mecánico y Electricista
Arenales 1149 T. E. 42 - 2704

Antonio R. Lanusse
Ing. Civil
San Martín 232 T. E. 33 - 6289

Lanusse - Storni
Ingenieros
San Martín 170, Escritorio 542
T. E. 33 - 6714

Esteban Pérez
Ing. Industrial
Treinta y Tres 40 T. E. 62 - 4393

Eckhardt Rathgeb
Ing. Civil
Diagonal Norte 760 T. E. 34 - 3129
Ofic. 77 - 3er. Piso

Eduardo Saubidet
Ing. Civil
Talcahuano 1090 T. E. 42 - 2173

Basilio Uribe
Ing. Civil
5 de Julio 1953 - T. E. 741 - 0560 - Olivos

MEDICOS

Dr. Juan Nasio
Enfermedades del Aparato Digestivo
Arenales 1335 T. E. 42-6852

Dr. Iván J. L. Ayerza
Médico
Traumatología y Ortopedia
Juncal 2573 T. E. 78 - 2333

Dr. Luis Ayerza
Clínica Médica
San Martín 1033 T. E 31 - 1346

Alejandro M. Braceras
Médico
Enfermedades de la Piel
Arenales 1611 T. E. 44 - 1765
Pedir hora

César Cardini
Médico
Charcas 788 Capital

Dr. Héctor Colmegna
Enfermedades de las Vías Respiratorias
Sarmiento 839 T. E. 35 - 6257
Particular: T. E. 44 - 3380 - Pedir hora

Dr. Felipe de Elizalde
Médico de Niños
Avda. Libertador Gral. San Martín 946
Pedir hora T. E. 42 - 5602

SANATORIO FLORES
Instituto de Clínica Neuropsiquiátrica
Director: Prof. Dr. Gonzalo Bosch
Tte. Gral. Donato Alvarez 350
T. E. 63 - 0027 Buenos Aires

Dr. Jorge Galarraga
Ginecología y Obstetricia
Médico Cirujano - Matrícula 03025
Lunes, Miércoles y Viernes
Esmeralda 634 - 4° Piso — T. E. 35 - 3720

Dr. Carlos A. Llambías
Médico
Avda. Callao 569 T. E. 35 - 3355
Solicitar hora

Dr. Rafael Sitler
Médico Oculista
Billinghurst 2084 T. E. 78 _ 0605

VARIOS

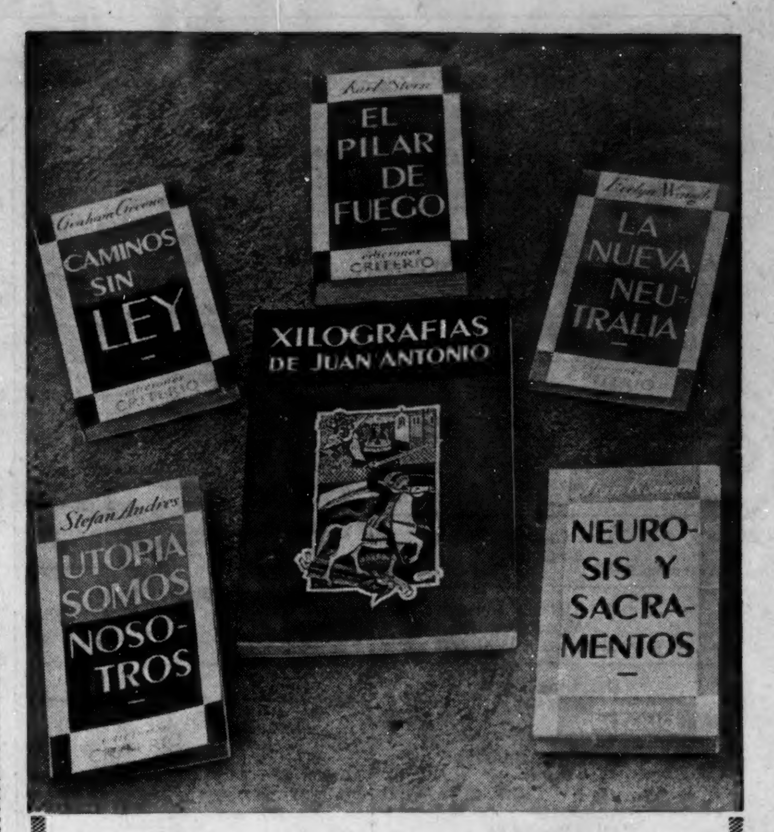
Mario L. G. Costantini
Agrimensor
Callao 626 T. E. 44 - 2474

Federico R. Lanusse
Contador Público Nacional
San Martín 232 T. E. 30 - 0061

Rosario Estrada
Traductora Pública Nacional
Inglés - Francés
Callao 1046 T. E. 42 - 4365

José María Lacoste
Contador Público Nacional
Larroque 232 - T. E. 242 - 3028 - Banfield
C. Pellegrini 1262 - T. E. 41 - 0203 _ Cap.

CORREO Argentino Central (B)
TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 231
FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 476



Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap. m$n. 50.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1309 - Bs. As.

$ 3.50

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso
8 DE JULIO DE 1954